

GAMBA RUSA

Por Alejandro Aristimuño

I

El cuerpo completamente vestido de la mujer yacía en el piso, inclinado hacia adelante y ligeramente sobre su costado derecho. Tenía las manos en la espalda y alrededor de su cuello una soga, cuyo otro extremo había sido atado a uno de los barrales de la reja de la ventana que daba al patio trasero de la vivienda. Las gruesas y opacas cortinas estaban cerradas, por lo que no se podía ver hacia afuera y en el interior de aquel ambiente se había formado una especie de cono de sombras. Adentro de la casa no había nadie más y solo se advertía desorden y oscuridad; al tiempo que un silencio abrumador lo envolvía todo, como un pesado manto invisible. Mientras tanto, en el exterior, el sol brillaba con intensidad, las aves cantaban como en un coro descoordinado y las ramas de los árboles bailaban suavemente al compás de un viento gentil proveniente del mar. Y de pronto, la puerta de entrada se abrió y nada volvió a ser como antes.

Pocos minutos después, cuando tres personas ya habían pasado por ese mismo lugar, el cuerpo de la mujer ya no estaba allí. La puerta había quedado abierta y, en vez de silencio solo se escuchaba un gran alboroto. En el centro de la tormenta se encontraba él, inspeccionándolo todo con su ojo clínico, entrenado justamente para esa tarea quirúrgica. Hasta que un rayo de luz se filtró por el estrechísimo espacio que quedaba entre las cortinas y rebotó en el marco inferior de la ventana de color blanco. Entonces, él alcanzó a ver un reflejo dorado, justo debajo del nudo de la soga que aún seguía atada el barral de la parte superior de la reja. Y allí encontró lo que estaba buscando.

Unos 25 años antes...

El ómnibus no se parecía al viejo Mercedes Benz modelo 1114 de color naranja como el que lo había llevado y traído tantas veces de la escuela a su casa cuando, a mediados de los

ochenta, era un niño que recién comenzaba sus estudios primarios; pero tampoco tenía las comodidades de los nuevos micros de larga distancia. De hecho, el rodado tenía un solo piso y una capacidad similar a la de un colectivo interurbano, como los del servicio diferencial que utilizaban miles de trabajadores para viajar a diario desde distintos puntos del conurbano bonaerense hasta la Capital Federal y viceversa. La principal diferencia era que contaba con un *water closet* (WC) y justamente frente a la puerta de este baño, al otro lado del estrecho pasillo y en al final de la hilera de asientos dobles, se ubicaban *Milo* y su amigo *Mariano*.

Los dos asientos finales del micro eran como el último pupitre doble del aula: una especie de trofeo para quienes deseaban ser los más populares de la clase, por lo que *Milo* y *Mariano* se los habían apoderado desde la primera vez que subieron al ómnibus en la puerta del colegio, cuando comenzó aquel viaje de estudios a *Península Valdés*. Poco les molestaba que al estar junto al WC los demás compañeros pasaban por allí regularmente, por el contrario, esto generaba que el resto de los chicos y chicas se acercaran hasta su posición y se quedaran charlando con ellos. Mientras que los profesores iban en los asientos de adelante y cada tanto, al ver que en el fondo se formaba algún amontonamiento, se apersonaban allí para ejercer cierto control sobre estos adolescentes de dieciséis y diecisiete años que ya habían provocado unos incidentes menores durante el viaje de ida, de unos 1300 kilómetros hacia el sur del país.

Si bien se trataba de un “safari conservacionista” organizado por una fundación ecologista de la que formaba parte *Alicia*, la profesora de Biología del colegio secundario al que asistían los chicos, estos lo tomaron como una especie de ensayo para su futuro viaje de egresados y en la primera parada intermedia que realizaron en una estación de servicios para cargar combustible y estirar las piernas, los líderes del grupo estudiantil compraron a escondidas una serie de bebidas alcohólicas y se encerraron en el baño del parador no solo

hacer sus necesidades, sino también a fumar, tal como lo hacían durante la escuela durante los recreos.

Mientras bebían, Milo y Mariano llenaron una lata de cerveza con orina y la ofrecieron a cada uno que se escabullía hasta el baño para beber y encender un cigarrillo. Y no faltó el compañero inocente que cayó en la trampa y se enfureció, lo que atrajo demasiada atención. Entonces, apenas todos abordaron nuevamente el micro, Alicia les advirtió con su habitual tono severo: “Si no entregan el alcohol ahora, nos volvemos. Ustedes deciden.”

En definitiva, los chicos que cargaban bebidas en sus mochilas terminaron entregando apenas un puñado de botellas que fueron incautadas por *Cristian*, el coordinador de la fundación que viajaba con el grupo y que era varios años más joven que la profesora y parecía estar más interesado en caerle bien a *Soledad*, la preceptora del colegio que los acompañaba y que tenía más o menos la misma edad que él.

En tanto, los estudiantes conservaron las petacas de whisky que ocupaban menos espacio y hasta las podían ocultar dentro de sus camperas abrigadas, ya que por esos días de finales de octubre en la península hacía bastante frío.

El viaje continuó por la misma ruta sin mayores sobresaltos y por la noche el grupo realizó una segunda parada, esta vez más prolongada, para cenar un restorán al paso. Y si bien allí no bebieron a espaldas de los profes, sí lo hicieron a bordo del micro cuando retomaron la marcha y la mayoría dormía en sus respectivos asientos.

Dos de los que se sumaron a dicha maniobra fueron *Lucas* y “*El Polaco*”, quienes completaban el cuarteto con Milo y Mariano y eran, a su vez, los únicos “autorizados” a ocupar los últimos asientos cuando aquellos se levantaban de los mismos por algún motivo en especial.

Lucas y “El Polaco” tenían entre ellos una relación muy similar a la de los otros dos: eran inseparables. A tal punto que durante la madrugada se acostaron a dormir sobre el piso

del pasillo junto al WC para dejarles sus asientos, ubicados justo delante de los de Milo y Mariano, a *Sabrina* y *Laura*.

Y aprovechando la oscuridad reinante adentro del micro, el grupo del fondo se atrevió a brindar sigilosamente con las petacas que habían dejado al alcance de la mano.

Finalmente, el contingente arribó a su destino, *Puerto Pirámides*, temprano por la mañana siguiente, en el marco de una jornada soleada, pero fresca y, sobre todo, ventosa.

Era un escenario desértico y rocoso, y el camping en el que se instalaron estaba ubicado junto a la playa, pero entre dos médanos cubiertos de arbustos que los protegían de las intensas ráfagas.

Allí se les unió *Jorge*, un barbudo paleontólogo de la fundación, varios años mayor que Alicia y quien trataría de entretener a los chicos con sus historias sobre dinosaurios.

Apenas arribaron, los chicos descargaron sus grandes y pesadas mochilas, en las que cargaban no solo sus prendas de vestir, sino también las bolsas de dormir, y bajo la dirección de los profes se abocaron a colocar las carpas provistas por la fundación. Una vez instalados desayunaron junto a las tiendas, sentados en ronda sobre la arena, unos bizcochitos de grasa y galletitas con dulce de leche acompañados por un mate cocido caliente y café con leche preparado por Jorge en un brasero encendido junto al sector de parrillas del camping.

Todos los alimentos fueron provistos por los organizadores del viaje, por lo que los chicos solo tuvieron que ocuparse de su vestimenta, la cual constó básicamente de pantalón tipo bombachas de campo, botas de *trekking*, buzo polar, camisa de franela y campera impermeable con capucha; aunque las chicas optaban más por los *jeans* clásicos y las zapatillas deportivas y urbanas.

Milo, Mariano, Lucas y El Polaco compartieron la misma carpa junto a otros dos compañeros, al tiempo que Sabrina y Laura lo hicieron en la tienda contigua junto a otras cuatro chicas. En total, eran cerca de treinta adolescentes que, a su vez, se movían en

pequeños subgrupos, los cuales comenzaron a quedar en evidencia con el desarrollo posterior de las actividades.

En el camping solo estaban ellos, por lo que tuvieron a su entera disposición el resto de las instalaciones, especialmente los vestuarios ubicados cerca del parador de la administración del predio, algo alejado de la zona de médanos y en el que los chicos disfrutaban de un baño caliente con el que se quitaban de encima la arena que los envolvía permanentemente.

El primer día fue un adelanto de lo que se repetiría el resto de la estadía: con una charla tipo clase abierta de Ciencias Naturales juntos a las carpas y en la que los chicos debían tomar apuntes para una potencial prueba sorpresa (en realidad eran trabajos prácticos grupales en los que buscaban que los alumnos pensasen por sí mismos y no repitieran contenidos memorizados) y luego una caminata por la península para observar la flora, la fauna y la geografía descrita por los profesores.

Generalmente, Jorge y Cristian guiaban al grupo por la playa, repleta de cantos rodados y algas marinas, y lo hacían trepar hasta la cima de algún acantilado, desde el que realizaban el avistaje de las ballenas, la principal atracción de la península ya que en esa época del año recorrían el *Golfo Nuevo* para aparearse y dar a luz sus crías. Para ello, los estudiantes contaban con un potente telescopio proporcionado por la fundación, que no permitía las excursiones en embarcaciones, como las que partían del puerto repleto de turistas y se colocaban a la par de aquellos espléndidos mamíferos, alterándolos.

Es que el trabajo de esta organización fundada a fines de los setenta y asociada a la Organización Mundial de la Conservación (OMC) buscaba que el ser humano se desarrollase en armonía con la naturaleza, para promover un uso sustentable de los recursos provistos por la misma. Y a través de la información, el conocimiento científico y el respeto a la diversidad procuraban aportar soluciones a los desafíos ambientales.

Para tales fines, desde un comienzo realizaron cientos de estos “safaris” para miles de grandes y chicos en distintos puntos del país, y crearon una serie de áreas protegidas, la primera de ellas en la región pampeana, a la que le siguieron otras dos en la Patagonia.

También creaban “refugios” dentro de las propiedades privadas para fomentar el uso sustentable de sus recursos y ante la presencia de algún delito, como el comercio ilegal de fauna, promovían un proceso penal para que la justicia castigase a los responsables.

En materia de difusión contaron desde los inicios de los ochenta con una revista propia que recibiría varios premios por su labor de concientización sobre la problemática ambiental. Además, a mediados de los noventa publicaron un extenso informe en formato de libro sobre la situación ambiental en el país, pionero en la evaluación integral del tema.

Además, llevaban a cabo distintas campañas públicas de concientización, una de ellas, la junta de cientos de miles de firmas para impulsar la inclusión de la figura de Delito Ambiental en el Código Civil.

Para la profesora Alicia todo este trabajo de la fundación era una especie de revolución inédita para una nación subdesarrollada y por ello trataba de inculcar esa visión en sus alumnos, muchos de los cuales, también sentían que protegiendo la naturaleza se rebelaban contra un sistema injusto y destructivo que consumía el treinta por ciento más de los recursos del planeta.

La ballena *Franca Austral* se caracterizaba por su piel negra con parches blancos en la zona ventral y su enorme cabeza llena de callosidades creadas por parásitos externos le agregaban una apariencia rugosa y un tono amarillento.

Claro que los chicos, desde la cima de un acantilado y a través de un telescopio, no podían visualizar casi nada de esto: solo divisaban cuando una porción de lomo oscuro emergía levemente del agua y expulsaba un chorro de *spray* con el dióxido de carbono que

exhalaban. “Los ballenatos no solo son más pequeños sino también tienen un color más claro que los adultos”, les explicó Cristian.

Como el resto de las ballenas, la Franca Austral realizaba dos migraciones anuales con desplazamientos solitarios: una alimentaria, hacia áreas ricas en zooplancton, cerca de la convergencia antártica; y la otra reproductiva, hacia aguas más templadas y calmas, cerca de la costa donde podían refugiarse del clima adverso del mar abierto para aparearse y dar a luz a sus crías.

Solo cuando se producía la cópula se podía verlas en pequeños grupos que luego se dispersaban hasta quedar solas madre-cría.

Según los expertos, estas ballenas eran curiosas, solían saltar con frecuencia, mantener la cola fuera del agua un largo rato y golpear las aletas con fuerza provocando explosiones de espuma de mar; sin embargo, ante la presencia de las embarcaciones con turistas retraían dicho comportamiento.

“Es difícil imaginarse completamente la forma de estas ballenas porque solo vemos una pequeña parte de su cuerpo”, señaló Cristian, quien detalló que podían medir hasta 14 metros de largo y pesar 23 toneladas.

“A mí me resulta más difícil imaginarme cómo copulan”, bromeó El Polaco, con su habitual voz risueña, al tiempo que colocaba sus ojos en la lente del telescopio que apuntaba hacia las olas que se meneaban suavemente en el centro del golfo y sobre las que se reflejaban los rayos de sol que iluminaban el cielo. “Sin tus anteojos no ves nada, Polaquito”, lo chicanéó Mariano. “¡Abarajame en la arena, nene!”, retrucó el chistoso, quien por esos días reversionaba la frase principal de la canción de los *Illya Kuriaky*, la cual sonaba en todas las radios.

Y mientras la mayoría de los chicos se reían carcajadas, sin ocultar en sus rostros la decepción de conformarse con esa forma limitada de ver ballenas, Alicia les explicó que la

copulación comenzaba con un cortejo previo en el que varios machos rodeaban a una misma hembra que, por lo general, se colocaba panza arriba para evitar el asedio sexual. Ante esto, al menos dos de los machos cooperaban entre sí para darla vuelta y así uno de ellos finalmente la podía preñar.

La profesora añadió que las hembras alcanzaban la madurez reproductiva entre los 12 y los 15 años, tenían una cría cada 3 y podían vivir más de 60. “Aunque algunos científicos afirman que pueden llegar a los cien”, aclaró.

Y, por último, remarcó que por entonces solo había 7500 ballenas de este tipo en todo el mundo, por lo que era absolutamente necesario trabajar para su preservación.

El dato alarmante era que antes de declarar ilegal la caza de ballenas en 1935 y de las últimas matanzas en el hemisferio sur a principios de los setenta, llegó a haber un total de 100 mil animales de esta especie.

De hecho, el nombre “Franca” era una derivación del inglés “*wright*”, ya que era ideal para ser cazadas gracias a su actitud tranquila y curiosidad que permitían aproximarse a ellas sin problemas y porque al morir quedaba flotando en el agua.

La preparación de los almuerzos también corría por cuenta de Jorge y Cristian, con la participación de algún que otro estudiante interesado en ayudar, aunque todos, sin excepción, se abocaban a lavar los trastos sucios, ya que cada uno de ellos debía utilizar los suyos.

Y una vez que terminaba de comer y limpiar, los profes les daban a los chicos un rato libre, el cual era utilizado por estos últimos para ir a la playa a tomar sol (sin quitarse demasiado la ropa para no pasar frío) o practicar algún juego con pelota.

De todos modos, y a pesar del incesante viento, los varones más atrevidos se introdujeron en el mar, aunque el agua gélida y sucia por las algas, los espantó rápidamente.

Si bien los profes vigilaban a la distancia, los chicos tenían la compañía casi permanente de las gaviotas que revoloteaban por la orilla luego de alimentarse de la piel y la grasa que desprendían las ballenas. Es más, algunas de estas aves se lanzaban como pilotos *kamikaze* a picotear el lomo de aquellas, lo que resultaba una amenaza tan importante como las embarcaciones con turistas, la urbanización de zonas costeras, la caza ilegal, las redes de pesca y el tránsito de buques.

De acuerdo al “Barba” Jorge (así lo bautizaron los chicos), el ave más abundante en las costas de la península era la *gaviota cocinera*, que no solo se alimentaba de los recursos provistos por el mar, sino también de la comida generada por el hombre, por lo que se las podía ver revolotear con sus alas negras y pico amarillento cerca de las personas, esperando una nueva oportunidad para comer lo que los visitantes le dejaban o descuidaban.

Mientras que el *gaviotín sudamericano*, algo más pequeño que la gaviota, con capucha negra y el pico más anaranjado, también habitaba la zona en abundancia y si bien anidaban en sitios bastante expuestos, era más bien sensible a los disturbios generados principalmente por los seres humanos y sus máquinas. Por ello, era muy común verla sobrevolar las olas y zambullirse en el agua para atrapa algún pez, su presa preferida.

En tanto, al alejarse del mar y de las playas, en los acantilados habitaban otras aves como el *cormorán imperial*, que anidaba en colonias en zonas rocosas y era un excelente buceador, capaz de alcanzar los 80 metros de profundidad para cazar peces, crustáceos y moluscos.

También se podía observar en esos acantilados al *cormorán real*, bastante similar al imperial, aunque con un plumaje más blanco.

Una de las principales actividades del contingente de estudiantes fue, sin dudas, las largas caminatas para analizar la geografía de la península donde, además de los altos

acantilados, los médanos y las playas con canto rodado, había extensos bancos de arena, pequeñas bahías, múltiples islotes y algunos cañadones.

Los adolescentes caminaban en grupos mixtos reducidos o en parejas, al tiempo que Jorge hacía hincapié en cada una de sus “clases abiertas” que toda la costa estaba formada por roca sedimentaria de millones de años de antigüedad, al tiempo que se detenía ante la cara abierta de un acantilado para mostrarle a los chicos cómo los fósiles marinos se habían convertido en capas de piedras superpuestas una arriba de la otra a raíz de la acción de las mareas y la erosión del viento y la gravedad.

Y entre esos fósiles, la profesora pretendía que sus estudiantes, sin telescopio, pero comparando con unos gráficos que ella misma proporcionaba en fotocopias en blanco y negro, pudiesen distinguir, por ejemplo, las ostras de los dientes de tiburón y restos de cangrejos.

“Todo esto tiene un valor geológico tan importante que por ello se declaró la península como Patrimonio de la Humanidad”, señalaba el “Barba” Jorge, aunque los chicos se mostraban más interesados en los animales que en las rocas. Solo les interesaba trepar a los imponentes acantilados en ambas puntas del golfo para sacar fotos y tratar de completar los trabajos prácticos propuestos por Alicia, quien no tuvo más remedio que ceder en su rigurosidad habitual para evaluar ante la inevitable dispersión de sus alumnos.

“¡Boludo, me estoy cayendo!”, exclamó, entre risas, Milo, quien estaba acostado dentro de su bolsa de dormir completamente vestido, incluso con su calzado y la campera, ya que junto a Mariano habían decidido dormir en la playa y bajo las estrellas, en vez de en el interior abrigado de su carpa junto al Polaco y Lucas; quienes en un primer momento los habían acompañado aunque sintieron tanto frío que finalmente desistieron y volvieron al campamento.

“No te estás cayendo, boludo. Estás en pedo”, respondió, en voz baja, Mariano, ubicado su lado en la cima de un médano alejado del fogón que había organizado Cristian después de cenar y del que participó todo el grupo, cantando y divirtiéndose con una serie de juegos al compás de la guitarra y las bromas del joven guía, quien luego se acostó junto al fuego para acompañar a los chicos que habían decidido dormir a la intemperie, a la luz de la luna y con la marea como arrullo.

Mariano tenía, razón: Milo estaba borracho, al igual que él; ya que ambos se habían llevado las bolsas de dormir a un sector llano del médano ubicado a unos 100 metros de la orilla para ocultarse entre los arbustos y así poder beber y fumar a escondidas de Cristian, quien, a su vez, hizo lo propio junto a Jorge, luego de que las profesoras y las chicas se fueron a dormir a sus respectivas carpas.

En la primera noche calma y sin viento hubo, sin embargo, un fuerte resoplido proveniente del mar que sobresaltó a los chicos en medio de la oscuridad: la exhalación de las ballenas. “Sonaba tan fuerte que parecía que la tenía al lado mío”, le comentó un Milo que no podía salir de su asombro a Mariano, apenas ambos despertaron cuando comenzó a clarear y en la playa ya no quedaba nadie.

Los dos amigos habían bebido tanto que se quedaron dormidos con el torso fuera de sus bolsas sin cerrar, por lo que el frío les entumeció hasta los dientes y se clavaba como un puñal en el pecho, lo que sumado a los efectos del cigarrillo provocaba que sus voces sonaran roncadas como los de un paciente con neumonía.

Por ello, ambos se la pasaron tosiendo el resto de la jornada, aunque esto no evitó que por la noche volvieran a promover un nuevo fogón en la playa, esta vez para festejar el cumpleaños de uno de sus compañeros.

Y para esa ocasión especial, los profes, con el voto disidente de Alicia, autorizaron a los chicos a brindar con algunas de las bebidas que habían sido incautadas durante el trayecto de ida y que Jorge y Cristian guardaban en su carpa.

En principio, se suponía que la cantidad de bebida liberada iba a ser reducida, pero los chicos se las ingeniaron para obtener más y así varios de ellos volvieron a terminar la noche alcoholizados; como Mariano, quien no pudo realizar el esfuerzo físico necesario para trepar la pendiente de arena y cruzar su bolsa de dormir entre los arbustos hasta la playa, por lo que debió quedarse en la carpa; mientras que Milo, el Polaco y Lucas volvieron a pasar la madrugada oyendo la encantadora respiración de las ballenas, aunque esta vez lo hicieron junto al fuego y con un poco de vino servido en un vaso de lata que fue pasando de mano en mano. Y esta ronda incluyó también a Soledad, quien con cada día de viaje que pasaba parecía estar más cerca de Cristian, su nuevo “amigo”; lo que despertaba el descontento de los chicos que gustaban de su preceptora y de las chicas que lo hacían del joven guía.

Milo se recogió su cabellera lacia y rubia hasta los hombros con una cola y clavó sus ojos celestes en el rostro de Mariano, quien a través de unos lentes para el sol miraba por la ventanilla del último asiento del micro que esa tarde transitaba por la ruta de regreso a Puerto Pirámides.

Al sentir que su amigo le apoyaba una mano en un hombro, Mariano se volvió hacia su él, alzó la visera de la gorra que cubría su pelo morocho, ondulado y corto, y se quitó las gafas, dejando al descubierto su mirada visiblemente irritada.

— ¿Estás mejor? —Milo se inclinó hacia su amigo para hablarle cerca del oído y cruzó sus piernas a la altura de las rodillas para no chocarlas contra el respaldo del asiento de adelante.

— Sí, sí -respondió Mariano, hundiéndose en su butaca y llevando los pies bien hacia adelante, aprovechando que él era más bajo que su amigo.

Milo echó un rápido vistazo hacia el pasillo del micro y luego se dirigió a su amigo casi susurrando:

— Hablé con Sabri.

—¿Y?

—Ella tiene razón –Milo apretó los labios y torció la boca.

—¿Y quién dijo que no la tiene? –Mariano esbozó media sonrisa y se volvió a colocar las gafas oscuras.

—Ya sé. Lo que quise decir es que me dijo lo mismo que te dijo a vos y la entiendo cuando dice que no quiere arriesgar tantos años de amistad y de compartir mates todos juntos en la plaza.

—Yo también. Y eso es lo que más me duele.

—Y bueno, amigo. Las minas son así, ¿qué se le va a hacer? –Milo golpeó su puño cerrado sobre el muslo de Mariano, quien negaba con la cabeza.

—Para vos es todo más fácil porque tenés facha.

—Tampoco para tanto.

—Es verdad.

—Vos tenés lo tuyo, también. Así que no me vegas con eso... –Milo seguía enfocado en la cara de su amigo, quien si bien era más bajo que él y morocho, tenía un cuerpo atlético similar que no pasaba desapercibido—. Además, con la pinta no se soluciona todo. También hay que saber chamuyar y yo en eso soy medio corto.

—¡Qué modesto! –exclamó Mariano, tras lo cual, se inclinó hacia el suelo para buscar en la mochila un pañuelo desechable.

Por su parte, Lucas se asomó por el respaldo del asiento delantero y al cruzar una mirada con Milo le hizo un gesto de interrogación con un movimiento de la cabeza, a lo que aquel le respondió con el pulgar hacia arriba, ante lo cual, el primero se agachó y desapareció velozmente de su vista.

—¿Y a vos con Laurita cómo te fue? —preguntó Mariano luego de sonarse la nariz.

Pero Milo no respondió.

—Le dijiste que no, estoy seguro.

Su amigo asintió en silencio.

—¡Ves cómo sos! —Mariano elevó el volumen de su voz, entonces Milo e llevó el dedo índice a la boca- ¿Por qué le dijiste que no?

—Porque no me gusta.

—¿No te parece linda mina?

—Sí, pero, en realidad, no tengo ganas de estar con alguien en este momento y Lauri no es una mina con la que se jode ¿Cuál es el problema?

—La mina se te entrega en bandeja y vos la rechazás, ¡por Dios! —Mariano juntó ambas palmas y aplaudió con fuerza, lo que atrajo la atención de varios de los compañeros.

—¡Shhh!

—Bueno, che, ¿cómo querés que no me ponga así? —Mariano volvió hablar, esta vez bajando el tono que, por su naturaleza, era bastante grave.

—Vos estás así porque seguís afectado por el corte con tu exnovia.

—¿Qué tiene que ver Cecilia con todo esto? Si yo estaba hablando de Laurita ahora.

—Igual, quedate tranquilo, que Laura se tomó más que bien lo que charlamos, eh.

—Mejor. Así no afectamos al grupo más de lo que ya lo hice yo.

—Ya fue. Está todo bien —Milo se recostó sobre el asiento, colocó la cabeza al frente y cerró los ojos para descansar luego de una extensa y agotadora excursión que había comenzado muy temprano y todavía no terminaba.

La excursión comenzó inmediatamente después del desayuno ya que implicaba un viaje de ida de unas cinco horas desde Puerto Pirámides hasta la Reserva Natural de *Punta Tombo*, ubicada también sobre la costa y unos 290 kilómetros al sur del campamento, y otro tanto de vuelta.

Por ello, el grupo recurrió al micro que los había trasladado desde la puerta de su colegio y que pasaba la mayor parte del tiempo estacionado y sin uso dentro del camping, donde los choferes realizaban sus propias actividades, como unos turistas más que en esa época del año visitaban la península.

La reserva de Punta Tombo se situaba geográficamente en un paraje comprendido por una franja de playas que penetraba en el mar unos 3,5 kilómetros y en el que predominaba un paisaje típicamente árido y pedregoso.

“Este lugar alberga la mayor colonia de pingüinos de Magallanes del mundo”, afirmó Cristian, con el pecho inflado y de pie en el pasillo del micro, antes de que los chicos ingresasen al predio, el cual contaba con una serie de senderos señalizados para recorrer junto a un guarda fauna ya que estos animales anidaban por los terrenos blandos camino a la costa y ambos padres custodiaban celosamente sus huevos y crías, al punto que cuando una persona pasaba cerca de su nido comenzaban emitir sonidos con distintas tonalidades para defenderse de los “invasores”.

Más allá de eso, estos pingüinos, de no más de 50 centímetros de alto y con un clásico plumaje blanco y negro, eran muy sociales, por lo que los chicos pudieron tomar fotografías desde bastante cerca a medida que paseaban por los senderos hacia el mar, donde allí

podieron disfrutar, aunque desde más lejos, del espectáculo de numerosas colonias nadando entre las olas como unos veloces torpedos que en vez de destruir buscaban alimentarse de peces, sardinas, pejerreyes y anchoas.

“Son mamíferos marinos, pero pueden perfectamente vivir en tierra firme”, describió Cristian al frente del grupo parapetado detrás de las rocas en un risco desde donde tenía una gran vista panorámica de los pingüinos caminando por las piedras y zambulléndose en el agua. “La vida fuera del mar es principalmente para reproducirse, mudar su pelaje y descansar”, agregó.

En la reserva natural los chicos también pudieron avistar en la orilla de una playa de canto rodado un apostadero de elefantes marinos, aunque muchos se lamentaron haber gastado casi todo el rollo de sus cámaras en los pingüinos y debieron conformarse con solo presenciar y guardar en sus retinas como los machos jóvenes peleaban trompa a trompa contra el “alfa” adulto por el control del harén.

Los elefantes permanecían la mayor parte del año en el agua, donde llegaban a bucear a grandes profundidades gracias a sus enormes ojos, y al igual que los Magallanes, entre agosto y septiembre salían a descansar sobre la tierra firme para reproducirse.

“¡Cómo se la dan, eh! Terrible”, exclamó Milo, al tiempo que trataba de tomar una última foto del macho alfa con su trompa ensangrentada luego de protagonizar un par de *rounds* con los jóvenes que buscaban quedarse con las decenas de hembras que los rodeaban, impasibles, como si estuviesen durmiendo al sol.

“El problema para el macho alfa no son solo las heridas, sino que al no apartarse del harén, no se alimenta y termina perdiendo mucho peso”, le aclaró Cristian, quien detalló que este período de reproducción podía llegar a durar hasta tres meses y que las hembras, luego de quedar preñadas, recién daban a luz cuando regresaban a la playa once meses después.

Según el guía, los apostaderos distribuidos a lo largo de la costa recibían hasta 20 mil elefantes cada año y albergaban el nacimiento de unas 9 mil crías; lo que conformaba la mayor colonia en crecimiento del Hemisferio Sur.

De hecho, los turistas extranjeros que cada temporada viajaban largas distancias hasta este confín del mundo no solo apuntaban las lentes de sus costosas cámaras profesionales hacia las ballenas, sino también a estos elefantes que a pesar de su peso mostraban una gran destreza para realizar en tierra sus característicos movimientos ondulantes sin siquiera usar sus aletas.

“¿Y los lobos marinos?”, preguntó, desilusionada, una compañera de Milo, a lo que Cristian le explicó que estos animales llegaban a la costa reproducirse recién a partir de diciembre. “Yo siempre me los confundo. ¡Jajá! Para mí son iguales”, añadió la chica, confundida, y así despertó las carcajadas de la mayoría de los varones ya que era habitual que ella realizase en clase ese tipo de preguntas y comentarios que a ellos les resultaban tontos y graciosos.

Entonces, los profes se tomaron el tiempo para realizar una breve descripción de los lobos marinos que, a simple vista, tenían una fisonomía más leonina gracias a su densa melena; sobre todo los machos, a los que les cubría el cuello y parte del pecho.

Los lobos también tenían una coloración más clara que la de los elefantes, con tonos marrones y amarillentos; a excepción de los recién nacidos o las pequeñas crías que eran de color negro o pardo oscuro, respectivamente; y no se arrastraban, sino que se apoyaban sobre sus aletas.

Y otra marcada diferencia con los elefantes que se podía advertir fácilmente era que en las agresiones entre los machos por el dominio del harén no había contacto físico, sino posturas amenazantes y rugidos.

“Los machos viejos y los muy jóvenes que son vencidos por el 'alfa' tienen un comportamiento muy peculiar que se llama 'secuestro de hembras' y con el que arrean a una hembra con su cría fuera de la colonia hacia una playa cercana para copular”, indicó Cristian y añadió que cuando esto ocurría, la hembra no podía ocuparse de su cría y esta generalmente moría.

Ya en el viaje de regreso, y luego de almorzar en un parador a la vera de la ruta, el grupo se detuvo para realizar una fugaz visita a un museo paleontológico, que funcionaba en un edificio que a los chicos les pareció viejo, frío y oscuro. Tal vez, porque, formalmente, ya había terminado el horario de las visitas guiadas para estudiantes y no había nadie más allí. De hecho, fue el propio Jorge quien guio el breve recorrido por las instalaciones.

Pero los chicos parecían estar con la cabeza puesta en otro lado, en especial Milo y Mariano, quienes luego de la charla sobre Sabrina y Laura se sumieron en una especie de vigilia a la hora de la siesta en la que a través de la radio recibieron la triste noticia de la muerte del cantante de *Blind Melon*, una de sus bandas de rock preferidas.

En profundo silencio y con los auriculares de los *walkman* colocados, los amigos arribaron al campamento en la península junto al resto de sus compañeros cuando ya anochecía y las primeras estrellas comenzaban a poblar un cielo violáceo y completamente despejado, como ocurrió durante todo el viaje, en el que no hubo un solo día con lluvia, ni siquiera nublado, como en la canción “*No Rain*”, de la mencionada banda californiana.

“*Y no entiendo por qué duermo todo el día. Y empiezo a quejarme de que no llueve. Y todo lo que puedo hacer es leer un libro para permanecer despierto. Y me destroza la vida, pero es un gran escape*”, sonaba en uno de los estribillos de ese *hit*, que se había vuelto un himno para los jóvenes del movimiento *grunge*, el cual aún seguía conmocionado por lo ocurrido un año antes con el suicidio de *Kurt Cobain*, uno de sus principales referentes.

II

“Ése viaje a península fue muy importante en mi vida”, recordó Milo, mientras se hallaba junto Sara en un rincón del amplio *lobby* del hotel en el que ambos trabajaban en *Villa Otero*, un barrio turístico ubicado unos 25 kilómetros al oeste de una de las más concurridas playas de la costa atlántica bonaerense, a los pies de un cerro que llevaba el mismo nombre, al igual que la extensa laguna con la que limitaba hacia el Este.

El *Hotel & Spa* se situaba en el cruce de una calle cortada y la avenida principal del barrio, la cual era la continuación de la ruta provincial que constituía la única vía de acceso asfaltada y que nacía junto a la costa, en el seno de la ciudad cabecera del Municipio.

Justo en la ochava, en la cima de unas anchas escalinatas de madera y a la sombra de unos altos pinos, estaba la entrada principal y al *lobby* se ingresaba por una puerta doble de vidrio, mismo material que el resto del frente.

A la derecha de la puerta principal había un living con un juego de sillones y un televisor *smart* desde donde se podía tener una clara vista del jardín delantero y la avenida. Mientras que a la izquierda se extendía una larga barra rodeada de banquetas y sobre la que funcionaba una máquina de café expreso.

Tanto junto al ventanal delantero como el tarsero, el cual permitía apreciar el principio del jardín del fondo, la atracción principal del hotel ya que contaba con pileta exterior e interior, cancha de pádel, parrillas, parques floridos y, sobre todo, las cabañas con estacionamiento propio; se desplegaba una serie de mesas y sillas que le daban al salón el aspecto y la funcionalidad de un bar o cafetería de estilo moderno que contrastaban con el resto más rústico.

A su vez, junto a la puerta de acceso al parque trasero se encontraba el mostrador de la recepción, en el que se anunciaban los huéspedes y se guardaban las llaves de cada una de las

habitaciones disponibles en ambas alas del edificio principal y en la planta alta, en la que también estaba la cocina y se servía un desayuno tipo *buffet*.

Aquel primer piso era el sector más luminoso y con mejor vista del hotel ya que se alcanzaba a observar todo el parque trasero y el denso bosque exterior que circundaba al predio. Sin embargo, aquella mañana, Milo y Sara permanecían sentados, frente a frente, en una mesa del fondo de la planta baja, cerca del mostrador de la recepción que en ese momento atendía ella; al tiempo que él recién acababa de llegar y programaba las actividades de recreación del fin de semana largo que se avecinaba y que prometía ser un éxito en pleno otoño, cuando ya había comenzado a mermar la cantidad de visitantes en comparación con la temporada de verano.

—¡Qué linda época aquella!, ¿no? —Sara apoyó su mejilla sobre la palma de su mano y con el rostro inclinado miró a través del ventanal, hacia el parque desierto, recientemente regado ya que el pasto había sido cortado la tarde anterior-. Aunque fueron años distintos para cada uno de nosotros: vos hiciste el secundario en los noventa y yo egresé en 2005.

—Nosotros no teníamos Internet como ustedes —Milo imitó a su compañera, nueve años menor que él, y miró hacia afuera, donde reinaba la misma paz que adentro-. En ese tiempo me la pasaba jugando al fútbol, saliendo con amigos y andando en auto; no tanto con la computadora y el celular ni siquiera existía.

—Tal cual —ella se recogió su larga y ondulada melena castaño claro, la acomodó de un lado del cuello y se volvió hacia él, quien, últimamente, cada vez que se veía al espejo añoraba la época en la que llevaba el pelo largo y despeinado, no cortado al ras y con máquina como imponía la moda actual masculina- ¿De tan chico manejas?

—Al igual que todos mis compañeros, yo saqué el registro el mismo día que cumplí diecisiete años —respondió Milo mirándola a los ojos color miel-. Me acompañó mi mamá al Juzgado de Paz para que me dieran el permiso.

—Ya veo.

—Por esos años, en mi barrio era así.

—¿Y a dónde ibas con el auto?

Milo se rascó la barba prolijamente rasurada a un nivel similar al de su cabellera, por lo que la primera parecía una continuación de la segunda.

—En mi caso particular, no muy lejos porque mi viejo no me dejaba como a otros amigos míos, que, a su vez, tenían sus propios autos. Tampoco de noche.

—Ajá.

—Así que iba hasta la plaza enfrente de la casa de una amiga, que se llamaba Sabrina; y nos pasábamos horas charlando y tomando mate con otros chicos que venían con nosotros a la escuela.

—¡Qué bueno!

—La verdad que sí. Era un grupo lindo. Estaban Sabri, Laura, Mariano, Lucas y El Polaco; más una prima de Lauri que no venía a nuestro colegio.

—¿Los seguiste viendo después de terminar el secundario?

—Poco —Milo se encogió de hombros—. Con los años fui perdiendo contacto con todos ellos, menos con Mariano, al que lo veo cada tanto.

—Suele pasar. Sobre todo, en barrios grandes, cercanos a la Capital, donde hay mucha gente, ¿no?

—Seguro.

—Acá es distinto: somos pocos y nos conocemos mucho.

—Entiendo —asintió él sonriendo. *Pueblo chico, infierno grande*, pensó al recordar aquel viejo refrán- ¿Y vos? ¿Seguís viendo a tus amigas del secundario?

—No a todas, porque algunas se fueron a vivir justamente a la Capital.

—¿Y vos nunca te fuiste?

—Claro que sí. Cuando fui a cursar mis estudios superiores a la costa, como casi todos los chicos de acá. Pero siempre viví en el barrio. Iba y venía, todos los días.

—En mi caso te diría que fue como un viaje de ida, nomás...

—¿Por qué lo decís?

Milo se llevó la mano al mentón cubierto de algunas canas y mientras pensaba se distrajo con una bandada que voló desde la copa de unos de los árboles del jardín hacia la terraza desde donde nacía la escalera que conducía al parque.

—Digamos que mi paso por la Universidad fue más complicado de lo que yo esperaba y tuvo algunas consecuencias negativas...

—¿Ah, sí?

Milo inspiró hondo, como si eso lo ayudase a sumar coraje y derribar ciertas barreras.

—Cuando terminé el secundario estaba muy influenciado por el viaje a Península y el trabajo de la Fundación, así que decidí estudiar Ciencias Biológicas en la UBA, una carrera sumamente difícil para alguien como yo, que se había graduado en un bachillerato especializado en Sociales y Letras, y no sabía nada de Física y Química, por ejemplo.

—Entiendo.

—Así que me pasé todo el tiempo encerrado en casa, estudiando como loco, pero al pedo porque terminé reprobando casi todos los exámenes, mientras mis amigos del secundario salían de jueves a domingo.

—Entonces perdiste el contacto fluido con ellos.

—Tal cual. Y a eso se sumó que después de casi tres años de fracasos en la UBA decidí cursar el Profesorado de Educación Física en un instituto privado donde mis nuevos compañeros, más chicos que yo, pasaron a ser mis amigos.

—Bueno, pero eso le pasa a todo el mundo.

—Sí, pero yo era un poco ingenuo y creía que a mí no me iba a suceder, y me costó entenderlo.

—¡Eras un chico! —Sara alzó ambas manos y luego las apoyó con fuerza sobre la madera de la mesa, haciendo temblar su vaso de agua, el cual estaba depositado a escasos centímetros del teléfono celular del que Milo nunca se separaba; en tanto que el de ella seguía guardado en su cartera, como la mayor parte del tiempo- ¡¿Qué pretendías?!

—Ya lo sé. Ya lo sé.

—Además, estoy segura que no te fue tan mal en el profesorado...

—No estaría acá, con vos, trabajando en este hotel; eso seguro —afirmó Milo, quien prefirió no comentar que había conocido a la bella *Josefina*, su exesposa y madre de sus dos pequeños hijos, en aquellas clases de Educación Física.

—¿Y cómo terminaste en este lugar?

—¿A qué te referís?

—Digo, ¿por qué te viniste a Otero cuando vivías en el Área Metropolitana donde hay más oportunidades que acá?

—Lo que pasó es que mi ex se fue a vivir con nuestros hijos a la casa de su actual pareja, en la costa. Así que para estar cerca de los chicos busqué un trabajo por la zona. Y cuando apareció esta chance, me gustó.

—Ok.

—Pero no hablemos de eso, que es un tema aburrido. Mejor contame de vos.

—No creas que soy tan interesante.

—Dale.

—Bueno, ¿qué te gustaría saber?

—Cómo te fue a vos en la Facultad, por ejemplo.

—A mí me fue bien, mejor que en el secundario.

—Al revés que yo.

—¡Jajá! Sí.

—¿Dónde estudiaste?

—En la Universidad Nacional y antes en un colegio religioso de la zona del puerto – Sara extendió su brazo derecho, cruzándolo sobre la mesa y le mostró la pulsera dorada con una medalla que tenía colocada en su muñeca.

—¿Qué es esto? –Milo acercó su rostro a la mano de la mujer, cuya piel se erizó al sentir el aliento de él.

—Es un *souvenir* que los curas daban a todos los egresados. A las chicas una pulsera con la imagen de *Santa María della Scala* y a los varones una cadenita con la medalla de *San Jorge*; cada uno con sus iniciales.

—Lindo detalle –Milo apartó la vista de la pulsera, volvió a apoyarse sobre el respaldo de la silla y agachó la cabeza por unos segundos.

—¿Qué? –Sara lo miró con sus ojos bien abiertos.

—Nada. Me resulta llamativo que después de tantos años sigas usando la pulsera.

—Mi viejo es peor: nunca se saca su cadenita.

—¡Guau!

—A ver... yo estudié ahí porque había sido el colegio de mi papá y él la eligió por mí. Además, fueron todas mis amigas del barrio.

—Está bien.

—Era una escuela normal, no de monjas, eh.

—Si vos lo decís...

Milo no pudo contenerse y se le escapó una risotada.

—¡Tonto! —Sara negó con la cabeza.

—Disculpame —él se estiró para tratar de tomarla de la mano, pero ella se mantuvo con los brazos cruzados-. Era una broma.

—No pasa nada. Todo bien.

—No te imaginaba tan religiosa.

—Lo era. Fui bautizada, tomé la Comunión, me casé por Iglesia y también bauticé a mi hijo. Pero ya no voy a misa ni rezo. Aunque sigo creyendo en la Fe católica.

—En algo hay que creer.

—¿Y vos?

—No me considero una persona religiosa. Creo en Dios, pero no en la Iglesia.

—¿Por?

—No sé. Tal vez porque de chico me obligaron a tomar la Comunión y eso que en mi casa nunca se hablaba de religión ni se rezaba.

—Capaz que le agarraste bronca. Conozco muchos otros casos así. De hecho, entre mis propios ex compañeros de escuela.

El colegio al que habían asistido Sara y su padre, *Alberto*, era una vieja institución basada en sus tradiciones, como las procesiones de San Jorge y Santa María della Scala, sus dos patronos. El establecimiento fue construido durante el período de entre guerras del Siglo XX en una especie de quinta ubicada junto a una parroquia de estilo neobarroco y que contaba con un alto campanario coronado con una imagen de Cristo hecha en bronce y que atraía la atención del barrio del puerto, donde residían, principalmente, inmigrantes italianos que subsistían gracias a la pesca; por lo que la otra fiesta importante que celebraba la comunidad era la de los pescadores.

Por entonces, en el barrio había unos 1800 vecinos y unas 150 lanchas a motor utilizadas para atrapar los pescados que luego se vendían en la primera línea de calles junto a la dársena del puerto habilitada para tales fines.

En ese escenario, la escuela fue inicialmente una edificación de una sola planta, que mantuvo el estilo arquitectónico de la parroquia; luego se construyó el primer piso y en los sesenta, un salón de jardín de infantes y el gimnasio. Y siempre dictó clases para los varones; por un lado; y para las mujeres, por el otro. Sin cursos mixtos hasta muchos años después...

Don Luigi, el abuelo de Sara, que había nacido en *Calabria* y llegado a la Argentina tras la Primera Guerra Mundial cuando era solo un niño, vivió junto a su familia en una zona de ranchos con techos de chapa y zinc; lo que era visto con desprecio por la población del resto de la ciudad, en especial, quienes residían en el centro de la misma, donde se hallaba el coqueto club de golf y veraneaban turistas provenientes de todo el país. Además, en el puerto predominaban la violencia y los grupos anarquistas y comunistas, lo que acentuaba la discriminación por parte de los demás conciudadanos, entre los que había también muchos españoles que eran víctimas de los prejuicios.

“El *Nono* decía que como el Lejano Oeste”, solía recordar el papá de la joven, quien sí pudo contar, a diferencia de sus padres, con agua corriente, cloacas y electricidad.

Y fueron justamente esas carencias y condiciones de vida deplorables las que motivaron el trabajo social y las obras benéficas a cargo de las instituciones religiosas como la parroquia y, luego, la escuela.

Una de las principales tareas de los curas a cargo de ambos establecimientos fue la de tratar de mitigar la pobreza de los pobladores del puerto, la cual alimentaba un odio de clase hacia los más ricos, quienes ganaban fortunas delante de sus ojos mientras a ellos apenas les alcanzaba para comer.

Con los adultos abandonados a la suerte con la pesca poco se podía hacer, por lo que los curas apuntaron a los más chicos, quienes de a poco fueron obteniendo la esperanza de tener una vida mejor.

Y a las formas tradicionales de beneficencia como el reparto de alimentos, ropa y útiles escolares, se les sumó luego el apoyo de diversas organizaciones benefactoras, muchas de ellas pertenecientes a la elite porteña y con sede en la Capital Federal, que pasó a estar cada vez más cerca en el invisible mapa del imaginario colectivo.

“*Beto*”, como le decía en el barrio al padre de Sara, era muy pequeño cuando un domingo de Pascuas se inundó de niños porque, además de aquellos que tomaban la Comunión, los curas repartieron chocolates, caramelos y leche con galletitas como premio a los que asistían a las clases de catecismo y a misa. Fue una verdadera fiesta en la que también se regalaron medias, corbatas y vestidos que había donado una de las organizaciones porteñas.

Pero no siempre fue así de armoniosa la relación entre los vecinos del puerto y los curas, quienes en una primera etapa debieron vencer cierta resistencia de los rudos pobladores locales, muchos de los cuáles, sobre todo los adultos jóvenes, eran absolutamente ignorantes respecto a la religión.

“El primer padre de la parroquia decía que éramos unos salvajes, que ni siquiera sabíamos el idioma porque hablábamos nuestro propio dialecto”, llegó a comentarle Don Luigi a su hijo Beto. Y según el Nono, la construcción de la iglesia primero y la escuela después fue la principal actividad conjunta promovida por los curas para empezar a generar un sentimiento de comunidad entre los vecinos que hasta ese momento solo contaban con un colegio público pero que daba clases hasta el cuarto grado.

Por ello, el colegio de los curas creció año tras año y gracias a la gran afluencia de alumnos pudo ofrecer rápidamente los estudios primarios completos basados en los pilares de

Dios, la Patria y la Familia, que terminó siendo el eje dinamizador de los principales cambios sociales en el barrio y también en gran parte de la ciudad.

Así, el nivel de instrucción de los más chicos fue mejorando y las acciones de los curas se extendieron hasta las actividades culturales, como la literatura, la música y el cine. De hecho, en la parroquia se formó la primera banda musical bajo la dirección de un joven maestro proveniente de *La Toscana* y también se proyectaban películas. Y las familias de los alumnos, incluso los hijos de los más rebeldes, a fin de año enviaban al padre cartas de agradecimiento por todo el trabajo realizado por los chicos.

Y esto sucedió entre los veinte y los cincuenta bajo la atenta mirada y el apoyo de los gobernantes de turno que promovían la misión evangelizadora de la Iglesia Católica; por lo que en poco tiempo se instalaron otras parroquias en distintos barrios de la costa.

A su vez, con el desarrollo social fueron apareciendo algunas diferencias entre los curas y las organizaciones benefactoras que aportaban los recursos económicos ya que era un vínculo informal, sin contrato de por medio, lo que funcionó como un caldo de cultivo para malos entendidos entre ambas partes; cada cual se resistía a perder su entidad y a depender de las políticas del otro.

Entonces, surgieron asociaciones vecinales locales que fueron sustituyendo el rol de las organizaciones benéficas en las actividades en las que se planteaban esas diferencias. Además, empezó a tener una marcada injerencia el gremio de los pescadores, el más numeroso de la ciudad y que a través de la fiesta en honor a los trabajadores del mar logró la confraternidad de los “paisanos” de diferentes regiones, que se unieron para celebrar a un patrono, *San Salvador*, aunque en estas ceremonias se terminaban mezclando diversas tradiciones.

La zona del puerto era conocida como “el barrio de pescadores”, por lo que las instituciones prestaron especial atención a estos trabajadores y pusieron en funciones un hogar

para enfermos crónicos y crearon la “Fiesta Nacional de los Pescadores”, la cual todavía se lleva a cabo cada verano con espectáculos, ferias y mercados típicos, con el fin de promover la cultura, la gastronomía y el turismo.

Probablemente, en la época de Don Luigi y Beto, aquella fiesta, como así también las de los patronos, constituían momentos más emotivos que en la actualidad ya que la comunidad las esperaba con ansias todo el año y las percibían con sumo orgullo para honrar a sus antepasados y, fundamentalmente, a su país natal; lo que se fue perdiendo con el tiempo debido a la merma en el flujo de inmigrantes de aquellas latitudes europeas; un proceso que se dio no solo allí, sino en toda la Argentina.

Sara giró sobre su asiento y a través de la puerta principal advirtió que acababa de estacionar junto a la rampa de entrada el encargado de la panadería que seguramente iba a cobrar alguna factura por la venta de sus productos, los cuales constituían lo mejor del desayuno que se servía en el hotel.

—Bueno, me tengo que ir a trabajar —la mujer bebió un último sorbo de su vaso de agua—. Ya empiezan a llegar los proveedores.

—¿Vos lo atendés? —Milo observó cómo un hombre calvo que acababa de descender de la camioneta subía por las escalinatas.

—No, yo simplemente lo recibo y lo derivo a la administración —respondió Sara levantándose de la silla.

—Ok.

—¿Y vos cómo vas con tu laburo? —la mujer clavó la vista en una hoja de papel escrita a mano que Milo tenía junto a su celular.

—Ahí estoy: todavía planeando las recreaciones porque, por pedido de la administración, tienen que estar orientadas a la ocasión especial que atraviesa Otero este año con el festejo de su aniversario número setenta.

—Complicado —Sara acercó la silla a la mesa—. Sobre todo, para alguien como vos, que recién llega al barrio.

—Y sí —Milo hizo un bollo con la hoja de papel—. Necesitaría conocer un poco más de la historia del lugar para que se me ocurran buenas ideas.

“Buen día”, saludó el encargado de la panadería al pararse junto al mostrador de la recepción. “Ya voy”, indicó Sara volviéndose hacia el recién llegado, tras lo cual se dirigió a Milo:

—Si querés, yo te acompaño a recorrer los principales sitios de interés del barrio para que vayas conociéndolo mejor, ¿te parece?

—Dale, Gracias —celebró Milo, quien una vez que Sara se dirigió a recibir al proveedor, arrancó una nueva hoja de su cuaderno y volvió a enfocarse en la redacción de su plan de actividades para los próximos huéspedes, quienes tenían previsto invadir el barrio aprovechando la seguidilla de feriados que ofrecía el calendario.

III

Milo había vendido su auto tras separarse de Josefina y solo así pudo reunir el suficiente dinero para radicarse en Otero ya que si bien la vivienda del ex matrimonio estaba en alquiler, hasta que se lograra venderla a un buen precio, gran parte de esa renta terminaba en los bolsillos de la mujer, quien se hacía cargo de la mayoría de los gastos de manutención de sus dos hijos.

Para llegar a su nuevo barrio tuvo que abordar un micro de larga distancia que demoró unas cinco horas en arribar a la terminal de la ciudad cabecera del Municipio, en la que luego abordó un colectivo interurbano que tardó otros 45 minutos en depositarlo en Otero, donde residían unos 4200 habitantes, un 400% más que diez años antes, lo que se debía a que muchos vecinos de la costa, especialmente los de un alto poder adquisitivo, se habían mudado de manera definitiva, y por diversos motivos, a lo que antes solía ser su casa de fin de semana.

Es que en esta villa turística se podía vivir sin el frenético ritmo de las grandes ciudades e inmerso en un verde paisaje repleto de colinas, granjas y huertas que invitaba a quedarse allí. Además, la distancia entre un sitio y el otro no era tanta, sobre todo, para aquellas personas con los recursos para trasladarse por sus propios medios. Claro que, en verano, la afluencia de visitantes era tal que la población podía llegar a triplicarse y la tan preciada tranquilidad se alteraba bastante, aunque podría decirse que había lugar para todos ya que se construían hoteles y alojamientos de manera sostenida y abundaban los locales comerciales, fundamentalmente los gastronómicos.

Técnicamente se trataba de un barrio residencial de apenas seis kilómetros cuadrado, al tiempo que sus habitantes permanentes lo llamaban simplemente “Otero”; nombre homónimo al pico más alto de las sierras y a la laguna alrededor de las cuales se había

construido esta urbanización y que, a su vez, obedecían al apellido del misionero jesuita que las descubrió a mediados del Siglo XVIII.

Otero y otros compañeros suyos de la Orden fueron enviados allí por la Corona Española para fundar una misión como en aquella época ocurrió en distintas partes del país. De hecho, esto era solo una parte de un plan de mayor envergadura que buscaba fundar una misión cada cuarenta leguas españolas, desde el río Salado hasta el Estrecho de Magallanes.

Así fue que tras meses de viajar en carreta por terrenos repletos de obstáculos se afincaron entre las orillas de una laguna de unas 600 hectáreas de superficie y a los pies de unas sierras en medio una zona que todavía estaba ocupada por pueblos originarios que habitaban en toldos y reclamaban yerba, tabaco y géneros a cambio de no atacar la misión.

El propio padre fundador contaría luego en sus memorias que al arribar se encontró con unos 300 “serranos” que hablaban dialectos trasandinos, algunos de los cuales rechazaban la “Cristiandad” porque, según ellos, significaba “ser esclavos”, lo que a Otero le pareció un “disparate”.

Pero para evitar hostilidades, los curas abandonaron la misión a los pocos años, por lo que ese sector quedó despoblado hasta mediados del Siglo XIX, cuando se radicó un nuevo asentamiento, esta vez de gauchos, y con menos pueblos originarios a su alrededor, los cuales serían prácticamente exterminados con la denominada “Conquista del Desierto”.

Por su parte, Milo acordó el pago de 15 mil pesos mensuales para alquilar una casa tipo chalet, de una sola planta y ubicada en los fondos de un amplio terreno delimitado por una gruesa ligustrina y rodeada de frondosas plantas y arbustos que mantenían fresco y húmedo el aire alrededor de la misma.

Era como la vivienda promedio de Otero, con suficientes metros cuadrados cubiertos para albergar a una familia tipo con comodidad, pero sin excesos y un extenso jardín con una

tranquera de madera al frente; aunque en este caso, a diferencia de la mayoría, no había una pileta de natación.

El chalet de Milo estaba situado sobre terreno elevado, unas 20 cuadras al sudoeste del hotel en el que trabajaba, por lo que se dirigía hasta allí en su bicicleta tipo *mountain bike* por angostas y serpenteantes calles de tierra ya que, salvo por la avenida principal que llegaba en forma de espiral hasta la cumbre de las sierras y un par de arterias adyacentes de la base, no existía el asfalto; y no por un atraso en el desarrollo urbanístico, sino porque los vecinos así lo prefería para evitar el aumento del tránsito vehicular.

En la esquina del chalet había un complejo de cabañas para turistas y que también ofrecía habitaciones como en una pensión, pero Milo había decidido alquilar un inmueble con un segundo dormitorio, un baño y una cocina totalmente equipados ya que pretendía que sus hijos lo fuesen a visitar seguido. Siempre y cuando lograra convencerla a Josefina, quien últimamente parecía demasiado ocupada con su nueva pareja y su nuevo trabajo, y no hallaba el tiempo para coordinar más que una visita de su exesposo a los chicos y un corto paseo por la costa.

“La casa está en el medio de la nada y un poco descuidada, pero por ese precio no iba a conseguir algo tan grande y cómodo”, le explicó Milo a Sara, mientras ambos pedaleaban por la avenida principal en dirección a un camino secundario que llevaba hasta la laguna, la cual tenía su ingreso principal por la ruta provincial, aunque utilizar esta vía resultaba un trayecto más largo y obligaba a salir del barrio y mezclarse con el tránsito pesado. Según la mujer, el recorrido elegido por ella era tres kilómetros más corto y menos peligroso, pero a diferencia del otro, no se podía hacer con lluvia por el barro.

La pareja de ciclistas había acordado encontrarse en la esquina del hotel y desde allí comenzaron a andar hacia la laguna, dejando atrás las primeras cuadras ocupadas por

comercios esenciales como la farmacia, un par de mercados, una carnicería y verdulería, y la ferretería; además de la escuela a la que el hijo de Sara asistía al jardín de infantes.

De hecho, cuando la mujer debía cubrir el turno de la mañana, ingresaba al hotel acompañada de su hijo, fichaba y cuando llegaba el horario de entrada al jardín lo llevaba caminando y regresaba a los pocos minutos.

Además de los comercios esenciales había otros locales más dirigidos a los turistas, como la inmobiliaria y los que vendían artesanías, dulces, alfajores, chocolates y prendas de vestir y artículos veraniegos, ya sea trajes de baño, gorras, ojotas, anteojos oscuros, etc.

Apenas terminaba el predio de la escuela se levantaba una de las bases del arco de piedra que anunciaba la bienvenida a Otero con un cartel tallado en madera que cruzaba la ruta. Y a la misma altura, pero de la mano opuesta, funcionaba la única comisaría del barrio, que constaba de una sencilla alpina de ladrillos a la vista, con el infaltable mástil al frente en el que flameaba la bandera argentina y un garaje lateral donde estacionaban los dos patrulleros de su flota (también contaban con un cuatriciclo) bajo un techo de lona y sostenido por una estructura de hierro.

Luego de pasar el arco, los ciclistas se cruzaron con un corralón de materiales para la construcción, una parrilla al paso y un vivero con invernadero, seguidos de un camping con un gran parque con quincho, cancha de fútbol, otra de vóley y una piscina olímpica pintada de un celeste tan intenso como el del cielo de aquella tarde de paseo.

Después desfiló delante de los ojos de Milo una serie de chacras con campos sembrados y animales de granja, cuyos dueños montaban puestos a la vera de la ruta para comercializar sus productos alimenticios.

En este tramo del recorrido, en la banquina de la mano derecha, sentido norte, se abría paso entre el pasto una bisisenda cubierta de conchilla, la cual también era utilizada por los infatigables y persistentes *runners*, y que bordeaba unas interminables hileras de talas y

saucos, las principales especies de árboles autóctonos de la zona, dominada por los barrancos de los arroyos y de la laguna.

Y cuando aquellos muros naturales se interrumpían en un claro se podían observar lujosas casas quinta, algunas de las cuales estaban construidas en terrenos que ocupaban una manzana entera.

Antes de llegar al camino secundario que conducía a la laguna, Milo y Sara se cruzaron no solo con autos particulares y motos, sino también con varios camiones de carga y los colectivos interurbanos que unían la rotonda de ingreso en el cruce de rutas ubicado unos kilómetros más adelante y la parada sobre la avenida principal de Otero, frente a la escuela y la comisaría.

Al doblar por el camino de tierra, el bosque a ambos lados del mismo se tornó más espeso, por lo que el sol que los había alumbrado por la espalda hasta entonces se apagó en las sombras.

Sara iba adelante, sin aminorar su marcha, en tanto que Milo trataba de sacarse cierto temor de encima que en esos momentos hacía de lastre y no le permitía avanzar como él quería. Pero a medida que avanzaron el bosque terminó cediendo y fue como terminar de salir de un túnel hasta un gran llano dominado por más campos sembrados.

Estuvieron todo ese camino los dos solos y cuando finalmente cruzaron la tranquera que señalaba el ingreso a la laguna se detuvieron frente al cartel que mostraba un mapa de la misma y sus atracciones, y bajaron de sus bicicletas para recobrar el aliento y descansar unos minutos. Y desde allí ya podían alcanzar a ver a varias cuadras de distancia una pequeña porción de agua que se asomaba entre las ramas de los árboles y los juncos.

—¿Con quién dejaste a Nico? —preguntó él al tiempo que estiraba los músculos posteriores de sus piernas y los lumbares.

—Está en lo de mi mamá —respondió ella acomodándose las calzas que se le habían arrugado a la altura de los tobillos.

—¿Le gusta quedarse con ella?

—Sí, le encanta.

—A mis hijos también. Pero no tanto con mi mamá, sino con la abuela materna.

—El mío también, pero no te sientas menospreciado.

—Debe ser como una regla universal porque yo era igual.

—Mirá que Nico se lleva re bien con los abuelos paternos, aunque debo reconocer que últimamente no quiere quedarse mucho con ellos porque empieza a extrañar al padre.

—Me imagino.

—Además, mis suegros quedaron muy afectados por la muerte del padre de Nico, así que eso empeora el ambiente...

Milo hizo una pausa, levantó la bicicleta del suelo y luego se acercó hasta Sara, quien ya estaba sentada en el asiento de su rodado.

—Perdón que te pregunte, pero, ¿cómo murió tu marido?

—¿No te lo contaron en el hotel?

—Solo me enteré que eras viuda. Pero si te molesta, no me cuentes. En serio.

—Me molestan más los chismes a mis espaldas que me lo pregunten de frente, por más incómodo que parezca.

—Ok.

—Murió el año pasado en un accidente de auto, en la ruta que une la ciudad con Otero.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Iba solo?

—Sí, y por suerte fue la única víctima.

—¿Por suerte? —Milo la miró sorprendido.

—Digo, fue un choque de varios vehículos en el que podrían haber muerto más personas, como suele ocurrir en ese tramo de la ruta, que es bastante peligroso.

—¿Por?

—Primero, porque está en pésimo estado. Y segundo porque queda cerca la unidad penitenciaria y varias fábricas, por lo que hay mucho tránsito y pesado.

—Entiendo.

—Bueno, ¿seguimos? —Sara colocó su pie derecho en el pedal, tomó el manubrio con ambas manos y lo sostuvo con fuerza.

—Dale, vamos —Milo la imitó y enseguida comenzó a pedalear, esta vez, él adelante y ella detrás.

Recorrieron el estrecho y zigzagueante camino de tierra surcada por huellas de otros vehículos de mayor porte y antes de llegar hasta la orilla pasaron por la escuela agropecuaria que funcionaba dentro del predio y a la que asistían los futuros trabajadores rurales de Otero ya que era la única de su tipo en toda la región.

A pocos metros de la misma, el camino se bifurcaba y Milo sugirió tomar hacia la derecha.

—¿Qué hay para aquel lado? —preguntó él al detener su marcha.

—Está el predio del Centro de Recreaciones, pero ahora está cerrado —respondió ella sin levantarse del asiento de su *mountain bike*, que contaba con un cobertor acolchonado y una guarda barro trasero, al contrario de la de su acompañante-. Abre solo los fines de semana.

—¿Y qué recreaciones se pueden hacer?

—De todo un poco: hay para acampar, cabañas, una gran pileta, un sector para fogones y se puede practicar remo, canotaje, palestra y hasta arquería y cerbatana.

—¿Acá no se realizaron las competencias náuticas los Juegos Panamericanos de 1995?

—Sí, sí.

—Me acuerdo de haberlo visto por televisión.

—Yo no porque era muy chica.

—Claro.

—Pero fue un evento que quedó para la historia porque unos remeros locales ganaron la medalla de oro.

—Tanto detalle no recuerdo.

—¡Jajá! La verdad es que es un predio hermoso.

—Voy a venir con los chicos un finde de estos.

—Tiene de todo. Les va a encantar —Sara extendió el brazo hacia el final del camino en el que se alcanzaba ver en miniatura la parte superior del cartel que indicaba el ingreso al centro, el cual contaba con un salón de eventos en el que también funcionaba la recepción-. No parece porque los árboles te tapan casi todo, pero adentro se ve bárbaro y tenés el mejor acceso a la laguna.

—Me imagino.

—Sigamos para allá —Sara regresó hacia la bifurcación y retomó su andar por el camino de la izquierda, procurando esquivar los pozos con agua, y Milo la siguió.

Pedalearon muy cerca de la orilla, separada del camino por un sector de pastizales bajos que permitía a los visitantes estacionar sus vehículos, hasta llegar en un par de minutos a una península, el sitio elegido por los pescadores ya que se adentraba bastante en el agua, como si fuese un muelle.

Desde la punta de la misma la pareja se detuvo a apreciar la vista de toda la laguna, la cual en los mapas tenía la forma de un “7” y medía unos 2000 metros de largo por 300 de ancho, al tiempo que la profundidad promedio era de dos metros.

Parado junto a su rodado, Milo quedó encantado con el vuelo rapaz y contra las fuertes ráfagas de viento de una numerosa bandada de gaviotas, y en ese momento recordó sus viejos estudios sobre fauna que, en ese ambiente acuático, declarado reserva natural hacía décadas, había unas 120 especies de aves.

Tras abandonar la península y bordear un bosque algo raquítico y seco, los ciclistas tomaron por un camino con pedregullo y una pendiente descendente bastante pronunciada, por lo que aminoraron la velocidad por precaución.

Y en cada claro Milo advirtió que había un cartel que indicaba que estaba “prohibido bañarse” y esta situación de vacío humano era aprovechada por los patos capuchinos que, entre las totoras y sin temor, acercaban sus cuerpos cafés moteados de negro hasta la costa de tierra colorada convertida en fango y escasas piedras en su superficie.

A continuación, el camino se hizo cuesta arriba y mientras la orilla seguía de la mano derecha, en la izquierda se desplegaba un club hípico, donde los amantes de los caballos podían practicar equitación.

En este tramo, Milo y Sara circulaban uno al lado del otro, despacio para no agitarse y malgastar sus energías hasta pasar la loma y volver a bajar por la pendiente.

—¿Te gusta montar, Sara?

—Sí, pero la verdad es que desde muy chica que no me subo a un caballo. ¿Vos?

—A mí me encanta, aunque tampoco lo hago hace mucho tiempo. Cuando trabajaba en las recreaciones de un complejo en Mar de las Pampas, una de mis actividades preferidas era salir a cabalgar por la playa, en especial, a la tarde y volver casi de noche para prender un fogón. A la gente le fascinaba.

—¡Qué buena excursión! Yo hubiera ido también.

Apenas cruzaron la loma volvieron a tomar envión, aunque a los pocos metros el camino se hizo absolutamente llano hasta que llegaron a la entrada principal de la reserva en la que se ubicaba el “Museo Gaucho”, la oficina del guarda parque y la administración de la escuela agropecuaria, separados por una pequeña plazoleta.

Se trataba de una serie de edificaciones de estilo colonial que habían conformado un viejo casco de estancia construido a fines del Siglo XIX y donde aún se conservaba el antiguo establo y el molino, actualmente en desuso.

Según Sara, se mantenía la estructura original ya que había sido declarado patrimonio cultural, por lo que al recorrerlo se podía observar el galpón de esquila, el bañadero de ovejas, la casa del mayordomo y el sistema de doble galería.

“La casa principal tiene tres cuerpos y una planta en ‘U’. Entre las alas derecha e izquierda hay ocho habitaciones, con la decoración original, y al frente hay otros cuatro ambientes destinados al museo”, explicó ella mientras apoyaba la bicicleta contra la tranquera del museo, el cual se encontraba cerrado a esa hora del día.

—¿Cómo sabés tanto de este lugar? —Milo la siguió sin poder ocultar el asombro que se dibujaba en su rostro enrojecido por la exposición prolongada a los rayos del sol y al intenso viento-. Primero me contaste del centro de recreaciones, ahora del museo...

—Creo que no llegué a contarte que en la Facultad estudié Administración Hotelera y Turismo —Sara dio media vuelta y le guiñó un ojo, a lo que él torció su boca con complicidad.

—Eso lo explica, claramente —asintió Milo.

De acuerdo a Sara, en la época en la que el gaucho vivió y trabajó en esa estancia, los campos estaban poblados por hacienda cimarrona y mostrenca, por lo que se destacó como enlazador, pialador y jinete. Y con este tipo de actividades, más la fundación de pueblos,

fortines y guardias, la cultura criolla fue desplazando cada vez más hacia el oeste a la de los pueblos originarios.

Y para transmitir esos usos y costumbres de los criollos se creó el museo, el cual exhibía una colección de objetos y documentos que reflejaban la vida cotidiana de aquellos tiempos.

Había, por ejemplo, objetos fabricados por los pueblos originarios, como armas y otros elementos de la vida cotidiana que intercambiaban en la “frontera” con los habitantes del “nuevo Mundo”, de quienes se mostraban sus herramientas para el trabajo rural y atuendos, incluidos los de los peones y mayordomos. Y también algunas fotografías de la estancia durante aquellos años y cómo se fue transformando con el paso del tiempo y a través de distintas actividades, entre ellas, la ganadería y la producción lanar.

“Hay muestras temporarias por dos o tres meses y también una itinerante a través de una serie óleos, acuarelas, dibujos, grabados y litografías de artistas contemporáneos que reflejaron la vida del guacho y que tienen un gran valor documental”, señaló Sara alejándose de la tranquera y colocando su bicicleta sobre el camino de tierra que esquivaba el casco hacia la izquierda y luego de una amplia curva retomaba hacia el lado opuesto para volver a pasar a metros de la costa de la laguna, con menos árboles de por medio, por lo que en ese sentido, hacia el sur, se tenía una perfecta vista lateral del atardecer sobre el agua. “¿Seguimos?”, preguntó a Milo, quien permaneció unos momentos más observando la estancia, aunque, en realidad, lo que hacía era dejar volar su imaginación tratando de visualizarse en la vida de aquella época, en pleno contacto con la vida silvestre, sin la interferencia de tanta tecnología.

Así lo habían logrado hacer los curas jesuitas en la reducción que aún se sostenía en pie en medio de un bosque ubicado a unos cien metros de la orilla Este, y que también funcionaba como un sitio para que los turistas lo visitasen.

Sara y Milo llegaron hasta allí después de pedalear sin cesar durante varios minutos y en el camino se cruzaron con un micro de una agencia de viajes que trasladaba a un grupo de personas mayores que acababan de visitar justamente aquella reducción jesuítica, una construcción en forma de capilla, con techo de paja y un campanario del mismo material coronado con una cruz de madera, y que databa de mediados del Siglo XVIII.

—¿Quieres pasar o venimos otro día? —Sara detuvo su marcha apenas pisó el camino angosto y embarrado que se desprendía de la traza principal y recorría la distancia hasta la entrada a la capilla, delimitada por un alambre dulce sostenido por unos postes que parecían cortados de la arboleda circundante.

—Todavía hay gente adentro. Mejor sigamos —Milo frenó justo al lado de ella, quien le señaló un quincho lindero, también con techo de paja, junto al que había unas hamacas y un tobogán para niños, y varias mesas y sillas en el jardín donde se destacaba un aljibe y una figura de Jesucristo dentro de un cofre de acrílico en el que los visitantes dejaban estampillas, rosarios y flores.

—Ahí hay un café, donde también venden artesanías y los chicos pueden jugar después de la visita guiada, que es sumamente corta —explicó la mujer.

—Calculo que sí porque desde afuera se ve que no es un lugar muy grande.

Sara se acercó hasta Milo y le dijo al oído:

—Tampoco es un lugar muy atractivo.

—Entiendo —señaló él en voz baja y guiñándole un ojo.

—Adentro solo hay fotos en blanco y negro colgadas de las paredes y un montón de adornos sobre muebles viejos.

—Ok. Sigamos, entonces.

Y siguieron un rato más hasta llegar a un claro, donde la laguna dibujaba una bahía desde la que se alcanzaba a ver, como una delgada línea en el horizonte, la costa opuesta y la

península de los pescadores; mientras que cerca de la orilla con un césped bien mantenido la pareja de ciclistas se sentó a descansar, sigilosamente para no espantar a las garzas que andaban en el agua, con su plumaje enteramente blanco, excepto en su área facial donde una raya negra iba desde el pico hasta detrás de los ojos.

Lo único que se escuchaba era el viento y, sobre todo, el canto de las aves que se escondía en las altas ramas al otro lado del camino. Hasta el agua estaba en calma, con un oleaje casi ínfimo, como si fuese una sábana mal planchada.

—¿Qué hay más para allá? —Milo, apoyado sobre sus codos y con las piernas estiradas y cruzadas, movió su cabeza hacia su izquierda, donde el camino se perdía en la espesura de un bosque de eucaliptos, a través del cual, el sol seguía filtrándose y teñía con una luz ámbar toda la laguna.

—No mucho más —respondió Sara, sentada en idéntica posición, a escasos centímetros de él-. El camino se topa enseguida con el camping del centro de recreaciones y ya no se puede seguir.

—Ok.

—¿Tenías ganas de seguir? Mirá lo que es este paisaje —la mujer estiró el brazo y trazó un semicírculo en el aire.

—Hermoso —Milo giró hacia su derecha y la miró fijamente.

—Excepto por ese graznido que viene de los árboles —bromeó ella en referencia al sonido seco, fuerte y desagradable de la garza bruja, o “cuervo de noche” que al final del día comenzaba a tener mayor actividad.

En ese momento, Sara se volvió hacia él y ambos cruzaron miradas por unos segundos hasta que Milo intentó besarla en los labios, ante lo cual, ella alejó su rostro y dirigió los ojos al frente.

—Perdoname —se disculpó él de inmediato.

—No tenés por qué —Sara enderezó su espalda y se sentó como india sin dejar de mirar hacia adelante.

—Creí que estaba todo bien entre los dos —Milo posó suevamente su mano en el hombro de ella, quien volvió a mirarlo a la cara, pero manteniendo una distancia prudencial.

—Está todo bien, pero me está costando más de lo que yo pensaba.

—No hay problema.

—Hace mucho tiempo que no hago esto.

—Yo igual. Y si es difícil para mí, me imagino que para vos debe ser aún peor.

—Son situaciones distintas.

—Lo sé.

Milo hizo una pausa, recogió las piernas, se abrazó a ellas y respiró profundo.

—En mi caso creo que siento más bronca que dolor porque mi ex fue quien decidió separarse —continuó él como si estuviera repitiendo aquella frase de memoria a pesar de que recién se le había ocurrido-. Perdí a la pareja, no la persona.

—Puede ser.

—Es muy duro perder a un ser querido: yo en un mismo año perdí a mi papá y a un amigo del trabajo, mayor que yo, que era como mi padrino, mi segundo padre. Y fue todo tan inesperado que me dejó en shock.

—Son golpes que te noquean.

—Tal cual. Y después de cierto tiempo me di cuenta que cuando se pierde a un ser muy querido, una parte de uno muere también y ya no volvemos a ser la misma persona que antes. Como que nos vamos apagando de a poco, ¿no?

—Totalmente de acuerdo —la mujer volvió a mirarlo con sus ojos al borde del llanto, pero sonriendo-. Yo antes era más divertida. Te lo aseguro. ¡Jajá!

Y desinhibida, pensó ella.

Paciencia, paciencia, se dijo Milo, quien largó una carcajada y en un rápido movimiento se puso de pie. Lo mismo Sara.

Y entre risas cómplices caminaron hasta donde habían dejado sus bicicletas apoyadas sobre el pasto y emprendieron a la par el camino de regreso hasta el centro del barrio, al que arribaron al anochecer, cuando las luces artificiales de Otero comenzaban a encender sus apacibles calles. Y al despedirse en la esquina del hotel lo hicieron con un beso, pero en la mejilla

IV

El nuevo punto de encuentro entre Milo y Sara fue un banco de plaza ubicado en uno de los pasillos de la galería de comercios ubicada en la manzana de enfrente al hotel, donde funcionaban locales de ropa, gastronómicos, inmobiliarios, de artesanías, un *drugstore* y el único cajero automático del barrio, por lo que alrededor de esta cabina era inevitable que los vecinos se cruzasen y se quedaran allí charlando un rato.

Antes de iniciar el paseo, la mujer compró unos chicles y él una botellita de agua, tras lo cual fueron caminando calle arriba las primeras dos cuadras de asfalto en la que se concentraban otros comercios con una nutrida clientela habitual, entre ellos, un bar y restó de dos pisos que tenía en su balcón de la planta alta que daba a la vereda una réplica en miniatura de la *Torre Eiffel* que por las noches se encendía de luces multicolores, parecido a la original, como un árbol de Navidad, y se convertía en la atracción principal del lugar.

Era una mañana típica de otoño para Otero: fresca pero soleada. Y como no había un viento intenso resultaba lo suficientemente agradable para salir a caminar. Claro que cada vez que quedaban envueltos por las sombras de los árboles a ambos lados de la calle, Milo colocaba sus manos dentro de los bolsillos de su campera deportiva, cerrada hasta el cuello para evitar que la baja temperatura le irritase la garganta. Por su parte, Sara también iba abrigada, aunque se dejó su buzo con cierre abierto hasta la mitad de su pecho, dejando a la vista la parte superior de una remera blanca escotada y una porción de piel pecosa y que aún conservaba el bronceado del verano reciente.

Después de recorrer las primeras cuadras en las que comenzaron a asomarse entre el bosque unas hermosas casas particulares que databan de varios años, Milo advirtió que cuando la calle doblaba hacia la derecha y comenzaba a trepar la sierra había muchas otras

viviendas en plena construcción y con estilos más modernos, con más vidrio y metal, y algunas de dos plantas.

—¡Cuántas obras que hay! —Milo tuvo que elevar el volumen de su voz para que Sara lo escuchase en medio de tanto martilleo cuando se detuvieron frente a un terreno en el que había una decena de albañiles.

—Sobre todo, en el último tiempo, que la construcción pasó a ser la principal actividad después del turismo, la hotelería, la gastronomía y los comercios afines.

—¿Y cuál era antes la actividad que le ganaba en importancia?

—La embotelladora de agua.

—Claro. Agua Otero ¡Me acuerdo de haberla tomado cuando iba a la costa!

—En su mejor época llegó a ser la única marca que se tomaba en toda la ciudad.

Dicha embotelladora existía desde antes que se fundase formalmente el propio barrio y en un inicio perteneció a capitales privados nacionales y estatales, los que les permitieron tener un amplio establecimiento ubicado a la vera de la ruta que conducía a la ciudad y su costa, donde posteriormente se instalarían otras empresas, como las cerveceras, atraídas por la cantidad de recursos naturales que ofrecía esa zona, en la que el agua se extraía de una larga serie de pozos.

En ese escenario, la perforación central de la embotelladora se situaba en un valle accidentado que se extendían unos tres kilómetros entre las sierras hasta desembocar en una quebrada en la que se encontraban los caminos que llegaban hasta la laguna.

Y si bien la versión oficial indicaba que había sido cedida a privados extranjeros por problemas económicos y disputas judiciales entre los herederos de los propietarios originales; otras hipótesis apuntaron a que la cesión se debió a que estudios científicos revelaron que

últimamente su agua contenía flúor natural y era ligeramente radioactiva, por lo que en el 70% de los casos, no era potable.

A esto se sumó, además, que la empresa había sufrido previamente la rotura de la máquina lavadora de botellas, lo que la obligó a modificar drásticamente sus procesos, los cuales fueron mermando en sus niveles de calidad.

Por todo ello, en la actualidad solo quedaban unos pocos pozos habilitados que eran administrados por una firma multinacional cuya sede central se ubicaba en Cuyo y que procesaba el agua en sus plantas de aquella región cordillerana; a raíz de lo cual, empleaba menos mano de obra de Otero.

El camino hasta “*La Gruta*” era de 1,5 kilómetros, por lo que a pie les demandaría a Milo y Sara unos veinte minutos en dirección a “*La Cumbre*”, los dos sitios que tenían previstos visitar durante esa jornada.

Así que después de bordear una seguidilla de obras en construcción, la pareja de caminantes siguió su ascenso hasta que la misma calle, en cuyas ambas banquetas había profundas canaletas naturales producidas por el paso del agua de lluvia que descendía desde la cima, comenzó a girar hacia la izquierda. Entonces, Milo observó que a su derecha ya no había casas particulares sino un sector del *Club de Golf* con sus parques perfectamente cortados al ras y sus lagunas artificiales.

—Como verás —Sara señaló hacia el alambrado que delimitada la cancha—: ahí está el famoso golf.

Milo asintió casi de compromiso e hizo una nueva pausa para detenerse a observar aquel predio.

—Acá juegan grandes talentos, como mi padre —continuó ella con un evidente tono bromista.

—¡Jajá!

—No, en serio, el primer profesional de este club fue, ni más ni menos, que el gran De Vincenzo.

—Mirá vos.

—¿Sabés quién fue, no?

—Claro: el mejor golfista argentino de la historia.

—Ah, ok.

—No te olvides que yo soy del sur del conurbano, donde residía De Vincenzo.

—Cierto.

—Es más, unos viejos amigos míos vivían a pocas cuadras de la casa de él.

—Bueno, entonces ya sabrás su historia.

—Pero no la de este club —Milo se pegó al alambrado y se agarró del mismo con las yemas de los dedos.

Según recordaba Sara, el golf de Otero se fundó diez años después que el barrio sobre terrenos pertenecientes a la empresa que urbanizó toda esa zona. De hecho, fue diseñado por el mismo ingeniero que hizo lo propio con la villa y que, a su vez, residía en ella.

El campo de juego constaba de 18 hoyos y un recorrido de casi seis kilómetros, y era sede de al menos tres torneos profesionales cada año (auspiciados por importantes marcas internacionales), por lo que lo visitaban jugadores de todas partes del país, a quienes les encantaba el paisaje y la quietud que lo envolvían, más allá de los jugosos premios en disputa.

Además, durante la temporada de verano, el club habilitaba la piscina para sus socios e invitados; así que en esa época del año se podía disfrutar a pleno de sus instalaciones sin necesidad de tocar un hierro ni pisar un *green*.

A su vez, muchos vecinos de Otero eran habituales clientes del restorán que funcionaba junto al *Club House* y también participaban de los torneos de cartas del Salón de Juegos contiguo.

Pero, sin dudas, el sector más atractivo de las instalaciones era el quincho para eventos, en el que Sara, al igual que muchas otras adolescentes del barrio, había celebrado su Fiesta de 15. Y si bien los inviernos podían ser sumamente crudos, el salón brindaba un ambiente cálido y acogedor, y al mismo tiempo vistoso, a partir de su gran hogar a leña con chimenea construido en piedra maciza.

El club era un pilar de la comunidad y gracias a su escuela de golf había catapultado al mundo de ese deporte a varias figuras locales.

—Tenés que venir en noviembre a ver el torneo *Tee de Oro*, el más importante. De 36 hoyos —indicó Sara mientras se alejaba de la alambrada y retomaba la caminata por la calle desierta.

—¿Tu papá lo juega?

—A veces.

—Si lo hace este año, puedo venir con vos a verlo jugar.

—Veremos qué decide él. Falta mucho.

Más de medio año, se dijo Milo colocando sus manos en los bolsillos de su abrigo y acelerando el paso para no quedar lejos de Sara. Paciencia, pensó, otra vez.

Paciencia, evidentemente, era la clave para vivir de la mejor manera en un lugar donde todo parecía transcurrir en cámara lenta y en silencio.

—Me gusta que casi todas las casas no tienen rejas ni cercos, como en un country — Milo se detuvo frente a un inmenso chalet con el frente completamente vidriado y apenas una verja de madera que se levantaba medio metro del césped. Mientras que al otro lado de la calle había una plaza con los típicos juegos para chicos, aunque a raíz de la falta de una

demarcación clara entre los terrenos no se entendía si era pública o pertenecía a la vivienda contigua que estaba en plena etapa de ampliación.

—Es lo más atractivo de Otero —Sara se paró al lado de él—. Es más, un grupo de selectos vecinos, por no decir de los más adinerados y poderosos de acá, en una época pretendían que sea un country.

—¿En serio? ¿Y qué pasó?

—El problema fue que estos sectarios querían dejar afuera a todos los vecinos que viven en las chacras que están del otro lado del arco de la entrada, en la ruta.

—Ah, bueno. ¡Qué jodidos, eh!

—¿Cómo dice el refrán? ¿Pueblo chico, infierno grande?

—Jajá. Sí.

Dejaron atrás la plaza y siguieron por un asfalto con una pendiente en ascenso cada vez más pronunciada y que dibujó una larga curva y contra curva sobre la ladera de la sierra desde comenzaba a observarse los sectores bajos cercanos a la entrada a Otero. Y al salir de esa última chicana, la pareja llegó hasta el ingreso al paseo de La Gruta, donde el sector para estacionar vehículos estaba completamente desocupado y los puestos fijos de los feriantes montados con maderas y chapas acanaladas se encontraban vacíos, excepto por uno, el primero de la fila, que vendía pañuelos de variados colores. Y junto a este ya se podían apreciar las rocas rectangulares y grisáceas que se apilaban una arriba de la otra como bloques de juguetes, pero extremadamente pesados y sólidos. Inamovibles.

—¿Para qué son los pañuelos? —preguntó Milo en voz baja al pasar por el puesto atendido por una mujer mayor.

Sara lo miró con asombro.

—¿Qué? —insistió él.

—Claramente, salvo por la flora y la fauna, no estudiaste mucho más de la historia de Otero.

—Para eso te tengo a vos –Milo la codeó suavemente-: mi guía turística personal.

—¡Qué gracioso! –Sara siguió caminando para alejarse de la mirada chismosa de la mujer que atendía el puesto, a quién conocía de vista y había saludado cordialmente.

—Bueno, ¿me vas a contar para qué sirven los pañuelos? –Milo tomó del brazo para que su acompañante para que esta disminuyera la velocidad de su marcha.

—Digamos que sirve para tener hijos –señaló ella, pero la respuesta no satisfizo a Milo, quien le devolvió una expresión de desconcierto.

—¿Y funciona?

—Conmigo sí –respondió Sara e inmediatamente después aceleró su paso entre los puestos de artesanías hasta empezar a bordear un macizo a su derecha, flanqueado hacia la izquierda por un pinar que apenas superaba la altura del risco.

Por su parte, Milo permaneció quieto unos segundos, aún más desconcertado por la última respuesta de Sara, y recién cuando casi la perdió de vista la siguió al trote. De todos modos, era imposible extraviarse ya que todo el paseo, desde la entrada hasta la gruta, tenía unos 200 metros de extensión y no había caminos alternativos.

Una gruta, por definición, se trata de una cavidad natural o artificial abierta en riscos o peñas. Y en el caso de Otero, la suya era definitivamente natural, por lo que existía desde muchísimo tiempo antes que el barrio.

Esta gruta se convirtió en un santuario religioso prácticamente en la misma fecha en que se fundó Otero, cuando un matrimonio de inmigrantes italianos que residía en la zona del puerto de la ciudad colocó allí una imagen de la Virgen de Luján y ató un pañuelo alrededor de la misma. Fueron tantos los visitantes que lo seguirían hasta ese sitio con el paso de los

años que unas tres décadas más tarde se montó un altar para exhibir a la virgen y la gruta se cubrió de una cadena de miles de pañuelos.

De acuerdo a la historia, no oficial, que se conocía en el barrio, esa pareja estaba de paseo y atraída por el silencio y la soledad reinante en el lugar eligió una roca como pedestal para la imagen que llevaban consigo y le ataron el pañuelo como símbolo de la unión espiritual de sus cuerpos. Tras montar ese santuario, esposo y esposa se arrodillaron para rezarle a la virgen y pidieron para que la mujer quedase embarazada, algo que trataban de lograr desde hacía años.

Cuatro meses después, el matrimonio regresó para agradecer que la mujer estuviera esperando a su primer hijo y anudó un nuevo pañuelo alrededor de la imagen. Seguros de que se había tratado de un milagro se lo comentaron a todas aquellas personas que se cruzaron en su camino, y así se fue divulgando lo ocurrido de generación en generación.

Fue tanta la masiva la concurrencia a esta gruta milagrosa que a principios del Siglo XXI la Parroquia de Otero se hizo cargo del predio e instaló baños públicos, una santería y el estacionamiento. Además, los administradores solicitaban a los visitantes que a cambio de un pañuelo colaborasen con leche en polvo y pañales para donar al hospital local.

—Se dice que la fe mueve montañas. Acá, ata miles y miles de pañuelos -sintetizó Sara, risueña-. Y da hijos.

Y mientras ella permanecía sentada en uno de los bancos de madera dispuestos frente a la imagen de la virgen, él daba vueltas por el lugar.

—Es como si a la sierra le hubieran puesto un techo de piedra —describió Milo al colocarse debajo del peñasco, dentro de aquella galería, en cuyo piso había innumerables rocas pequeñas y un colchón de pinocha, por lo que había que caminar con sumo cuidado para no tropezar. También había tiradas en el suelo cadenas de pañuelos que habían caído desde las ramas de los árboles en los que ya no cabía ni una hoja más. Había trozos de tela multicolores

por doquier, al punto que desde la tierra no se podía tomar una sola fotografía para que todos quedaran dentro de un mismo cuadro.

Por ello, Milo quiso sacar una foto con su celular desde el “techo” de dicha galería, por lo que subió al peñasco por un costado en el que las piedras formaban una escalera irregular, con peldaños de distintos tamaños, pero fácil de recorrer. Desde allí también pudo observar que ni siquiera tantas muestras de fe podían evitar el accionar dañino de los vándalos que dejaban sus grafitis grabados en las piedras.

Al abandonar el paseo, Milo y Sara se cruzaron con unos visitantes que llegaban con sus respectivos pañuelos, probablemente traídos consigo y no comprados en el puesto de la entrada.

—Sigamos hacia arriba —indicó Sara apenas puso un pie en la calle.

—¿Qué hay para ese lado?

—La mejor vista de Otero.

—Ah, ok. Porque desde la gruta el bosque no me dejaba ver bien.

—Por eso. Vamos para allá —la mujer inició el ascenso-. Te va a gustar.

—¿Es dónde hay un centro comercial? —él también se puso en marcha.

—Sí.

—Ya pasé por ahí el otro día con la bici, pero no entré.

—Hay un mirador con un *deck* donde uno se puede sentar a tomar algo.

—Yo invito el café entonces.

Sara estaba en lo cierto: desde la terraza de dicho centro comercial se alcanzaba a ver la zona de chacras y hasta la laguna, la cual, desde 150 metros de altura, se asemejaba a una mancha de cristal en medio de una rugosa alfombra verde.

—Este es mi jardín —señaló Sara cruzando el brazo por arriba de la baranda de madera del *deck*.

—Impresionante —expresó Milo acomodándose en la silla al otro lado de la mesa del bar ubicado al final del centro comercial, de frente al punto panorámico.

—Me alegro que te guste —la mujer se inclinó hacia delante y miró por arriba del hombro de Milo, ya que el mesero se encontraba justo en la mesa de atrás, recogiendo los trastos sucios que habían dejado los clientes que acababan de retirarse.

—Acá arriba hay un poco más de viento, pero al sol se está bárbaro —añadió él quitándose el abrigo y colocándolo en el respaldo de la silla—. ¡Qué buena suerte poder vivir en un lugar así, eh!

—Bueno, bueno —Sara se reclinó sobre el respaldo y se ajustó los anteojos para el sol detrás de las orejas—. No todo es color de rosa por acá.

—Seguro, como en todos lados en este bendito país.

Sara estaba por decir algo cuando el mesero se les acercó y les preguntó que iban a ordenar, a lo que la pareja pidió un par de cortados en jarrito.

Entonces, el mozo se retiró rápidamente y se introdujo en el bar a través de una puerta ventana que permitía observar, al mismo tiempo, todo lo que ocurría en su salón y la barra.

—¿Qué me estabas por decir, Sara?

—Que no todo es color de rosa. Por ejemplo, mi suegro trabajó toda su vida en la embotelladora y de un día para el otro lo dejaron en la calle y como es una persona mayor no pudo volver a conseguir laburo y vive de changas.

—Es la misma historia que se repite: a las empresas nacionales les resultada cada vez más difícil sobrevivir en este mercado.

—Cambian los gobiernos, pero la economía sigue igual, ¿no?

—Lamentablemente sí.

—A veces pienso que debería caer una bomba atómica en este país, para que arrase con toda la corrupción, y que los que sobrevivan puedan refundarlo. Empezar de cero.

—Te entiendo. A veces, la única solución para vencer este sistema es destruirlo por completo. Pero creo que lo de la bomba atómica es demasiado dañino. Tal vez podría suceder algo menos violento, como una epidemia viral.

—Algo que sea más selectivo, ¿no?

—Claro. Mirá qué lindo es esto —Milo estiró el cuello hacia la baranda—. Sería aún más catastrófico perder lugares así.

—Tenés razón. Hasta es más probable.

—¿Qué cosa?

—Que pase lo del virus.

—Es solo una idea. ¿Por qué lo decís?

—El otro día estaba leyendo que en un pueblo remoto de China hay una epidemia y que toda la gente está en cuarentena y nadie puede salir a la calle.

—Mira vos. No sabía.

—Parece que no hay vacuna ni tratamiento, entonces el aislamiento social es el único remedio.

—¡Qué locura!

—Yo me muero estando todo el día encerrada.

—Yo también.

—Igual, no pensemos en estas cosas feas.

—Coincido.

—Nosotros tenemos hijos. No podemos pretender destruir todo.

—Absolutamente. Los chicos son los que peor la pueden llegar a pasar y nosotros, como padres, debemos evitar que eso pase.

—¡Jajá! —la risotada de Sara fue tan fuerte que atrajo la atención del mesero, quien se había acercado sin que ellos se percataran y se disponía a servir las bebidas sobre la mesa.

—¿Por qué te reís? —preguntó Milo apenas se alejó el mozo.

—Si tu ex pudiera escucharte ahora...

—¿Pensaría que soy un papá genial y me dejaría ver a los chicos más tiempo?! Ojalá.
¡Jajá!

Era casi mediodía cuando abandonaron el centro comercial de la cumbre, donde luego de tomar el café en la terraza, recorrieron los distintos pasillos internos del complejo, construido enteramente en madera, y Sara se detuvo ante cada vidriera, como una turista recién llegada que nunca antes las había visto. Y cuando Milo le preguntó si buscaba algo en particular, ella le respondió como a un empleado de alguno de los locales: “Estoy mirando.”

Una vez que regresaron a la calle, Sara sugirió emprender el descenso, con lo que él estuvo de acuerdo. Sin embargo, cuando llegaron nuevamente al costado del club de golf, ella le indicó desviarse un poco hacia la izquierda por unas calles angostas y empedradas para ir a visitar “*El Peñón*”, ubicado en el corazón de un sector residencial de lujosos chalets con jardines imponentes. La vegetación, tanto dentro como fuera de las propiedades era tan tupida que los caminos y edificaciones se volvían invisibles. Hasta que, de repente, a las pocas cuadras llegaron a un claro y en una plazoleta circular, junto a una antena transmisora de televisión y el viejo estacionamiento para el camión de los Bomberos Voluntarios, había una mole pétrea, con forma de hongo, como si fuese un meteorito caído del cielo.

—Creo que debe pertenecer al plegamiento hercínico. Debe tener como 250 millones de años —recitó Milo al acariciar la superficie de uno de los lados del peñón.

—Veo que no sos un especialista en flora y fauna, únicamente.

—No, no. También me las rebusco con la geología.

—Yo no. Nunca me gustó. Ni la geografía.

—Y sí... pueden ser algo aburridas.

—No me gustan porque tratan principalmente con la naturaleza muerta. Prefiero a los seres vivos.

—Bueno, a vos te gusta la historia y ahí están más muertos que esta roca.

—¡Qué chistoso!

Y para no aburrirla, Milo evitó comentarle que Otero formaba parte de un sistema de sierras que se extendía unos 300 kilómetros desde la costa hacia el oeste; y que este escenario serrano tenía una antigüedad de 2200 millones de años que lo convertía en el segundo más viejo del mundo en su tipo.

Básicamente, era un sistema de fajas miloníticas que se habían forjado a partir de la colisión de dos bloques tectónicos. Y a nivel geológico se correspondía con un macizo de cristalinos compuestos por areniscas y arcillas, sobre los que se apoyaban los sedimentos del Paleozoico. En tanto que el relieve estaba hecho de granito, diorita y gneis, que al desgastarse cobraban formas redondeadas, no tubulares y cónicas como los cristales.

A su vez, el sistema estaba integrado por seis secciones separadas por valles, la primera de la serie era la de Otero; al tiempo que la última, ubicada más al oeste, poseía la mayor altura (más de 500 metros) y estaba rodeada de arroyos y ríos.

Mientras que la desintegración de las rocas cubrió de bloques y cantos rodados las cimas y las cuestas de las sierras, formando así las grutas con bancos de cuarcitas.

Milo y Sara caminaban por la calle principal de regreso al centro del barrio, con el sol en la frente, cuando de repente, él advirtió que un automóvil se les acercaba velozmente y

recién cuando lo tuvo prácticamente encima descubrió que se trataba de un patrullero que frenó justo al lado, tras lo cual, del asiento del acompañante descendió un hombre mayor uniformado que encaró directamente hacia la mujer, quien no se mostraba sorprendida para nada.

—A vos te estaba buscando –indicó el policía señalándola con el dedo índice.

Milo, en tanto, permaneció absolutamente quieto y en silencio, aguantando la respiración, ya que por las insignias que colgaban del uniforme azul oscuro del policía entendía que éste era jefe o al menos tenía un alto rango.

—¡Papá! –Sara rodeó al jefe policial con sus brazos, al tiempo que él la besó en la mejilla.

—Hija mía, ¿cómo estás? –el padre la tomó de la cintura y le echó un rápido vistazo de arriba abajo-. Últimamente, cada vez que pasas por casa yo no estoy. Así no te puedo ver nunca.

—Y bueno, deberías trabajar menos –Sara se apartó unos centímetros de su papá, quien a diferencia de ella tenía el pelo grueso y ondulado, tez trigueña y unos ojos oscuros achinados y penetrantes.

Habrá salido más a la madre, pensó Milo, una vez que recobró el aliento y se relajó.

—Perdón –Sara se volvió hacia su compañero-, papá, él es Milo, hace poco se mudó a Otero y empezó a trabajar en el hotel.

—Mucho gusto –el padre de Sara estrechó la mano de Milo-. Soy el comisario Alberto Russo.

—Un placer, señor.

—Por favor, decime Alberto. Los amigos de mi hija me llaman así o directamente Beto.

—De acuerdo.

—¿Quieren que los llevemos? —el comisario miró primero a su hija y luego giró hacia atrás en dirección al patrullero, en el que había un joven efectivo al volante, aguardándolo.

—No, gracias, papi. Si nos ven en la parte de atrás van a pensar que nos llevás detenidos.

—¿Debería? ¿Estaban haciendo algo malo? —Beto le guiñó un ojo a su hija, quien no pudo evitar ruborizarse.

—Solo estábamos dando un paseo —intervino Milo-. Si hija me está llevando a conocer los sitios más importantes de Otero.

—Me parece muy bien —asintió el comisario con las manos cruzadas en su espalda-. Entonces los dejo tranquilos.

Beto se despidió de su hija con un beso en la frente y de Milo con un nuevo apretón de manos.

—En un rato paso a buscar a Nico, así que podríamos tomarnos unos mates con mamá —le indicó Sara antes de que el comisario abordara el patrullero, el cual estuvo todo el tiempo en marcha, casi atravesado sobre la calzada.

—Voy a tratar de pasar temprano, pero no te lo puedo asegurar —señaló Beto apenas se sentó del lado del acompañante y bajó la ventanilla-. Chau, cuidense.

El móvil arrancó bruscamente e hizo una “U” para retomar hacia la comisaría, la cual contaba con un total de 15 efectivos permanentes; aunque en verano llegaban refuerzos para cuidar de los turistas.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara a Milo al ver que éste permanecía callado y pensativo, mirando cómo el patrullero se alejaba-. ¿Te asustaste?

—Un poco, sí —respondió poniéndose en marcha por la banquina de la calle.

—¿Te incomoda que sea la hija del comisario? —Sara caminaba al lado de él, quien seguía con la mirada al frente.

—La verdad que no sé, porque nunca antes había conocido a una.

—Entonces, ¿en qué te quedaste pensando?

—Me parece que el chofer de tu papá viajó conmigo en el micro desde la ciudad hasta acá, el día que llegué.

—Puede ser. Él también es nuevo en Otero. Es el ayudante Sosa.

—Jovencito, ¿no?

—Parece, aunque no sé cuántos años tiene. Mi papá solo me dijo su apellido. ¿Viste cómo hablan los policías?

—Sí, sí.

Milo estaba seguro de que aquel serio pero amigable efectivo se había sentado junto a él en el ómnibus y durante el viaje le contó con un tono pausado que estaba regresando a tomar servicio en la comisaria de Otero luego de haber visitado a su madre, quien residía en la costa, mientras que él alquilaba una pieza en el barrio para no tener que viajar todos los días desde y hacia la ciudad.

Es más, cuando Milo le preguntó por la habitación que alquilaba descubrió que eran vecinos.

V

Milo pedaleó hasta hotel apurado para no llegar tarde y ese esfuerzo le revolvió un poco el almuerzo que acababa de comer luego de haberlo preparado con un escaso margen de tiempo. Ingresó por el estacionamiento trasero, donde encadenó su rodado a uno de los postes de metal que sostenían el techo de chapa donde se guarecían los autos de los huéspedes, quienes no abundaban a esa hora y día de la semana, generando una sensación de vacío que parecía aún mayor si se le sumaban las condiciones de un clima que se asemejaba más al invierno aún lejano en el calendario que al otoño actual.

Luego de dejar su *mountain bike* cruzó todo el jardín sobre el que caía una clara luz natural que ahuyentaba el aire fresco y subió las escaleras hasta el *hall* casi al trote, con su mochila habitual colgada del hombro. Y al acercarse al mostrador de la recepción vio a *Susana*, la administradora del hotel, de pie junto al mismo, cruzada de brazos y hablándole a Sara, quien estaba parada a su lado, se tomaba la cabeza y lloraba desconsoladamente.

Ante esa situación, Milo dejó su mochila en la primera silla que encontró a su paso y caminó velozmente hasta donde se encontraban aquellas dos.

—¿Qué pasó? —el recién llegado colocó ambos brazos en jarra y movió bruscamente su cabeza de un lado al otro, buscando con su mirada a ambas mujeres, quienes mantenían el rostro inclinado hacia abajo.

—¿No te enteraste? —preguntó Susana sacando un pañuelo descartable del bolsillo de su pantalón, el cual se lo pasó a Sara.

—¿De qué?

—Romina...-balbuceó Sara antes de sonarse la nariz.

—¿Quién? —Milo agachó la cabeza tratando de verle el rostro a su compañera que seguía con la vista clavada en el suelo.

—La chica que trabaja en la cocina –intervino la administradora-. Falleció.

—¿Cómo que murió? ¿Cuándo?

—Este mediodía la encontraron muerta en la casa –continuó Susana con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos.

—Pero, ¿qué le pasó?

—Parece que se ahorcó.

—¡No te la puedo creer! –Milo dio un paso hacia atrás y se llevó ambas manos hacia atrás de la nuca.

—Es terrible –Susana giró hacia el mostrador donde el teléfono no paraba de sonar-. Tengo que atender. Quédense acá.

La administradora pasó entre Sara y Milo y fue a levantar el tubo del teléfono, tras lo cual, él se pegó a su compañera y pasó su brazo derecho por los hombros de ella.

—¿Estás bien? –le preguntó por lo bajo.

—No.

—¿Necesitás algo? ¿Un vaso de agua?

—No, gracias –Sara alzó la vista y advirtió que Milo la miraba fijamente-. Me gustaría sentarme un rato –agregó señalando hacia la silla en la que él había dejado su mochila.

Y mientras los dos caminaron hasta allí, Susana anunció que tenía que regresar a su oficina para atender unos asuntos. Al parecer, los dueños del hotel querían cerrarlo unos días por duelo, pero la administradora trataba de hacerles entender que, si bien el sector de las cabañas estaba vacío, había varias parejas mayores ocupando habitaciones. De hecho, esa tarde, Milo tenía preparada una clase de gimnasia acuática para esos huéspedes en la pileta del *Spa*.

—Pobre Romi... -suspiró Sara tras permanecer unos instantes callada y con la mirada atravesando la ventana hacia el jardín.

—¿Sabés algo más? —preguntó él desde el otro lado de la mesa.

—Lo llamé a mi papá pero solo me dijo que estaba en el hospital, muy ocupado y que no me podía hablar. Así que solo sé lo que se comenta en el barrio.

—¿Y qué dicen?

—No mucho: que la hija llegó del colegio y cuando entró la vio ahorcada en la cocina y fue a avisarle al padre que estaba en el auto, afuera. Y el ex cargó en el coche y la llevó al hospital, pero parece que ya estaba muerta.

—¿Se suicidó?

—Así parece.

—¡Ay, Dios! —Milo acarició las manos de Sara, que aún temblaban-. Pobre la hija, ¿muy chica?

—Debe tener diez años. Va al mismo colegio que Nico.

—Creo que me pareció verla a la nena alguna vez por acá.

—Seguramente.

—¿Así que Romina estaba separada del papá de la nena?

—Sí, hace como un año, más o menos. Pero al tener una hija chica en común se veían bastante seguido. Él siempre la iba a buscar a la salida de la escuela y se la llevaba a su casa, pero como hoy Romina tenía medio franco y entraba a la tardecita, la llevó hasta lo de la madre. Sino, se quedaba con él.

Sara apretó las manos de Milo y se largó a llorar de nuevo.

—No sabía que eras tan cercana a ella.

—No éramos amigas, pero me duele igual.

—¿Era mayor que vos, no?

—Sí, pero no sé bien cuántos años me llevaba —Sara se secó las lágrimas con la yema de su dedo índice, el cual era tan fino y largo que parecía el de un eximio pianista-. Tenía más trato con mi mamá porque el exesoso es amigo de mi papá.

—Ah, ok -Milo se levantó de su silla, rodeó la mesa y se sentó al lado de Sara. La volvió a abrazar y ella dejó caer su cabeza sobre el hombro de él-. Sabés que hoy, en casa, me pareció escuchar las sirenas de los patrulleros ¡Qué raro!, me dije, pero jamás me hubiera imaginado esto...

—Es que Romina vivía a pocas cuadras de donde estás alquilando, así que los móviles habrán pasado muy cerca...

—Claro.

—Yo no escuché nada. Me avisó mi mamá.

Sara despegó su cabeza del cuerpo de él y volvió a limpiarse la nariz.

—¿Y qué hacemos ahora?

—La verdad, no sé —Sara se retiró unos mechones de pelo de la cara-. Por lo pronto, quiero hablar con mi papá para que me cuente algo más.

—Algo más, ¿cómo qué?

—Qué se yo, algo.

—No creo que haya mucho más por saber, Sari —Milo retorció con su mano libre una servilleta de papel que había sobre la mesa-. Además, saber todos los detalles no te va a hacer para nada bien.

—Sí, ya sé. Pero me cuesta creer que se haya suicidado.

—Esa es una reacción muy normal. A todos les cuesta.

—No me estás entiendo —Sara giró hacia su izquierda y quedó cara a cara con su compañero-: no creo que se haya suicidado.

Milo advirtió el gesto serio de Sara y alejó su rostro unos centímetros del de ella, como si ese ligero apartamiento le brindase una visión distinta de la situación que le permitiese entenderla mejor.

—¿Me estás diciendo que la pudieron haber matado?

—Mirá, solo sé que ella no era una persona que estuviese deprimida. Es más, en el último tiempo se la veía re bien. Estaba contenta con su trabajo, con su casa; adoraba a su hija. Nunca dio un solo indicio de quisiera quitarse la vida, ¿me explico?

—Sí, te entiendo. Pero vos misma dijiste que no eran amigas cercanas, así que no podías saber bien qué le pasaba por la cabeza. Probablemente nadie lo sepa. Y no solo hablo por Romina, sino en general.

—Ya lo sé.

—Capaz que se sentía sola a nivel amoroso después de su separación y no lo pudo manejar.

—No creo, porque ella fue quién decidió separarse de Gustavo y era él quien no podía aceptarlo y quería retomar la relación.

—No sé qué decirte porque no conozco la situación excepto que cada persona es un misterio.

—Puede que tengas razón, pero te aseguro que Romi no era del tipo suicida. En serio.

—A ver: en este momento es imposible saberlo. Así que no te atormentes por ahora con esas ideas.

Pero Sara no podía dejar de pensar en que no se había tratado de un suicidio y tampoco de un accidente...

La unidad sanitaria de Otero estaba ubicada a la vera de la ruta que conectaba el barrio con la ciudad, unos metros a la izquierda de la rotonda, es decir, en sentido opuesto a la

laguna y la costa. Era un hospital para atender casos de baja complejidad, donde realizaban tratamiento y diagnóstico, pero sin internación, por lo que sus instalaciones constaban de una edificación reducida en una sola planta, con una entrada principal y otra para la guardia. Además de un playón de estacionamiento para su única ambulancia, la cual había sido incorporada dos años antes, cuando el Municipio dispuso que prestase servicios las 24 horas, algo que nunca antes había ocurrido allí.

Desde la mencionada unidad, cuyas paredes blancas relucían en medio de un entorno agreste en el que predominaban el verde y el marrón, hasta el sitio más apartado de Otero, como era la zona donde residía *Romina*, pasando la cumbre, cualquier viaje en un vehículo automotor no demandaba más de 10 minutos, por lo que su exesoso no demoró más que eso en llevarla para que la asistieran.

Gustavo se encontraba sentado en la sala de espera contigua a la guardia, vigilado de cerca por el ayudante Sosa, quien había llegado poco antes siguiendo una directiva expresa del comisario Russo. “Andá al hospital y retenelo ahí”, le dijo el jefe apenas ingresaron a la casa de *Romina* y se encontraron con *Noelia*, la hija de la mujer, en una evidente crisis de nervios y acompañada de una vecina que vivía a la vuelta de la esquina.

Por su parte, el comisario llegó al centro asistencial después que su ayudante y en otro móvil porque permaneció en la escena del hecho hasta el arribo de los peritos de Policía Científica, que prestaban servicios en una dependencia fuera de Otero, más cerca de la costa.

—¿Te dijo algo? —el comisario se paró al lado de su ayudante y le habló al oído.

—No, jefe. Nada.

—Bueno, anda a esperarme afuera que yo voy a hablar con él a solas, a ver qué me dice.

Sosa asintió y se retiró en silencio de la sala de espera contigua a la guardia, donde quedaron Russo y Gustavo solos, mientras que los médicos y enfermeros seguían en el *shock room*, junto al cadáver de Romina.

—¿Qué pasó Gus? —el comisario se sentó en el banco de madera que se extendía a lo largo de una de las paredes del pasillo, junto al exesposo de la mujer fallecida, a quien conocía desde la época en que ambos habían cursado en la misma clase del Colegio de la Sagrada Familia.

—Me dijeron que ya estaba muerta cuando la traje —Gustavo tenía sus brazos a ambos lados de su cuerpo, semi flexionados y apoyados sobre el borde del asiento.

—Ya lo sé —el comisario lo palmeó en el hombro—. Acabo de hablar con el jefe de la guardia.

—¿Qué querés que te diga? —el exesposo de Romina irguió el tronco y emitió un fuerte resoplido.

—La verdad.

Gustavo miró a los ojos de su viejo amigo y estiró las mangas de su buzo de *jogging* con cierre hasta cubrir por completo sus muñecas.

—Contame lo que pasó —insistió Russo—. No hay mucho más tiempo. Tengo que avisar a la fiscalía.

—La verdad es que Romina se ahorcó. Otra cosa no sé.

—Ya estuve en la escena, fui uno de los primeros en llegar. Así que no me mientas.

—¡No te estoy mintiendo, boludo! —Gustavo alzó el volumen de su voz y un par de miradas curiosas se enfocaron en él desde el otro extremo del pasillo, que daba a los consultorios.

—Baja el tono, tranquilízate —Russo se quitó la gorra de su uniforme y la apoyó sobre el banco—. Decime, paso a paso, lo que vos sabes.

—Lo único que sé es que yo pasé a buscar a Noe por la escuela y la llevé hasta lo de la madre —relató Gustavo con un discurso más calmo, aunque sus piernas no paraban de moverse.

—¿En el auto?

—Sí, sí.

—Ok.

—Me quedé en el coche esperando a que Noe entrara, como siempre, y cuando me estaba por ir la escucho a la nena pidiendo auxilio, así que bajé y entré a la casa.

—¿Y qué viste?

—Cuando llego hasta la cocina veo a Romina tirada en el piso, junto a la ventana que da al jardín de atrás. Estaba atada con una soga del cuello a uno de los barrales de la ventana.

—¿Cómo estaba el cuerpo?

—Inclinado hacia adelante y hacia un costado.

—¿Para qué lado?

—Creo que para su derecha.

—Ok. ¿Y qué hiciste cuando la viste así?

—Me desesperé porque Noe no paraba de llorar. Así que le dije que saliera de ahí y como pensaba que Romi todavía estaba viva la saqué la soga del cuello y traté de reanimarla, con respiración boca a boca y masajes en el pecho.

—Ajá. ¿Y la vecina que hizo?

—*Lucía* habrá escuchado los gritos de Noe y míos, y se acercó a ver qué pasaba, pero no estuvo mucho cerca de Romi. Se quedó con la nena en la puerta de adelante.

—¿Vos llamaste al 911?

—Sí, pero cuando vi que no reaccionaba la cargué en el auto y la traje a la guardia.

—El médico me dijo que cuando la entraste estaba envuelta con una especie de campera, ¿por qué? ¿Cuándo la encontraste estaba desvestida?

—No, no. Estaba con toda la ropa puesta. Le tapé la cara con esto —Gustavo se señaló el abrigo de *jogging* que llevaba puesto- para que Noe no la viera mientras la sacaba de la casa y la cargaba en el auto.

—¿Viste algo más que te llamó la atención? Alguna lesión en el cuerpo o mancha de sangre, por ejemplo.

—No vi nada de eso. Salvo la ventana estaba todo cerrado. Solo había un poco de desorden en la cocina, cosas tiradas, pero nada más —Gustavo bajó cabeza dejando a la vista una pronunciada calvicie a la altura de la coronilla, la cual estaba rodeada de unos pocos cabellos delgados y canosos.

—Bueno, Gus, ya está. Tranquilo —el comisario volvió al palmear a su amigo, esta vez en el lomo, y el exesposo de Romina comenzó a lloriquear.

En ese momento, la puerta vaivén con vidrios biselados de acceso al pasillo del lado de la guardia se abrió de un golpe e irrumpió en el lugar *Claudia*, la hermana de Romina, y detrás de ella la siguió el ayudante Sosa.

—¡Asesino, hijo de puta! —vociferó la mujer acercándose hacia Gustavo, ante lo cual, el hombre se puso de pie y el comisario por delante suyo, como un escudo humano-. ¡Vos la mataste!

La desencajada mujer intentó abalanzarse sobre Gustavo, pero el ayudante Sosa la tomó de los brazos justo a tiempo y la empujó hacia atrás.

—¡Llevatela de acá, ya! —ordenó el comisario al ayudante, quien secundado por otro efectivo que acababa de entrar a la guardia, escoltó a la mujer hasta el exterior del hospital.

—Yo no la mate, Beto —Gustavo se dirigió al comisario, quien ahora se había apartado de él varios pasos-. Vos me crees, ¿no?

Russo respiró hondo.

—Yo te creo, pero ya viste lo que va a pensar la mayoría —el comisario movió la cabeza hacia la puerta por la que acababan de salir Claudia y los dos policías.

—Ella nunca me quiso. No le des bola.

—De acuerdo, pero por lo que yo llegué a ver no me pareció la escena típica de un suicidio. Y por lo que vos me contaste, tampoco me suena a un accidente.

—¿Qué me estás diciendo? —Gustavo se volvió a sentar en el banco y el comisario lo imitó.

—Tiene toda la pinta de un crimen pasional.

—Pero yo no fui.

—Entonces fue alguien más.

—¿Y quién?

—No sé, Gus. ¿Vos sabés si Romina tenía alguna pareja o amante?

—No creo. Y si lo tenía, no era algo serio. Si no, me hubiese enterado.

El comisario sacó su celular de uno de los bolsillos de su pantalón con sumo cuidado y observó con detenimiento la cantidad de alertas por mensajes recibidos sin leer y llamadas perdidas.

—Yo te quiero ayudar, pero se acabó tu período de gracia, Gustavo.

—¿Qué vas a hacer?

—Primero tengo que darle intervención a la fiscalía de turno y después llevarte a la comisaría para que declares formalmente en la causa. Otra no me queda.

—Beto, hablen con Noe. Ella les vas a contar lo mismo que yo. Por favor —suplicó Gustavo juntando las palmas.

—Lo vamos a hacer. Quedate tranquilo —Russo se levantó del asiento y señaló hacia la puerta—. Andando.

Gustavo negó con la cabeza, pero de todos modos siguió las indicaciones del comisario y ambos se retiraron del hospital. Afortunadamente para el primero de ellos, la hermana de Romina ya había vuelto al barrio para cuidar de su sobrina Noelia; mientras que al momento de abordar el patrullero en el estacionamiento la única ambulancia acababa de llegar luego de haber asistido a un anciano que había sufrido un pico de presión arterial en su casa, razón por la cual no había podido llegar a tiempo al domicilio de Romina cuando entró el llamado de alerta del 911.

Ya era casi la hora de cenar cuando el comisario Russo se encerró en su despacho de la seccional junto al *Doctor Méndez*, el secretario de la Unidad Funcional de Instrucción (UFI) de turno, quien había viajado desde la ciudad a Otero luego de que el jefe policial dio intervención a la justicia en el caso de la dudosa muerte de Romina.

Mientras tanto, en la oficina contigua *el oficial principal Pennetta*, el “jefe de calle” de la comisaria y mano derecha de Russo, custodiaba a Gustavo, quien hasta ese momento solo se encontraba demorado, a la espera de que las autoridades adoptasen algún temperamento respecto de su situación.

Por su parte, el Doctor Méndez tenía en sus manos el acta de los peritos de Criminalística que habían inspeccionado el lugar del hecho bajo la atenta mirada de Pennetta, quien había sido el encargado de entregar dicho informe al comisario, aunque previamente, ya le había adelantado telefónicamente las primeras conclusiones de los expertos, que además del desorden descrito por Gustavo, habían detectado signos de violencia y unas manchas de sangre en el suelo y en la parte baja de la pared de la cocina que rodeaba la ventana de la que el cuerpo estuvo atado.

—La prueba de *Luminol* detectó un goteo visible, pero en poca cantidad. Y para los peritos en un suicidio jamás hay goteo de sangre —el secretario del fiscal se encontraba sentado del otro lado del escritorio del comisario, repasando las principales líneas del documento que sostenía en sus manos.

—¿Qué quiere que le diga, doc? —Russo acomodaba delante de él una pila de papeles, entre los que se encontraban otras actas recién redactadas y que contenían las últimas declaraciones que iban a ser incorporadas al expediente—. Esos indicios son bastante fuertes...

El comisario terminó de apilar las actas y echó un vistazo a la repisa ubicada a un costado, donde guardaba una larga serie de carpetas de cartón, y junto a la cual había una mesada más baja y cuadrada sobre la que se apoyaba una vieja máquina de escribir.

Mientras que el secretario siguió leyendo la parte del informe en el que los peritos detallaron que ninguno de los ingresos a la vivienda de la fallecida habían sido violentados, lo que reforzaba la hipótesis de que la mujer conocía a su potencial agresor y le permitió entrar.

Tampoco se habían detectado faltantes de elementos de valor (el televisor, la computadora portátil, el celular de Romina y su cartera en la que guardaba su billetera con dinero estaban intactos), por lo que el móvil del robo quedaba prácticamente descartado.

Además, los peritos habían certificado que la casa no contaba con un sistema de alarmas ni cámaras de seguridad, y que tampoco había grabaciones de video en los alrededores de la misma.

Difícilmente iban a poder hallar alguna cámara de seguridad que no fuesen las municipales ubicadas sobre la avenida principal desde la entrada al barrio hasta el centro comercial y las particulares de unos pocos locales de esa misma zona.

Es que Otero tenía un bajo índice de delitos contra la propiedad, excepto por algún que otro robo tipo “escruche” cometido durante los días laborables en los atractivos chalets de

fin de semana. De hecho, solo un puñado de estas viviendas tenían alarma y, a lo sumo, un portero con visor en la puerta principal.

—¿Usted qué piensa? —Méndez apoyó el informe de los peritos sobre el escritorio.

—Ya se lo dije: para mí no es un suicidio —Russo amagó a ponerse de pie, pero el cansancio lo venció y terminó reclinándose sobre su asiento.

—Coincido. Y, por lo visto, no somos los únicos que pensamos de esa forma —el secretario se quitó los anteojos por unos instantes y se refregó los ojos con las yemas de sus dedos.

Es que un rato antes, el médico de la guardia de la unidad sanitaria de Otero había declarado ante el doctor Méndez y el comisario Russo que, si bien Gustavo ingresó a Romina como un caso de suicidio y él notó el surco en el cuello de la mujer, también advirtió a simple vista que tenía una lesión en el ojo y sangrado en la nariz, por lo que supuso que había sufrido un ataque a golpes. Y por ello encomendó a la Policía que se realizara la autopsia para determinar la mecánica de la muerte.

En ese sentido, los peritos ya habían trasladado el cadáver de Romina a la Morgue Judicial de la costa, donde los resultados preliminares de la misma recién se iban a conocer al día siguiente, probablemente por la mañana, si es que no había otras operaciones previamente pautadas.

—Creo que cuando esté la autopsia no va a quedar ninguna duda de que a esta mujer la mataron —señaló Méndez.

—En ese caso, vamos a tener que averiguar quién la mató, doc.

—Me parece que lo va a tener que hacer con otra fiscalía, no la mía.

—¿Por qué? —Russo cruzó ambos brazos sobre el escritorio.

—Como viene la mano, lo más probable es que el fiscal se la derive a la UFI especializada en Violencia de Género, a cargo de la doctora Fernández de Córdoba.

—Ya veo.

—No me va a negar que el ex marido es el sospechoso principal —Méndez volvió a colocarse los anteojos-. Por no decir el único.

—No estoy tan seguro.

—¿Usted lo conoce bien?

—Bastante. Acá en Otero nos conocemos todos. Siempre me pareció una persona de bien.

—Todos los son hasta que se mandan una cagada.

—Pero éste ni siquiera avisó.

—¿A qué se refiere?

—No tiene una sola denuncia en contra. Menos por violencia doméstica.

—Igualmente, con los pocos elementos que hay hasta ahora no creo que el fiscal disponga su aprehensión...

—No se olvide que la versión de la hija coincide con lo que él manifestó.

—Bueno, bueno —el secretario se echó hacia atrás y con las palmas hacia adelante, la versión de la hija la conocemos a través de la declaración de la vecina, no directamente de ella. Habrá que hacer una *Cámara Gesell* con la menor para ver si concuerda.

—Pero eso le va a llevar varios días...

—Ni me lo diga. De todas formas, el testimonio de la vecina es importante ya que no solo nos aporta los dichos de la hija, sino que también desconfía de la versión del suicidio y, a la vez, sospecha del ex marido.

El comisario estuvo a punto de recoger el guante y contratar, pero lo interrumpió la campanada al final de un nuevo *round* en su constante pelea con los funcionarios judiciales del distrito; a pesar de la cual podía decirse que mantenía una relación profesional cordial

tanto con el doctor Méndez como con el resto del personal de su fiscalía. Tal vez porque le resultaba gracioso que el secretario siempre vistiese traje y corbata en cada una de sus intervenciones fuera de la oficina y eso hacía que le cayera bien.

¡Noc, noc!, resonó la madera de la puerta de la oficina.

Lucía vivía a unos veinte metros de la esquina de la casa de Romina y los fondos de su vivienda lindaban con los dos de su vecina, aunque una gruesa ligustrina, más una densa arboleda intermedia, brindaban suficiente privacidad a ambas.

Según su declaración en la comisaría, cuando ella llegó hasta la puerta del domicilio de Romina se encontró con Noelia, quien estaba parada en el umbral, mirando hacia el interior del inmueble y llorando.

Lucía le preguntó qué pasaba y la niña le dijo que a su madre le había pasado algo y estaba tirada en la cocina. Entonces, la vecina se dirigió hasta allí y vio a Gustavo inclinado sobre la mujer, practicándole *RCP*.

En ese momento, ella alcanzó a ver una soga atada de uno de los barrales de la reja de la ventana, que estaba abierta, pero con las cortinas cerradas; y cuando el hombre advirtió su presencia allí, le indicó a los gritos que se quedara con la niña, que se había acercado por la sala de estar para ver qué ocurría.

Ante esa situación, la vecina contó que se retiró con Noelia hasta la puerta y que unos minutos después Gustavo salió de la casa cargando a Romina en sus brazos y la colocó sobre el asiento trasero de su auto; al tiempo que aclaró que en esas circunstancias ella no observó cómo se hallaba la parte superior del cuerpo de su vecina porque le habían colocado una campera que la cubría desde el pecho hasta la cabeza.

A preguntas del secretario de la fiscalía, Lucía indicó que cuando se quedó sola con la niña le volvió a preguntar qué había pasado y Noelia le dijo que su papá la había pasado a

buscar con el coche por la escuela y llevado hasta la casa. Y que cuando ella entró sola la vio a su mamá en la cocina, ahorcada con una soga, por lo que fue a pedirle ayuda a Gustavo, quien se había quedado en el auto viendo como ella había ingresado.

La testigo agregó que ella le preguntó a la niña si Romina había dejado “alguna cartita”, aunque en ningún momento le mencionó la palabra “suicidio” o “despedida”; a lo que Noelia le dijo que ella no había visto ninguna nota o algo parecido.

“Toda la situación me resultó bastante extraña”, afirmó Lucía en su declaración, en la que remarcó que antes de los gritos ella no había advertido ningún ruido ni movimiento sospechoso en la casa de Romina, incluso cuando a media mañana ella había salido al jardín a colgar la ropa recién lavada.

Por último, el doctor Méndez le preguntó por la relación entre Romina y su exesposo y Lucía relató que él iba seguido a la casa de su vecina para visitar a su hija y que en varias ocasiones los había visto jugar juntos en el patio trasero con el perro de la niña, el cual tampoco había ladrado en toda la mañana y solo un poco al mediodía, cuando se precipitó el movimiento de las personas entrando y saliendo. Nada fuera de lo normal.

Lucía explicó que Gustavo no tenía llaves de la vivienda y que era Romina quien siempre le permitía el acceso.

También dijo que ella nunca presenció una discusión o pelea entre ambos, aunque recordó un incidente ocurrido tres noches antes cuando Gustavo fue a ver a Romina cuando la hija de ambos ya estaba durmiendo y le pidió retomar la relación, pero su vecina se negó, por lo que él se retiró muy enojado y gritando “¡no doy más de la calentura que tengo!”.

“Aclaro que tampoco fui testigo de esa discusión, pero Romina me lo contó por teléfono a la mañana siguiente”, detalló la testigo.

“Pase”, dijo el comisario e inmediatamente después la puerta de madera de la oficina se abrió e ingresó el ayudante Sosa, quien tenía un par de mensajes para darle al jefe por indicación de Pennetta.

—¿Qué pasa, Sosa? Dígame —insistió el comisario al ver que su subalterno permanecía callado y de pie junto a su escritorio, atemorizado por la presencia del secretario de la fiscalía, a quien miraba por el rabillo del ojo.

—Dos cosas, comisario: el jefe de calle le manda este informe del médico que acaba de revisar al sospechoso —el ayudante le entregó una hoja de papel con un puñado de líneas recién mecanografiadas a máquina.

Russo se tomó unos segundos para leerla y luego le pasó la hoja al doctor Méndez.

—... dos escoriaciones lineales, una de dos centímetros en el antebrazo izquierdo, y la otra de medio centímetro en la muñeca del mismo brazo... ambas de reciente data —recitó el secretario en voz baja, aunque con el suficiente volumen para que los otros dos policías allí presentes lo oyeran.

—¿Y la otra cosa? —el comisario no pudo ocultar su impaciencia, la cual siempre afluía ante cada actitud pasiva de su ayudante.

—Pudimos hablar con el jubilado que vive justo enfrente del sospechoso y nos confirmó que él no vio salir al hombre de su casa en toda la mañana y que el auto estuvo estacionado en la puerta hasta la hora en que los chicos salen de la escuela.

—Ok, gracias, Sosa. Puede retirarse.

Entonces, el ayudante abandonó la oficina, al tiempo que el Doctor Méndez y el comisario Russo se miraron por unos instantes, esperando a que el otro realizara el primer comentario.

—Va a querer interrogarlo, ¿no, doc?

—Exactamente.

—Ahora le digo al principal que lo traiga.

Gustavo, quien llevaba puesta la misma ropa que en el hospital aunque su rostro se veía diferente, más abatido, se ubicó en la silla que hasta minutos antes había estado ocupando el Doctor Méndez, quien ahora estaba sentado del mismo lado del escritorio que el comisario, a la izquierda de éste. Mientras que el ayudante Sosa se disponía a escribir a máquina y Pennetta aguardaba parado cerca de la puerta.

—A ver, señor Bianchi –arrancó el Doctor Méndez-, ¿podría decirme cómo fue que se lastimó la muñeca y el antebrazo izquierdos?

—¿Lastimarme? –Gustavo se levantó las mangas de su campera de *jogging* y se miró su brazo zurdo desde el codo hasta la punta de los dedos.

—El médico que lo revisó aquí mismo detectó dos escoriaciones –indicó el secretario con el informe del facultativo en mano.

—Ni me había dado cuenta de esas lastimaduras –el sospechoso se acomodó las mangas y continuó con un tono seguro y claro-. Así que no sé cómo me las pude haber hecho. Calculo que no habrá sido nada grave porque si no lo recordaría.

—¿Recuerda qué fue lo que hizo desde la mañana hasta el mediodía? ¿Dónde estuvo y con quién?

—Estuve trabajando desde casa, solo.

—¿No salió de la vivienda en ningún momento?

—Solo para ir a buscar a mi hija a la escuela y llevarla a lo de la madre, como ya le dije al comisario.

—¿Qué tipo de trabajo realiza?

—Administrativo. Soy *data entry* para la embotelladora de agua y tranquilamente lo puedo hacer vía remota.

—Es decir, ¿qué es habitual este tipo de modalidad de trabajo?

—Sí, sí. Los jefes nos permiten hacer *home office* dos o tres veces por semana.

El Doctor Méndez hizo una pausa para repasar unos datos en las actas, por lo que en la oficina solo se escuchó durante los siguientes segundos las teclas de la máquina de escribir que el ayudante Sosa presionaba en procura de no retrasarse en la redacción del interrogatorio.

Por su parte, el comisario y el jefe de calle se morían de ganas por salir a la calle a fumar un cigarrillo.

—Señor Bianchi –retomó el secretario-, ¿a qué distancia reside usted del domicilio de su ex esposa?

—A unas pocas cuadras.

—¿Cuántas?

—No sé. Nunca las conté. Pero no más de diez.

—Entonces, si usted quisiera ir caminando no le llevaría más que unos pocos minutos, ¿verdad?

—Sí. Es más, en varias ocasiones que fui a visitar a mi hija lo hice caminando.

Russo entendió enseguida que el Doctor Méndez estaba sugiriendo que el sospechoso salió de su casa por la parte posterior, sin que el jubilado que vive enfrente ni otro vecino lo viera, caminó sigilosamente hasta el domicilio de su ex esposa, la mató, montó la escena del suicidio y regresó a su vivienda justo antes de tener que ir a buscar a su hija a la escuela en el coche.

Nada mal, pensó el comisario, quien escuchaba atentamente el ida y vuelta entre Méndez y su amigo. Lástima que no lo va a poder probar ni en pedo, concluyó.

—Entiendo perfectamente a dónde quiere llegar, Doctor –aseveró Gustavo-. Pero yo no soy un asesino y tengo la conciencia tranquila.

—¿Se considera un hombre violento?

—Puedo ser impulsivo, pero no violento. ¿Usted cree que ella me habría dejado ver a su única hija si hubiera creído que yo era una persona violenta?

—¿Y qué cree que le ocurrió a su ex esposa?

—Para mí se suicidó.

—¿Por qué lo habría hecho?

—No lo sé. Cuando yo llegue al Cielo le preguntaré por qué lo hizo.

El secretario volvió a hacer una pausa para leer otra acta.

—¿Me describiría con la mayor precisión posible cómo estaba el cuerpo de su ex esposa cuando lo encontró?

—Estaba suspendido, como en cuclillas, con las piernas apoyadas en el piso desde las rodillas para abajo, y las manos hacia atrás –Gustavo se inclinó hacia adelante sobre la silla tratando de recrear con sus movimientos aquella extraña posición.

—Ajá.

—Recuerdo que estaba en paralelo a la pared, aunque un poco en forma oblicua –hizo un movimiento en diagonal con una mano-. Y la soga estaba atada al barral de la reja de la ventana, como ya dije.

—Usted afirma que la desató. ¿Cómo lo hizo?

—Con la mano izquierda sostuve su cuerpo hacia arriba y con la derecha desaté el nudo del cuello.

Imposible, se dijo el comisario.

—¿Y después qué hizo?

—La primera reacción que tuve cuando la abracé y la apoyé en el piso fue gritar ‘ ¡¿qué mierda hiciste?!’, o algo así.

—Continúe...

—Y después hice lo que hubiera hecho con cualquier otro ser querido: ayudar.

—¿Sigue sosteniendo que mientras le practicaba RCP apareció una vecina a la que le pidió que se quedara con su hija afuera?

—Sí, sí.

—Ok —el Doctor Méndez apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos de sus manos-. Una última cosa: ¿reconoce la soga utilizada en el hecho?

—Claro. La habíamos usado unos días antes con mi hija para jugar en el jardín.

—¿O sea que vamos a encontrar sus huellas en ella?

—Seguro. Y las de mi ex esposa y mi hija también.

—Ok. Eso es todo por el momento. Gracias.

Antes de retirarse de la comisaria, el Doctor Méndez guardó todas las actas labradas durante esa jornada en su maletín negro, abotonó su saco y se ajustó la corbata. Por ahora, las actuaciones referían una “muerte dudosa”, o al menos esa iba a ser la carátula provisoria de la causa, según lo acordado telefónicamente con el titular de la UFI. Yo hice lo mejor que pude. Que ahora él se las arregle con la doctora, pensó, relativamente satisfecho. Y al despedirse de Russo en la vereda de la seccional, donde el jefe fumaba junto a Pennetta, le indicó:

—No pierda de vista a ese hombre, por favor.

—No se preocupe, doc —el comisario palmeó al ayudante principal en el hombro-. Acá el jefe de calle se va a encargar de no perderle pisada.

Pennetta exhaló una larga bocanada de humo y asintió con la cabeza, tras lo cual, el secretario abordó su auto estacionado a la vuelta de la dependencia y regresó a la ciudad.

—Gracias, jefe —ironizó el ayudante principal pisoteando la colilla del cigarrillo en el suelo.

—No te quejes, che. Lo único que tenés que hacer es encargarte de que un móvil pase por la casa de Gustavo. Además, ¿a dónde se va a ir?

Por lo pronto, esa noche, el exesposo de Romina fue directo a su domicilio desde donde llamó a su hija para saber cómo estaba ella, pero su excuñada Claudia no le permitió hablar con la niña. Así que Gustavo se dio una ducha y se acostó sin cenar, aunque no pudo dormir demasiado.

VI

El comisario Russo se hallaba solo en el interior de su despacho, sentado detrás de su escritorio y mirando hacia la ventana con vista al acceso principal de Otero. Junto a sus carpetas repletas de papeles había quedado el pocillo de café vacío, lo que le había permitido engañar a su estómago en aquel horario crítico que siempre le resultaba el mediodía, cuando se asomaba la hora de almorzar.

El jefe policial estaba absorbido por el crepitar de las hojas de los árboles que se arrastraban por el suelo hasta que el *ringtone* de su *smartphone* lo obligó a regresar a la realidad de su trabajo. Así que levantó el móvil que había depositado junto al pocillo y atendió rápidamente para que dejara de sonar.

—Comisario, habla el doctor Méndez —se oyó del otro lado de la línea.

—Dígame, doc. —Russo se levantó de su silla para estirar las piernas.

—Me acaban de enviar un adelanto con los resultados preliminares de la autopsia: es un homicidio, no un suicidio.

—¿No hay dudas?

—Ninguna. Los médicos forenses de la Policía Científica determinaron que la mujer no solo murió por asfixia por estrangulamiento mecánico, sino que presentaba un hematoma en el ojo izquierdo, otro en el puente nasal y un tercero en el tórax. Todas ellas lesiones vitales.

—¡Ah, bueno! Contundente.

—Y hay más: también hallaron gotas de sangre en el puño de la manga derecha del pullover de hilo que llevaba puesto.

Un goteo como el de la pared y el suelo de la cocina, recordó el comisario.

—Según los peritos —continuó el secretario aprovechando el silencio de su interlocutor—, en el cuello había un surco poco profundo, sin apergaminamiento de la piel, algo discontinuo, con un diámetro de un centímetro en la parte amplia, horizontal, con una orientación de adelante hacia atrás y ubicado debajo de la laringe.

—Entiendo —Russo se acercó hasta la ventana y corrió un poco la cortina—. Y para que sea suicidio el surco debería ser profundo, con apergaminamiento, oblicuo hacia la cavidad sub mandibular y sobre la tráquea.

—Tal cual.

—Para los peritos la estrangularon cuando ella ya estaba inconsciente y descartan que haya estado colgada porque debería haber presentado un doble surco. Además, afirman que nadie se suicida arrojándose hacia adelante.

Russo permaneció callado.

—¿Comisario? ¿Sigue ahí?

—Sí, sí. Me quedé pensando en los hematomas...

—¿Qué hay con ellos?

—¿Le dijeron los peritos si es posible que la mujer se los haya provocado ella misma contra el borde de algunas de las hojas de la ventana abierta, el piso o la pared mientras convulsionaba?

—Yo les hice la misma pregunta y me dijeron que las convulsiones se producían cuando el cuerpo ya adopta su posición final. Y el cadáver no solo quedó lejos de la ventana y la pared, sino recostado sobre su costado derecho, del lado opuesto a donde tenía los hematomas.

—Claro.

—Y aseguran que es imposible generar una fuerza tal que le permitiera girar 180 grados.

—Suenan lógico.

—Ah, y otro detalle importante: el hematoma en el ojo pudo haber sido producido con un elemento rígido o alguna parte saliente y entre esas opciones podría ser un puntapié o un golpe de puño con un anillo, lo que le permitió introducirse en la órbita.

—La única superficie saliente es el marco de la ventana. Pero eso está descartado por la posición final del cuerpo.

—Y el suelo y la pared son planos.

—Ajá.

—También describieron lo mismo respecto de la lesión en la nariz y, a su vez, confirmaron que hubo sangrado nasal.

—O sea que el suicidio resulta físicamente imposible.

—Esa es la conclusión a la que arribaron los peritos. Para ellos, a la mujer la golpearon en el rostro, cayó boca abajo al suelo, sangró y quedó inconsciente; tras lo cual, el agresor se colocó por detrás y la estranguló con la cuerda. Y recién cuando murió, ató la soga al barral. Clarito, ¿no?

—Cristalino —el comisario regresó hasta el escritorio y volvió a sentarse—. ¿Alguna novedad más?

—Varias, de hecho.

—A ver...

—Los peritos informáticos ya abrieron los celulares de la víctima y su exesposo, y hasta el momento no hallaron nada sospechoso, igual que en sus perfiles en las redes sociales. Aunque esto va a llevar más tiempo.

—Claro.

—Lo que sí establecieron a través del GPS del aparato del hombre que su móvil nunca salió de su domicilio hasta la hora en que fue a buscar a su hija al colegio.

—Ok —Russo realizó unas anotaciones con lapicera en un espacio en blanco que encontró la hoja que tenía adelante.

—Aunque, para mí, tranquilamente podría haberlo dejado en su casa cuando fue a matar a su ex esposa.

Este tipo ve demasiadas series policiales de televisión, se dijo el comisario, haciendo la lapicera a un lado.

—De todos modos —retomó el secretario-, dado que se confirmó que se trató de un homicidio, y por las características del mismo, la causa va a pasar a manos de la fiscalía de la Doctora de Fernández de Córdoba, así que voy a remitir todas las actuaciones a ella.

—Ya veo.

—Calculo que ella misma va a querer ir en persona al lugar del hecho para interiorizarse del tema.

—Me imagino. La estaré esperando.

—Bueno, comisario. Creo esto fue todo por el momento.

—Antes que me olvide —Russo se inclinó sobre su escritorio y tomó una de las carpetas-, tengo listo para enviarle las actas con las declaraciones del padre y la hermana de la fallecida, quienes se presentaron esta mañana en la dependencia. ¿Se las mando a usted o directamente a la Doctora?

—Prefiero que me las envíe a mí y yo junto todo y se lo paso a ella —sentenció el Doctor Méndez antes de cortar la llamada.

Claudia dejó a su sobrina Noelia y a sus dos pequeños hijos al cuidado de su madre y junto a su padre *Aníbal*, un jubilado encorvado con dificultades para caminar, se dirigieron a

la seccional y, sin el asesoramiento de un abogado, le insistieron al comisario Russo de que les tomaran declaración a los dos juntos, a lo que el jefe policial accedió acompañado del oficial principal Pennetta y un escribiente que reemplazó al ayudante Sosa, quien había sido destinado a otras tareas.

Tanto la hermana como el papá de Romina coincidieron en que la víctima no tenía problemas de salud mental, de ánimo ni económicos; y que actualmente atravesaba una etapa “exitosa” en su vida ya que se sentía satisfecha tanto con su trabajo en el hotel como en su relación con su única hija.

Claudia reconoció que su hermana tal vez sentía la necesidad de tener una relación amorosa y de ganar más dinero para poder brindarle a Noelia la mejor vida posible, pero que a pesar de ello la veía mucho mejor que cuando estaba casada con Gustavo. “Con él pasó sus peores momentos, los más difíciles”, afirmó la testigo, quien dijo que solía hablar todos los días con la víctima y que esta le “contaba todo”.

Sin embargo, la menor de las hijas de Aníbal aclaró que a ella no le constaba que Romina tuviese alguna pareja o amante, porque en ese caso se lo hubiera dicho.

Para Claudia, el principal proyecto que su hermana tenía por esos días era irse un fin de semana largo con su hija de paseo a la playa.

Mientras que Aníbal remarcó que su hija mayor era una persona “hermosa”, que “amaba la vida” y nunca le había hecho algo malo a nadie.

Claudia y su padre también coincidieron en que en el último tiempo Gustavo le insistía a Romina con retomar la relación, pero ella no estaba dispuesta.

Ambos negaron que el sospechoso le haya pegado alguna vez a su ex esposa y a Noelia, aunque hicieron hincapié en que él “les hablaba mal”, sobre todo, cuando “se enojaba”, al punto que la hija le “tenía miedo”.

Para Claudia había “violencia psicológica y verbal”, y discusiones cuando él se molestaba pensando en que Romina “le llenaba la cabeza a la nena” diciéndole que su padre era una mala persona.

En definitiva, estos dos testigos no aportaron nada que el comisario no supiese desde antes del crimen o algo distinto a lo que sucedía con la gran mayoría de matrimonios separados y con hijos en común.

Nico miraba la televisión en el living del *lobby* del hotel, que finalmente no cerró por duelo, y sobre los sillones tenía desplegado varios de sus juguetes preferidos, como los autos de carrera y un par de dinosaurios que le había regalado su madre, quien lo vigilaba desde una de las mesas junto al ventanal trasero, donde la acompañaba Milo, que acababa de traer consigo dos vasos con agua del bar.

—Está tranquilo, por suerte —Sara suspiró aliviada.

—Es tranquilo —Milo apoyó los vasos sobre la mesa y se sentó frente a ella-. Estuvo todo el rato así.

—Es cierto —la madre no podía apartar los ojos de su hijo-: es un nene tranquilo, pero con todo lo que estuvo pasando, uno nunca sabe...

—Ojalá los míos fuesen así.

—Pero los extrañas igual, ¿no? —Sara miró a su compañero con el entrecejo levantado.

—¡Ufff! —Milo exhaló con fuerza y luego bebió un sorbo de agua para calmar la acidez que lo aquejaba últimamente-. No los veo hace un montón.

—¿No iban a venir a quedarse unos días acá?

—Ese era el plan, pero primero quiero terminar de pintar su habitación para que cuando vengan estén cómodos.

—¿Tampoco fuiste a visitarlos?

—No pude porque, últimamente, cuando yo tengo franco, mi ex trabaja...

—Entonces vas a tener que apurar el tema de la pintura.

—Para eso también necesito tiempo, y plata.

—Y... con el tema de la plata estamos todos en la misma. Encima, con este tema de Romina no sé qué va a pasar con el hotel...

—Mirá si la noticia llega a todos los medios nacionales y Otero se inunda de periodistas.

—No me agrada la idea de tener tan mala publicidad, eh.

—Al menos el hotel tendría más huéspedes, porque los periodistas en algún lugar se tienen que alojar.

—Eso es cierto.

—Sería un mal menor.

—Podría ser, que se yo... -Sara echó un vistazo a su hijo, quien seguía jugando con sus juguetes en ambas manos, pero con la vista clavada en la pantalla, donde se reproducía una serie de dibujos animados.

—¿Se sabe algo más del caso? Digo, más allá de que todos ya nos enteramos que Romina no se suicidó.

—Por ahora, no.

—¿Tu papá no te contó nada?

—Mi viejo está raro últimamente. Ni siquiera lo menciona el caso.

—Bueno, es su trabajo.

—Sí ya sé. Pero no es el primer caso complicado que tiene. De hecho, cuando ocurrió el único crimen anterior a este en toda la historia de Otero él no nos daba siempre algún detalle de la investigación.

—Tal vez ahora es distinto porque conocía tanto a la víctima como al sospechoso.

—Probablemente. Pero aquella vez también se armó un revuelo bárbaro, como ahora.

—Me imagino.

Tres años antes, durante una de las últimas tardes de verano...

Era sábado y los chicos jugaban a la vera de un arroyito de las afueras de Otero cuando se toparon con un montículo de ramas y tierra. Uno de ellos llevaba un palo de madera y comenzó a remover aquel extraño bulto y así quedaron al descubierto los pies de una persona, uno descalzo y el otro con una media de algodón.

Ante esta situación, los chicos corrieron despavoridos hasta la casa de uno de ellos, desde donde su madre llamó a la Policía, por lo que minutos después, el comisario Russo, el jefe de calle y el resto de los efectivos que estaban de guardia en la seccional se trasladaron hasta el montículo. Una vez allí, los policías descubrieron que debajo de las ramas y tierra removida yacía el cadáver de un hombre de unos 70 años, que tenía colocada una frazada encima y la otra media en la boca.

Luego de que los efectivos preservaron el lugar del hallazgo, los peritos retiraron la frazada y observaron que el fallecido solo vestía una remera y calzoncillos, mientras que en los alrededores del cuerpo no se hallaron pantalones ni abrigo, lo que reforzaba la hipótesis de que no había sido asesinado allí sino que se trataba de la escena del crimen secundaria.

Tampoco se encontraron objetos personales de la víctima, como podrían ser su billetera, documentos, dinero, llaves y/o teléfono celular.

Cerca de la medianoche, una vez descartado que la víctima fuera un vecino del barrio y tras cotejar las denuncias por averiguación de paradero en toda la zona, se determinó que el cuerpo pertenecía a Marcos Torrisi, de 69 años, un reconocido odontólogo que vivía en un country del sur de la ciudad, frente a la playa.

Según las primeras averiguaciones, el hijo mayor de la víctima había denunciado su desaparición el viernes por la tarde ante la Policía de la Costa, por lo que la investigación se enfocó fuera de Otero.

En tanto, los médicos forenses de la Policía Científica que practicaron la autopsia de rigor durante la madrugada establecieron que Torrissi presentaba golpes en la cabeza, pero había muerto por asfixia unas 24 horas antes del hallazgo del cadáver, es decir, el viernes por la tarde.

Respecto al móvil del crimen, los investigadores no descartaban ninguna hipótesis, aunque, por cómo se halló el cuerpo, las sospechas apuntaban a un crimen por cuestiones sentimentales.

El dentista era viudo y vivía solo en un enorme chalet, por lo que una posibilidad consistía en que haya mantenido un encuentro íntimo homosexual. Sin embargo, su hijo aseguraba que su padre solía tener amantes mujeres.

En ese marco, los investigadores policiales de la costa se encontraron desde el inicio con dos obstáculos: uno, no aparecía la camioneta de la víctima; y el otro que a raíz de un desperfecto técnico las cámaras de seguridad del country no habían grabado los movimientos del jueves por la noche, último momento de la semana en la que su hijo tuvo noticias de Torrissi.

En base a lo reconstruido luego por los detectives en base a distintas testimoniales, ese mismo día a la tarde, el dentista había estado en el centro de la ciudad, donde trabajaba como asesor de un instituto médico.

Su hijo contó que habló por teléfono con él alrededor de las 20 y que lo notó absolutamente normal. Pero que el viernes, cuando no contestó varios de sus llamados comenzó a sospechar que algo le había pasado, entonces fue al instituto donde le dijeron que

no lo habían visto en todo el día, tras lo cual se dirigió al chalet en el que tampoco se encontraba. Por ende, recurrió a la Policía.

La falta de movimientos registrados en el domicilio aumentó las sospechas de que Torrisi podría haber sido víctima de un asalto con fines de robo y que el o los delincuentes le sustrajeron la camioneta para luego abandonar el cadáver en un sitio alejado y poco transitado.

Por ello, los policías pusieron la lupa en las cámaras de seguridad que podrían haberlo captado en el trayecto desde su domicilio hasta el instituto médico, el cual era bastante extenso.

Pasaron varios días sin ninguna pista firme, por lo que desde la Jefatura Departamental de la Policía de la Costa se le pidió colaboración al comisario Russo para tratar de establecer si la camioneta de Torrisi había sido vista en Otero y sus adyacencias. Sin embargo, el arroyito estaba lejos del centro y al mismo se podía acceder por un camino de tierra que llegaba a la ruta, por lo que las cámaras del barrio no servían de mucho. Solo iba a poder lograr algún avance si encontraba un testigo en la zona de chacras que, de milagro, recordase haber visto pasar aquel vehículo.

Recién una semana después de descubierto el crimen, los investigadores hallaron la camioneta abandonada en una villa deportiva del oeste de la ciudad y de la misma pudieron levantar una serie de huellas que resultaron claves para identificar como sospechosa a una ex policía de 32 años que había estado presa por robo –razón por la cual había sido echada de la fuerza– y figuraba en la base de datos dactilares de personas con antecedentes penales.

A partir de ese dato, los pesquisas identificaron a una segunda sospechosa, también de unos 30 años, amiga de la ex policía y quien había tenido varias citas amorosas con Torrisi.

Y cuando esta fue detenida junto a su amiga y se cotejaron sus huellas dactilares también se la pudo ubicar adentro de la camioneta de la víctima.

Finalmente, la presunta amante del dentista se quebró y confesó que su intención había sido robar en el chalet de Torrisi, para lo cual, había convocado a la ex policía para secuestrarlo durante una cita y así poder entrar al domicilio donde ella creía que el dentista guardaba ahorros en moneda extranjera.

De acuerdo a la acusada, pautaron un encuentro en un hotel del centro de la ciudad, pero el odontólogo luego se resistió a llevarlas hasta su chalet, por lo que se produjo una pelea adentro de la camioneta en la que el hombre terminó muerto.

Según ella, la idea nunca fue matarlo, sino robarle porque ellas eran “simples ladronas, no asesinas”.

Siempre en función de la confesión de esta mujer, tras cometer el crimen viajaron hasta Otero para descartar el cadáver, y posteriormente su amiga se encargaría de hacer desaparecer el vehículo, pero algo falló.

Por su parte, la ex policía nunca dio su versión de los hechos y ambas amigas terminaron en prisión como coautoras del homicidio.

Mientras el niño seguía en su propio mundo, jugando y mirando la televisión, su madre aún trataba de digerir el mal momento que tanto ella como casi toda la comunidad de Otero habían vivido ese mediodía.

—Gracias por cuidar de Nico —Sara tomó a Milo de la mano.

—De nada. Lo hice con gusto —sonrió él.

—No tenía con quien dejarlo y tampoco quería que fuese conmigo. Es chico todavía.

—Seguro. ¿Y cómo estuvo el velorio? —Milo adoptó un gesto más serio.

—Fue duro. Su familia está destrozada.

—No es para menos.

—¿Fue el exesposo?

—No, por suerte Gustavo no fue. Hubiese sido peor.

—Claro.

—Él quería ir, pero mi papá y mi mamá lo convencieron de que no fuera, por las dudas.

—Mejor.

—Y sí. Porque Claudia, la hermana de Romina, está segura de que él la mató y si se lo cruza no sé qué podría llegar a pasar.

—¡Qué locura! A mí me da mucha pena la hija de ella. ¿Fue?

—Lamentablemente sí. Pero bueno, la nena quería ir y, además, no deja de ser la madre.

—Totalmente entendible.

—Por suerte, la vi bastante entera y contenida por los tíos y los abuelos.

—Ahora, ¿me parece a mí o hay un grupo importante de gente de acá, de Otero, que a Gustavo le tiene bronca, más allá de lo que pasó con Romina? Porque por lo poco que sé el tipo no tiene antecedentes de violento, ¿o sí?

—Tenés razón. Él no es violento, o al menos nunca dio esa impresión.

—¿Entonces?

—Pasa que tiene mala reputación.

—¿Por qué?

—Cuando privatizaron la embotelladora, él fue uno de los pocos de su grupo de trabajo que no fue echado.

—¿Y los despedidos creyeron que los había traicionado?

—Algo así.

—Por eso muchos desconfían de él desde hace mucho tiempo...

—Yo estimo que se debe a eso, fundamentalmente. Después, la familia de Romi tendrá sus propias razones, porque lo conocían mejor que nadie y sabían cómo había sido la relación entre él y ella.

—Comprendo.

El oficial principal Pennetta esquivó ágilmente a los periodistas desbocados que habían viajado desde la ciudad al barrio para desarrollar la noticia sobre “el primer femicidio en la historia de Otero” y que desde hacía horas montaban guardia en la puerta de comisaría, y se dirigió directo al despacho de su jefe, quien en ese momento estaba hablando por teléfono.

La oficina del comisario estaba prácticamente a oscuras, a pesar de que era una tarde soleada, ya que Russo mantenía cerradas las cortinas de la ventana que daba a la calle para que ninguna cámara indiscreta pudiese captar sus movimientos. Solo estaba encendida la lámpara sobre el escritorio.

Por su parte, el jefe de calle permaneció de pie junto a dicho mueble mientras el comisario seguía con su celular pegado al oído, aunque no le hablaba a su interlocutor, solo escuchaba.

Pennetta se esforzó por tratar de captar algo de la charla pero solo alcanzó a percibir un tono de voz femenino del otro lado de la línea. Y las únicas palabras que llegó a oír con claridad fueron “entiendo” y “hasta luego” al momento en que Russo cortaba la comunicación.

—Era la fiscal —indicó el comisario apenas apoyó su móvil sobre sus carpetas que con los días formaban una pila cada vez más alta.

—Me imaginé ¿Y qué dijo? ¿Hay que ir a detener a Bianchi? —el jefe de calle seguía de pie, expectante.

—No, por ahora. Así que mejor sentate —el comisario estiró el brazo hacia adelante y señaló la silla ubicada del otro lado de su escritorio.

—¿Qué pasó? —Preguntó Pennetta mientras se ubicaba en dicho asiento—. Pensé que la fiscal lo tenía entre ceja y ceja...

—No dijo mucho, se ve que no me quiere demasiado involucrado en la investigación, pero parece que la hija corroboró toda la versión de Gustavo en su declaración en *Cámara Gesell*.

—Pero afuera es un circo y si no detenemos a nadie va a ser peor...

—Tranquilo, Fabio. Hay que aguantar unos días, nomás. Después se cansan y se van. Acordate.

—Eso espero.

No queda otra: hay que esperar, pensó el comisario, quien llevaba la procesión bien adentro, más que lo habitual.

—¿Y ahora qué hacemos? —insistió Pennetta, cada vez más inquieto.

—Trabajar, como siempre.

—¿Ese es el plan?

—Ya se me va a ocurrir algo, Fabio. Vos andá, que cualquier cosa te aviso. Por lo pronto, voy a tratar de averiguar qué pasó con esa Cámara Gesell.

Pennetta se retiró inmediatamente y del mismo modo que había arribado: en el más absoluto mutismo. De hecho, era un hombre de pocas palabras, excepto con el jefe, quien, a su vez, se pasó luego un largo rato activando sus contactos en los tribunales de la ciudad, los cuales no eran pocos, para tratar de conseguir datos precisos sobre la declaración de la hija de la víctima.

De acuerdo a las fuentes confiables del comisario, tanto judiciales como policiales, en la *Cámara Gesell* que se había llevado a cabo esa mañana en la Asesoría Pericial de la Costa, los psicólogos observaron que la niña le tenía miedo a su padre y que él la manipulaba. De todos modos, su relato sobre lo ocurrido con su madre resultaba creíble, no estaba armado, era espontáneo, fluido, desestructurado y con una secuencia lógica. Además, los peritos descartaron que Noelia haya omitido algún dato o bloqueado alguna emoción a raíz del hecho traumático.

Durante su declaración, la niña dijo que la soga utilizada en el crimen la había comprado su madre tiempo atrás para atar al perro y que en los días previos había jugado con esa misma cuerda en el jardín la última vez que su padre fue a visitarla.

Luego, Noelia refirió que al momento de hallar a su madre, la cabeza de esta colgaba porque la soga era muy corta y que llegó a ver que la ventana estaba abierta pero las cortinas cerradas, por lo que no se veía hacia afuera.

La niña contó que inmediatamente llamó a su padre a los gritos y que cuando este entró a la cocina y vio el cuerpo le pidió que esperara afuera, por lo que ella se retiró hacia el frente de la vivienda.

Según Noelia, enseguida apareció su vecina, Lucía, quien permaneció junto a ella mientras su padre auxiliaba a su mamá. Y comentó que cuando estaban las dos solas ella le preguntó si había visto alguna nota que Romina haya dejado pero la niña le dijo que no vio nada parecido.

Consultada de cómo ingresó a la casa, Noelia explicó que ella tuvo que abrir la puerta con llave porque el pestillo estaba roto y si no la cerraban “con dos vueltas” se abría sola; y que las llaves de su madre estaban colgadas al lado de la ventana del frente, “como siempre”.

“Con razón, la Doctora no se anima a detener a Gustavo”, se dijo, a modo de conclusión, el comisario una vez que terminó de hablar con sus contactos y rearmar la declaración de la hija de la víctima.

De todos modos, la fiscal Fernández de Córdoba había dispuesto más medidas de prueba tendientes determinar si las sospechas sobre el exesposo de Romina tenían algún asidero, pero los resultados de estas diligencias iban a demorar varios días más.

VII

Era un mediodía frío y mayormente nublado. Había amanecido un poco más tarde que los días anteriores, por lo que ya no quedaban dudas de que el invierno estaba cerca, aunque todavía faltaban varias semanas para el formal cambio de estación. Sin embargo, la jornada de luz natural ya se había vuelto corta, tal vez menos de lo que Milo percibía, mientras se encontraba en el jardín de su casa preparando un asado para el almuerzo y disfrutando no solo de su franco, sino también de que sus dos hijos, *Rodrigo* y *Camila*, y quienes en ese momento jugaban dentro de la vivienda, finalmente lo habían ido a visitar a su nuevo hogar.

Sin dudas que era una ocasión especial, los chicos no solo se habían mostrado contentos con la “casa de papi”, sino que él estaba estrenando una parrilla recientemente comprada a un herrero del barrio. En realidad, como en la vivienda ya había una estructura de ladrillos sobre la que se podía sostener el *grill*, solo había tenido que adquirir esta parte de hierro, hecha a medida.

“Tendría que haberle pedido que la hiciera con un brasero. Más práctico”, se lamentó el parrillero, al tiempo que controlaba que el fuego, alimentado con algo de madera y un refuerzo de piñas, tuviese suficiente oxígeno para que las llamas encendiesen el carbón a la temperatura necesaria. Pero también advertía que en esa estructura de ladrillos no había demasiado espacio para sumar un adminículo.

Milo había colocado una mesa de plástico al lado de la parrilla sobre la que tenía abierta una botella vino tino y unas rodajas de pan francés para acompañar unos trozos de queso y también morcilla fría, y cada tanto echaba un vistazo a través de la ventana de la sala de estar para controlar a los chicos.

“Rodri, Cami, ¿quieren un poco de morci?”, preguntó el padre a los gritos, a lo que los niños le respondieron, prácticamente a coro, que “no”.

“Se están portando bárbaro”, se dijo Milo contento, pero en el instante siguiente algo sucedió que le borró bruscamente la sonrisa de su rostro.

Es que por la calle vio pasar velozmente dos patrulleros con sus luces azules encendidas. “¿Y ahora qué pasó?!” se quejó y acto seguido apoyó la copa de *malbec* sobre la mesita y tomó el celular de uno de los bolsillos de su pantalón de jean gastado, sucio y agujereado.

¡Hola! ¿sabes si hubo alguna novedad en el caso de Romina?, le escribió por mensajería instantánea a Sara, quien estaba “en línea” desde hacía rato.

Holis, ¿como va ese asado?

No que yo sepa

¿Por?, respondió ella inmediatamente.

Porque acabo de ver pasar dos patrulleros por enfrente de casa yendo para el lado de lo de Romi, indicó Milo.

¡Uh! Ya me imagino que debe ser

Para que te llamo y te cuento bien, añadió Sara.

Milo colocó la silla cerca de la parrilla para calentarse con el fuego, pero no tanto para ahumarse, se sentó y esperó a que sonara su celular.

—Hola —atendió él.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, ¿vos?

—Acá, con Nico estábamos por almorzar. ¿Y los chicos?

—Bien, jugando mientras yo les preparo el asadito.

—¡Qué bueno! Me alegra que por fin hayas podido tener a tus hijos en tu casa.

—La verdad es que estoy re contento. Y lo mejor es que ellos también.

—¡Excelente!

—¿Y? Contame qué pasó ahora...

—Ah, sí. Ok, parece ser que hay un policía desaparecido y lo están buscando por todos lados.

—¿Qué!? ¿Y quién desapareció?

—El ayudante Sosa.

—Uy, ese pibe.

—Sí.

—Claro, ahora entiendo. Él alquila una habitación acá cerca.

—Exacto, y se ve que los patrulleros estaban yendo para ahí, no para lo de Romina.

—Seguramente ¿y sabés algo más de este Sosa?

—Mirá, yo me enteré recién y a través de mi mamá, porque mi viejo está como loco y casi que ni lo veo ni me habla...

—Me imagino.

—A ver, yo lo entiendo: en un mes pasó lo de Romi y ahora esto.

—¡Flor de quilombo!

—Tal cual. Y encima todo pasa por él. Así que...

—Está a *full*.

—Ajá.

—En fin, mirá a dónde me vine a vivir –bromeó Milo, aunque detrás de ese tono de voz jocoso escondía una real preocupación.

—Capaz que esta mala racha sea culpa tuya –Sara le siguió el chiste-. Vos trajiste las energías negativas, ¡jajá!

—¡Jajá! Puede ser.

—Y sí. Fijate que todo empezó con tu llegada.

—Sos mala, eh.

—Te estoy cargando.

—Ya sé.

—Che, ¿y cómo te trata el frío?

—Bastante bien.

—¿No se te cortó la luz?

—No, ¿por?

—Porque acá cuando empieza el frío y la gente prendes todas sus estufas eléctricas o los *Split* se sobrecarga el sistema y chau.

—Mirá, no sabía nada de eso.

—¿Por qué te pensás que la mayoría de las casas tienen un grupo electrógeno propio?

—O sea que me voy a tener que comprar uno yo también, ¿no?

—Y... mal no te vendría. Por ahora venimos bien porque no llegó el invierno propiamente dicho.

—Bue... -resopló Milo.

—No rezongues, eh; porque tampoco llegaron las tormentas. Y acá, cuando llueve, se cae el cielo y el viento se lleva todo puesto, como en un temporal.

—¡Uh! ¿Algo más?

—Por ahora, no. Je.

—Lo único que espero es que, dado que este otoño está fuera de lo normal, el invierno también. Al menos en cuanto al clima.

—Si seguimos así es muy probable.

—Sari, te tengo que dejar porque el asado ya casi está.

—No hay problema.

—Si querés, después de almorzar venite a casa con Nico, y tomamos unos mates.

—¿Te parece? No quiero molestarte justo que estás con los chicos.

—Al contrario, así los conocés y Nico también.

—Ok. Cualquier cosa te aviso.

—Dale. Te espero. Nosotros vamos a estar acá.

—Ok. Después hablamos. Besos.

—Besos.

Al cortar la comunicación, el parrillero se dispuso a hacer lo propio con los chorizos y los chinchulines, los cuales iba a servir de entrada junto a la morcilla caliente, antes del asado con hueso y el vacío.

“Chicos, ¡a comer!”, vociferó Milo mientras llevaba su copa de vino y la bandeja con la comida hacia el interior de la sala de estar, donde sus hijos ya lo habían ayudado a poner la mesa, sobre la que había una botella de gaseosa, una de agua mineral, más una canasta de pan y una ensalada mixta de lechuga, tomate y cebolla.

En tanto, en el *freezer* de la heladera de la cocina se hallaba el helado para el postre, aunque también podía servirlo cuando llegase Sara con su hijo. Por los chicos, sobre todo; ya que a él no le gustaba lo dulce y a ella aparentemente tampoco ya que solía verla cuidarse con el consumo de azúcar. Así que para la pareja con un café solo o mate amargo bastaba.

Dentro del despacho del comisario se encontraban reunidos Russo, el oficial principal Pennetta y *Marta*, la madre del ayudante Sosa, quien esa mañana había viajado desde la ciudad hasta Otero para radicar la denuncia por la desaparición de su hijo, que había sido visto por última vez la noche del viernes anterior, cuando comenzaba su fin de semana franco.

—Yo te conozco, Beto —la pensionada se dirigió al jefe de la seccional—. Desde la época en que eras un oficial recién egresado y trabajabas para mi difunto esposo en la Policía de la Costa. Así que no me andes con vueltas...

—Señora, usted misma estuvo presente en el allanamiento en la habitación de su hijo y en la pensión, y cuando entrevistamos al encargado y a los otros inquilinos del lugar... —el comisario inclinó sobre su escritorio apoyando los codos sobre el mismo— Por ahora no sabemos nada sobre el paradero de su hijo.

Russo sentía un profundo respeto por todas las viudas de los caídos en el cumplimiento del deber, por lo que prefería no tutearla a la mujer, a pesar de que esta sí lo hacía con él.

Basándose en la denuncia y los testimonios recabados hasta ese momento, Sosa abandonó la seccional y supuestamente iba a viajar a la ciudad para pasar el fin de semana con su madre, su familia y sus amigos. Sin embargo, el ayudante nunca llegó a la costa y lo más misterioso era que nadie tampoco lo vio esa noche en su habitación o la pensión. Más aun, tampoco había testigos que lo hayan visto tomar el colectivo para salir de Otero, aunque en este caso cabía la posibilidad de que se hubiera movilizó por medios particulares, lo que era poco probable ya que no disponía de ningún vehículo propio ni de alguien de confianza en el barrio que lo trasladase en el suyo.

—Entonces, ¿se lo tragó la tierra? —Marta miró a los dos policías con sus ojos negros bien abiertos, los cuales se combinaban con su piel tostada, ya arrugada por los años y el sol, y una melena ensortijada y azabache—. Mi hijo nunca fue de hacer estas cosas, de desaparecer de un día para el otro y sin avisar. Algo le tuvo que haber pasado.

—Mire, señora —retomó Russo con un tono sereno.

—Decime Marta —lo interrumpió ella, agitada.

—Ok. Marta- Ya hemos dado intervención a la fiscalía de turno que va iniciar actuaciones por averiguación de paradero y activar el protocolo para este tipo de casos, por lo que quédese tranquila que vamos a hacer todo lo posible por encontrarlo.

—Lo mejor es que usted regrese a su casa –intervino Pennetta-. Capaz que su hijo la llama o aparece por allá ¿Mire si lo hace ahora? ¿Hay alguien ahí en este momento?

—No, yo vivo solita. Pero en el barrio están mis hermanos y mis sobrinos que me cuidan y cuidan mi casa cuando yo no estoy.

—Acá, el principal tiene razón: va a ser mejor que vuelva a su domicilio –Russo se levantó de su asiento y rodeó el escritorio para quedar de pie junto a la mujer-. No hace falta que tome el colectivo, le voy a pedir a alguno de los oficiales de guardia que la lleve en un móvil, así hace más rápido y más seguro, ¿qué le parece?

—Está bien –Marta se paró con esfuerzo y el comisario la tomó del brazo para ayudarla-. Pero ante cualquier novedad me avisás y yo me vengo de raje, eh.

—Quédese tranquila –Russo la condujo despacio y suavemente hacia la salida de la oficina-. En cuanto sepamos algo de él le avisamos.

—Gracias, Beto –Marta se detuvo antes de que el comisario abra la puerta.

—El principal Pennetta ahora la acompaña hasta el patrullero –señaló Russo, tras lo cual, se despidió de la mujer con un beso en la mejilla.

Instantes después, el comisario estaba al teléfono, hablando con el Doctor Méndez, quien ese día estaba de turno, como al momento del crimen de Romina. Es que en aquel departamento judicial había 15 fiscalías y cada una de ellas estaba de turno por un día, es decir, dos veces al mes.

—Se supone que en Otero nunca pasa nada y en casi un mes hubo dos hechos graves y, encima, en ambas ocasiones estoy yo de turno –ironizó Otero del otro lado de la línea.

—A mí tampoco me causa mucha gracia pero, ¿qué quiere que le haga, Doc?

—¿Por qué no hicieron la denuncia mañana, cuando empezaba la otra fiscalía?

—Y yo que pensaba que ya había pasado el temblor y la prensa me había dejado tranquilo con lo del femicidio... -se lamentó el comisario.

—El circo mediático va a volver con todo. En especial porque van a unir los dos casos, aunque ambos ya son extremadamente graves por separado.

—Sí, lo sé.

—Así que hay que ponerse a laburar.

—En eso estamos –el comisario caminaba nervioso por el interior de su oficina.

—Voy a necesitar el número de celular del ayudante Sosa para empezar a rastrearlo por ahí.

—Ahora se lo mando por un mensajito.

—Ok. Gracias.

—Igual, la adelanto que hemos intentado contactarlo a ese número y da permanentemente apagado o fuera de servicio.

—Ya veo. ¿Y cuándo empezaron a sospechar ustedes, en la comisaría?

—Acá no sospechamos nada hasta esta mañana cuando no se presentó a tomar servicio, pero antes de que nos diéramos cuenta la madre ya había venido a presentar la denuncia.

—Entiendo. ¿Y ya se entrevistó con algunos testigos?

—Sí, ya estuvimos en la pensión, pero nadie vio nada.

—¡Qué cagada!

—Y sí.

—Bueno, sigamos en contacto –se despidió el doctor Méndez, quien andaba apurado ya que se encontraba en la calle “yendo a un hecho” en el corazón de la ciudad, que a pesar de

estar en la costa y a 400 kilómetros del Área Metropolitana registraba un gran número de delitos contra la propiedad y las personas, por lo que el trabajo de la Policía y del Poder Judicial era incesante.

Unos nubarrones amenazantes acechaban desde lo alto mientras los vecinos se reunían en la puerta de la casa de Romina tras haber sido convocados por Claudia, a través de las redes sociales y mensajes de celular, para marchar en reclamo de justicia al cumplirse un mes de cometido el femicidio de su hermana.

Los días previos habían sido bastante agitados para la promotora de la movilización, quien ahora estaba acompañada de su sobrina Noelia, sus hijos, sus padres y una gran cantidad de amigos, tanto de ella como de Romina. La mujer se había pasado parte del tiempo abocada a la causa y comunicándose con todos sus conocidos para lograr la mayor masividad posible, y también contactándose con los medios de prensa, aunque solo los de la ciudad terminaron enviando a sus cronistas.

La tarde todavía no llegaba a su fin, pero el cielo encapotado parecía convertirla en una noche avanzada, por lo que ya estaban encendidos los faroles del alumbrado público, al tiempo que los manifestantes, algunos con pancartas con la leyenda “Justicia por Romi” y la imagen de la víctima y otros con velas encendidas, se guarecían en sus gruesos abrigos impermeables.

Había gente mayor, adultos, jóvenes y chicos. Todos unidos por un mismo reclamo y también por el deseo de que el barrio recobrase su ritmo de vida habitual, que por el momento estaba hecho añicos y sus restos volaban frenéticamente y sin rumbo por un aire que entumecía hasta el último músculo del cuerpo humano.

Cuando arrancó la movilización no había una gran masa de gente y los reporteros gráficos ni siquiera activaron los flashes de sus cámaras. Los manifestantes caminaron

lentamente y en silencio, unos pocos aplaudían esporádicamente, hasta llegar a la *Plaza de la Cruz*, frente a la *Parroquia*, a la que Claudia y su familia solían asistir a misa, los sábados a las 18 y los domingos a las 11.

Allí había un grupo de feligreses que se sumó al reclamo, por lo que la marcha se concentró en la plaza para recibir la bendición del *Padre Enrique*, quien desde las escalinatas del templo realizó varias veces el *signum crucis*.

Aquella parroquia había dejado de ser capilla en 1996, cuando el Obispado de la Costa dispuso que sus fiestas patronales se celebrasen el domingo anterior al 12 de octubre, día de la Raza y de la Hispanidad. Además, era el único lugar sagrado del barrio en el que se realizaban casamientos y bautismos todos los días, siempre y cuando no se superpusieran con las celebraciones y actividades de la comunidad, ya que la reducción junto a la laguna solo oficiaba misas durante el verano.

Por ello, todos los allí presentes contemplaban con cariño la parroquia que funcionaba en una construcción alpina, con techos a dos aguas de tejas rojas, paredes de piedra color arena, y un cielo raso y aberturas de madera oscura. Chica, pero linda tenía un campanario con una alta cruz y otra tallada en el ventanal ubicado al frente, sobre el dintel de la puerta; mientras que en la entrada, del lado de afuera, había una figura de la Virgen del Pilar también dentro de un cofre de acrílico transparente.

La parroquia estaba ubicada en la parte alta del terreno, al punto que parecía pinchar las nubes de tormenta, mientras que la plaza iba en descenso y en la parte más baja contaba con un sector de juegos para los chicos y un mástil con la bandera nacional.

De acuerdo a la nomenclatura municipal era una “plazoleta”, pero los vecinos la llamaban “plaza”. Se trataba de un punto muy concurrido en el barrio ya que se accedía a la misma por una calle de asfalto que, a su vez, pasaba por el centro comercial de la cumbre y también resultaba sumamente atractiva porque a lo largo de esa banquina había muchas flores

multicolores y troncos que no solo delimitaban el espacio, sino que servían de asiento. Además, la pendiente del terreno era tan pronunciada que los chicos solían acostarse y rodar por el césped como un juego.

Sin embargo, nada de eso ocurría desde hacía varios días y mucho menos al momento de la marcha, la cual continuó, sin la presencia del Padre Enrique, por la calle que descendía hacia la avenida principal e ingreso a Otero.

Los manifestantes pasaron por el centro comercial de la cumbre, luego al paseo de La Gruta y seguidamente por el costado de la laguna del Golf, eclipsados por los árboles que parecían flotar a ambos lados del camino como espectros.

Y cuando llegaron a la esquina del hotel, donde Sara y Milo se incorporaron a la marcha, se escuchó el primer trueno: ¡Buum!

Muchos temblaron, pero nadie abandonó su posición. Todos continuaron caminando, callados o apenas susurrando, en algunos casos tomados de las manos o los brazos, como los familiares de Romina que iban en primera fila por la avenida hasta llegar a la arcada de la entrada a Otero. Y al llegar allí, la columna de gente era tan extensa que pasaba la comisaría, desde donde Russo supervisaba como los efectivos de la seccional se encargaban de la seguridad en el lugar y sus alrededores.

¡Buum!, resonó nuevamente, al tiempo que los flashes del cielo comenzaron a mezclarse con los artificiales que se sucedían al nivel del suelo.

Tras realizar un minuto de silencio y un aplauso prolongado, los manifestantes alzaron sus velas encendidas y sus pancartas, los padres de Romina, entre lágrimas y abrazos, agradecieron a todos los presentes por su apoyo y los más emocionados, como Claudia, no se pudieron contener y gritaron “¡justicia!, ¡justicia!, ¡justicia!”, lo que provocó la ovación de la marcha que fue seguida por el inicio de un intenso aguacero que obligó a terminar el acto y desconcentrar.

La hermana de la víctima dejó a Noelia al cuidado de los abuelos, mientras su esposo buscaba refugiarse de la lluvia junto a sus propios hijos, y encaró a los periodistas que cubrían la movilización, a los que les había prometido una entrevista apenas concluyera la misma.

—Quiero decir que la familia está muy satisfecha con el trabajo que está realizando la fiscal Fernández de Córdoba, quien ya estuvo presente aquí, en Otero, encabezando una inspección ocular en la escena del crimen y también se entrevistó con varios familiares, amigos y vecinos –declaró Claudia a los cronistas guarecidos bajo el techo de la parada de colectivos ubicada junto a la arcada y que grababan con sus celulares.

—¿Es cierto que durante la inspección ocular la fiscal se colgó con sus brazos tres veces del barral de la ventana para ver si el mismo aguantaba el peso de una persona? –preguntó el enviado especial del principal matutino de la costa, cuyo rostro apenas se podía divisar debajo de la capucha de su campera.

—Sí, es así –respondió la hermana de Romina, disgustada-. De todos modos, la fiscal ordenó una reconstrucción del hecho para aclarar cómo mataron a Romina, porque ya no hay dudas de que se trató de un femicidio. Ahora solo falta que atrapen al asesino.

—¿La familia sigue sospechando del exesposo de la víctima? –insistió el periodista.

—Prefiero no dar nombres en este momento –se excusó Claudia, tras lo cual dio media vuelta y se marchó.

Si bien la familia de la víctima no había designado aún a un abogado para constituirse como particular damnificado en la causa, Claudia actuaba como la representante legal aprovechando que había cursado en la Facultad de Derecho, aunque nunca llegó a terminar la carrera, por lo que contaba con un conocimiento básico de las cuestiones penales.

Al respecto, en su encuentro previo con la fiscal Fernández de Córdoba, esta le informó que los peritos de Policía Científica no habían hallado ADN del exesposo en el cuerpo de la víctima, por lo que se estimaba que ella no alcanzó a defenderse.

Sin embargo, sí había huellas de él y de Romina en la soga, cuyo análisis arrojó varios resultados interesantes, entre ellos, que el nudo en el barral lo había hecho una persona que tenía manos grandes y fuertes, cuando las de Romina eran delgadas y delicadas.

Los peritos también establecieron que si la víctima se hubiese suicidado se habría deslizado de espaldas a la soga y la asfixia se habría producido de a poco; dos circunstancias que en el caso de Romina no ocurrieron.

Además, tal como la propia Noelia lo había manifestado en su declaración en Cámara *Gesell*, la soga era demasiado corta, por lo que resultaba físicamente imposible que el cuerpo girase para golpearse primero del lado izquierdo y quedar recostado sobre el derecho.

En tanto, la fiscal le contó que en las últimas horas había recibido un informe preliminar de los peritajes psicológicos y psiquiátricos practicado a Gustavo, los cuales señalaron que el exesposo de la víctima tenía una personalidad narcisista y egocéntrica, era impulsivo, pero con mecanismos de control, contaba con una baja tolerancia a la frustración y se aburría e irritaba fácilmente.

De acuerdo a los expertos, el hombre presentaba escasa empatía y una marcada necesidad de ser reconocido o admirado; y trataba a las personas, en especial a las mujeres, como objetos.

Los peritos remarcaron, además, que el hombre disponía de un gran capital energético que lo llevaba a la acción dinámica y que su entorno se cuidaba de su temperamento.

En aquella charla, la fiscal le había dejado en claro que Gustavo era el principal sospechoso pero que todavía no reunía las suficientes pruebas para pedir su detención a la Justicia de Garantías y que no quería hacerlo en esas condiciones para no afectar el desarrollo posterior de la investigación.

Por ello, Claudia mostró públicamente su apoyo a la labor de la instructora judicial y evitó dar mayores detalles sobre los avances de la causa a los periodistas que luego de la breve entrevista regresaron inmediatamente a la ciudad.

Por su parte, los manifestantes también se retiraron rápidamente para evitar empaparse, aunque un pequeño grupo seguía concentrado a la altura de la comisaría.

—¡Claudia! —exclamó una mujer mayor que se encontraba con estas personas cuando la hermana de Romina pasó por al lado suyo.

—¿Sí? —se detuvo la joven, sorprendida.

—Vení que quiero saludarte —la mujer la hizo señas para que saliera de abajo de la lluvia y se acercara hasta el estacionamiento de la seccional donde las pesadas gotas golpeaban contra la chapa del techo.

Claudia estaba segura de que no conocía a aquella mujer, pero igualmente fue a saludarla y agradecerle su presencia en la marcha.

—Hola, soy Marta. La madre del ayudante Sosa —le dijo la viuda, quien ese día había regresado al barrio acompañada de un hermano y dos de sus sobrinos-. Y queríamos expresar nuestro apoyo.

—Gracias, pero no hacía falta que vinieran.

—¿Cómo qué no? Si estamos todos acá buscando lo mismo.

—¿Qué cosa? —Claudia había pasado de la sorpresa a la incomodidad.

—Respuestas. ¿Qué, si no?

La hermana de Romina mordió los labios tratando de contenerse.

—Mire, señora —dijo Claudia al cabo de unos segundos-. Con todo respeto, pero esto no es una causa común.

—¿Por qué lo decís? —Marta se colocó a la defensiva, mientras su hermano y sus sobrinos adolescentes miraban a la hermana de Romina con desconfianza.

—No se lo tome a mal, pero creo que la Policía es en parte responsable de lo que le sucedió a mi hermana, y eso lo incluye a su hijo.

—Pero, ¡¿qué decís, nena?! —La pensionada se acercó a Claudia hasta que ambas quedaron cara a cara-. Mi hijo no tuvo nada que ver con lo que le pasó a tu pobre hermana. No la conocía a ella ni a su exesposo, así que no digas pavadas.

—Entonces, ¿por qué se fue de un día para otro?

—No lo sé, pero lo más probable es que no esté ocultando la verdad, sino que haya descubierto algo que lo puso en peligro.

—Yo no estoy diciendo que sea el asesino, pero está claro que la Policía está encubriendo al principal sospechoso.

—Mirá nena —Marta la tomó del brazo-. Yo no vengo a defender a nadie porque esta misma Policía ahora dice que mi hijo estuvo llamando esta semana a mi casa en vez de investigar si el celular lo tiene otra persona. ¿Y si en realidad está secuestrado?

Claudia tragó saliva y calló, dando por terminada la conversación, y se retiró con una mezcla de vergüenza, bronca e impotencia; mismas sensaciones que abordaban a Marta y su familia.

Minutos antes, la pensionada había estado reunida con el comisario Russo, quien le expresó su convencimiento de que su hijo estaba vivo, hipótesis que se basaba en el análisis de la línea del teléfono celular del ayudante Sosa que reveló que en los días previos habían llamado tres veces desde ese número a la casa de Marta, aunque en ninguna de esas comunicaciones hablaron, solo esperaban a que atendieran y cortaban.

Según los peritos, la antena del celular se activó en la Capital Federal, donde la policía porteña realizó varios operativos, aunque sin resultados positivos, para localizar el aparato o algún testigo que haya visto al efectivo buscado.

“Si lo mataron y ocultaron el cadáver, ¿por qué el asesino habría de llamarla?”, intentó explicarle el comisario, quien le reconoció que no descartaba la posibilidad de un secuestro, pero le aclaró que esa hipótesis también perdía fuerza ya que los llamados no habían sido con fines extorsivos.

Por lo pronto, lo único evidente era que la desaparición del ayudante Sosa alimentaba las sospechas de muchos vecinos de Otero que creían, como Claudia, que el policía había tenido alguna responsabilidad en el femicidio de Romina.

VIII

La lluvia caía fuertemente de costado, como si proviniera del mar revuelto en vez de las bajas nubes plomizas que cubrían toda la costa y el resto de la ciudad, cuando él salió de la terminal de ómnibus con solo una mochila como equipaje y, para no mojarse las pocas ropas que llevaba consigo, decidió tomar el colectivo hasta los tribunales ubicados en el centro, en proximidades al Casino y también de una de las playas más concurridas, tanto por los turistas como así también por los vecinos de los distintos barrios aledaños.

Él conocía bien esa zona de la ciudad, aunque en el último tiempo se había sentido forzado a abandonarla. Sin embargo, ahora regresaba, no por deseo o satisfacción, sino por miedo. Su instinto de supervivencia le decía que al hacerlo corría ciertos riesgos, pero ninguno tan grave como morir, lo que consideraba como única opción sino aparecía allí a contar su verdad: las razones de lo que había hecho y por qué se arrepentía de ello.

En la calle algunos decían que preferían morir antes que caer preso, pero él no; y menos aún por culpa de otros que lo habían amenazado y extorsionado. Además, tampoco les creía a esas voces supuestamente todopoderosas porque más allá de que esas personas actuaban como si no tuviesen nada para perder, él estaba convencido de que siempre se podía perder algo más. “Cuestión de códigos”, se repetía, aunque eran cada vez menos quienes los respetaban.

De todos modos, el miedo también lo hacía dudar de lo que estaba por hacer, por lo que dio un par de vueltas a la manzana antes de reunir el suficiente valor y subir las escalinatas y anunciarse en la Mesa de Entradas del *hall* de la planta baja del Palacio Judicial, donde, como ocurría habitualmente, había una fuerte custodia policial y una gran cantidad de personas yendo y viniendo.

—Me dice el secretario que en este momento no lo pueden recibir porque están muy ocupados —le explicó el funcionario que operaba la central telefónica que conectaba las distintas oficinas a través de una red de internos que generalmente se entremezclaban—. Dice que si quiere puede esperar, pero no sabe cuándo lo van a atender.

—¿Entonces?

—Mire, ya pasamos el mediodía —el funcionario no había cortado, pero tenía el micrófono del tubo del teléfono tapado con ambas manos—, así que le diría que venga mañana temprano, directamente.

Él se quitó la gorra con visera y miró a su alrededor. Mucha gente bulliciosa, pero a nadie le importaba su presencia allí.

Las piernas le temblaban, y no de frío, y su frente estaba mojada, pero no por la lluvia sino por el sudor que le recorría todo el cuerpo.

—Dígale al secretario que es a mí a quien están buscando, en realidad. Él va entender...

El funcionario repitió aquella frase en voz baja y minutos después, el recién llegado se sentó a declarar en el interior de la fiscalía, delante del doctor Méndez, quien al advertir en qué sentido se iba a desarrollar la charla entre ambos pidió al resto del personal que nadie lo interrumpiera, sin importar el motivo.

“Le juro que yo no tenía la menor idea de cómo venía la mano. Nunca me dijeron nada de lo que había pasado ni adónde querían llegar con todo esto. Solo me apuntaron con un arma y me obligaron. Qué esto quede bien en claro, porque si no, me levanto y me voy ahora mismo”, aseguró él, casi al borde del llanto, una vez que quedó a solas con el secretario.

“¡Mierda!”, expresó el comisario Russo y acto seguido arrojó su celular sobre el escritorio. “¡Mierda!”, repitió apretando los dientes justo cuando el jefe de calle ingresaba a su despacho.

—¿Qué pasó, jefe? —Pennetta traía bajo el brazo una carpeta más, también llena de papeles.

—Nada, nada —el comisario giró la silla hacia la ventana y observó que seguía lloviendo y que el viento del Este azotaba las ramas de los árboles, cada vez más vacías, como las calles del barrio.

—¿Alguna novedad con el caso de Sosa? —El jefe de calle se paró junto al borde de la ventana-. No paró de llover en toda la puta semana.

—Ninguna novedad, Pennetta. Ninguna.

—Bueno, en parte mejor. Menos quilombo.

—No sé. Méndez no me atiende, tampoco me contesta los mensajes. No me gusta nada que esté así de callado.

—¿Y entonces qué hacemos, jefe?

—Vos, nada —el comisario se levantó de su asiento y se puso de pie al lado de Pennetta-. Ya hiciste demasiadas cagadas —le dijo en voz baja y mirándolo fijamente.

—¿Qué quería que hiciera?! —Reaccionó el jefe de calle-. Él amenazó con ir a declarar a la fiscalía y contar todo lo que sabía.

—Ya está —Russo cruzó el dedo índice por sus labios-. No se habla más del tema. ¿Clarito? Yo me encargo personalmente a partir de ahora.

—Ok —asintió Pennetta bajando el tono y bajando la mirada, tras lo cual dejó la carpeta que llevaba consigo sobre el escritorio de su jefe y se retiró del despacho, que se estaba convirtiendo en el rincón más solitario e indeseable de Otero.

Cuando finalmente cesó la lluvia, Milo aprovechó para salir a andar en bicicleta por la ruta hasta la rotonda como parte de la rutina que había organizado para entrenar al menos tres veces por semana y así no perder su estado físico. Esa mañana hubiese preferido dirigirse por los caminos alternativos hacia la laguna, pero estos estaban llenos de barro, por lo que optó por el asfalto, el cual, a su vez, tenía la ventaja de permitirle imprimirle mayor velocidad a su marcha habitual y aumentar la intensidad del ejercicio, lo que en definitiva era su principal objetivo. Para pasear y apreciar los paisajes podía esperar al fin de semana y que el clima mejorase aún más, haciendo que el suelo se secase por completo.

Estaba dando la vuelta a la rotonda cuando le llamó la atención que hacia el levante había una larga fila de móviles policiales y de Prefectura Naval sobre la ruta, alguno de los cuales doblaban hacia su izquierda por el ingreso al predio de la laguna. Debido a la gran cantidad de vehículos, Milo no prefirió acercarse al lugar ni detenerse a ver qué pasaba, por lo que emprendió rápidamente el regreso al barrio.

Y cuando estaba por llegar a la altura del camino secundario hacia la laguna, parte de esa fila de móviles que había visto en la ruta lo sobrepasó y tomó por allí, por lo que en esta ocasión sí tuvo que detenerse para que todos esos vehículos doblasen por adelante suyo.

“Parece una ocupación militar”, se dijo justo antes de volver a pedalear hacia el centro de Otero, donde al cruzar la arcada de piedra echó un vistazo a la comisaría y advirtió que los dos móviles y el cuatriciclo estaban allí estacionados. “¡Qué raro!”, expresó al pasar por el frente de la seccional y en vez de continuar hacia su casa, para asearse, almorzar y cambiarse antes de entrar a trabajar, realizó una parada previa en el hotel.

En la recepción encontró a Sara, quien en ese momento dialogaba con Susana detrás del mostrador.

—Che, recién acabo de ver un montón de móviles de la Policía y de Prefectura en la ruta, yendo para la laguna, ¿saben algo? —Milo prácticamente se colgó del mostrador para

quedar cara a cara con las dos mujeres, quienes le devolvieron un gesto repleto de desconcierto.

—Por acá no vimos nada, así que no sé —respondió Sara, quien se encontraba parada junto a la silla ocupada por Susana, quien miraba la pantalla de la computadora—. Ahora, ¿otra vez vos?, ¿qué pasa?, ¿tenés un imán de patrulleros? —agregó en broma.

—Qué suerte la mía, ¿no? —Milo dio la vuelta al mostrador y se apoyó sobre el hombro de Sara, quien lo empujó sutilmente hacia atrás para ambos quedar lo suficientemente alejados de Susana, quien seguía concentrada en la computadora.

—¿No sería mejor que te tomés unos días y te vayas a pasear fuera de Otero? —La joven continuó con el chiste guiñándole un ojo—. Digo, así capaz que cambia la suerte del barrio.

—No sería una mala idea, eh —Milo arrimó su boca al oído de Sara—. Eso sí, vos tendrías que venir conmigo —susurró.

—Mmm... no sé si pueda —ella lo pellizcó cerca de las costillas que se le marcaban a través de la remera deportiva ajustada que llevaba puesta y que había quedado a la vista ya que al entrar al hotel él se había quitado la campera.

—¡Jajá! —se retorció él por las cosquillas.

—¡Acá está! —Exclamó imprevistamente Susana—. Puede ser que tenga que ver con esto —la administradora señaló el monitor, tras lo cual, Milo y Sara se enfocaron en la pantalla y comenzaron a leer.

De acuerdo a una de las principales notas de la página web de uno de los diarios de la costa, el abogado de la familia del ayudante Sosa, identificado como *Julián Alvarez*, afirmaba que un testigo de identidad reservada había declarado en la causa por la desaparición del efectivo y aportado “datos claves” para esclarecer lo ocurrido, y que a partir de esa

información la fiscalía dispuso un amplio operativo de búsqueda en la laguna y sus alrededores.

En dicho artículo, el letrado se excusó de brindar mayores detalles para “preservar el avance de la investigación”, pero indicó que este testigo dio precisiones acerca de lo que había ocurrido con el teléfono celular del ayudante y de los llamados a la casa de la madre.

Y respecto al testigo de identidad reservada se limitó a explicar que era un joven domiciliado en la costa, con antecedentes por robo y que al momento de los llamados a Marta se encontraba justamente en la Capital Federal.

—No entiendo nada –sostuvo Sara al terminar de leer la nota-. Entonces, ¿Sosa está muerto?

—Y si lo están buscando en la laguna deben creer que sí –respondió Susana, apesadumbrada.

—Coincido –dijo Milo-. Esas llamadas eran raras. Tal vez las hicieron para despistar y hacernos creer que estaba vivo. Lo cual era poco probable.

—¡Qué desastre, por Dios! –Sara se cubrió el rostro con ambas manos-. Parece una pesadilla.

Al ver la reacción de la joven, Milo la abrazó y así permanecieron unos minutos, mientras que Susana, con lágrimas en los ojos, se levantó de la silla y se dirigió al baño para lavarse la cara y estar un momento a solas con su dolor, el mismo que por esos días afligía a todo el barrio.

Por su parte, el comisario Russo daba vueltas en el interior de su oficina, como una fiera enjaulada, al tiempo que el jefe de calle se hallaba quieto, de espaldas a la puerta.

—¡Qué hijo de puta! –Russo se golpeó el muslo con la palma abierta-. ¿A vos te parece que me tenga que enterar del procedimiento de esta forma? ¡Una falta de respeto total!

—¿Pudo hablar con Méndez al final?

—Sí, recién hoy me atendió.

—¿Y qué le dijo?

—No mucho. Se hizo el misterioso.

—¿Cómo?

El comisario dejó de caminar de un lado para el otro y se paró frente a Pennetta.

—Lo único que me dijo es que la Policía de Otero quedaba al margen de la investigación y que se iba a hacer cargo el personal de la costa y de Prefectura.

—Estamos jodidos.

—¿En serio? ¿Te parece? —ironizó el comisario volviendo a dar vueltas por el despacho.

—Encima vinieron con los buzos tácticos y todo el equipo.

—Es todo un *show* para la prensa y para dejar tranquila a la familia de Sosa.

—Sí, leí la nota en el diario.

—¿Qué habrá declarado ese pibe? Eso me gustaría saber.

—Es un pibe chorro. Un drogón que está quemado. No creo que confíen demasiado en su palabra.

—No sé. Si fuera así, no habrían venido a buscar nada.

—¿Cómo nos cagó ese pendejo de mierda!

—Lo único que tenemos a favor es que revisar toda esa laguna les puede llevar mucho tiempo.

—Días.

—Yo diría semanas. Y mientras tanto se nos tiene que ocurrir algo para salir de esta situación.

—Entiendo.

—Por lo pronto, andá para la laguna a ver qué están haciendo y, si podés, sacale algo de letra a Méndez.

—Ok.

Al arribar a la laguna, el oficial principal Pennetta advirtió que el operativo de búsqueda se concentraba en la orilla occidental, un poco más delante de la reducción jesuita, en dirección al bosque ubicado detrás del camping del club náutico. Y a medida que se acercó lentamente hasta dónde se encontraba reunido el grupo más numeroso de efectivos descubrió la presencia de las máximas autoridades policiales de toda la costa: el jefe de la Unidad Regional y el titular de la Brigada de Investigaciones, quienes observaban con detenimiento el trabajo que desarrollaban los buzos tácticos de Prefectura dentro del agua, asistidos por personal en un semirrígido con motor fuera de borda. Y junto a los jefes también se hallaban varios hombres vestidos de civil, entre ellos, el secretario Méndez, quien, a su vez hablaba con uno de los miembros del Consejo Directivo de la *Asociación Vecinal de Otero (AVO)*.

La AVO había sido fundada en los sesenta por los primeros pobladores y la empresa urbanizadora, y como ésta ya no existía, en la actualidad solo estaban los propios vecinos a cargo de su conducción.

Era una organización fundamental en la vida de Otero ya que, gracias a un convenio con el municipio, se encargaba del mantenimiento de las áreas no edificadas, cortando el pasto y podando con maquinaria aportada por la comuna, pero con mano de obra propia, al tiempo que fomentaba distintas actividades culturales, educativas y recreativas con el objetivo de mejorar la calidad de vida en el barrio y preservar el patrimonio natural, histórico y artístico del mismo.

Para tales fines contaba con una “Comisión de Cultura”, la cual organizaba exhibiciones de artes plásticas, conciertos corales, shows de teatro y danza; y realizaba restauración de obras, disertaciones y conferencias. Además, contaba con una subcomisión de “Educación” que tres veces por semana dictaba clases de oficio a los jóvenes y adultos, y los sábados de apoyo escolar para los más chicos.

Pero la principal labor de la AVO estaba a cargo de la “Comisión de Recursos Naturales”, que cuidaba de la Reserva Forestal declarada por una ordenanza municipal de 2007, y de la laguna. Para ello contaban con un equipo técnico propio abocado al asesoramiento como a la provisión de nuevos árboles para plantar.

Sin embargo, respecto la laguna, la Asociación había contratado un conjunto de expertos de la Universidad para estudiar exhaustivamente la calidad del agua, una preocupación creciente en los últimos años entre los vecinos.

Y debido al trabajo de estos especialistas, las autoridades de la AVO solían recorrer regularmente distintos puntos de la laguna, como aquella mañana en la que se inició la búsqueda del ayudante Sosa.

Pero no fue la presencia del miembro del Consejo Directivo lo que sorprendió al secretario Méndez, los jefes policiales y los efectivos de Prefectura, sino que este les informaba que los expertos habían detectado en las últimas semanas una excesiva presencia de algas dentro de la laguna que obstaculizaba la tarea de los buzos.

Se trataba de una planta acuática típica de Sudamérica y de uso muy popular en los acuarios; sin embargo, fuera de su distribución natural se comportaba como una especie invasora.

A simple viste, esta hierba poseía tallos gruesos, hojas como espátulas de hasta cinco centímetros y unas flores blancas y diminutas generalmente sumergidas. Además, la planta daba un fruto con forma de nuececilla punteada que se dividía en cuatro partes.

La mayoría de estas plantas era femenina y se reproducía asexualmente, por lo que las nuevas nacían de los fragmentos de otras ya enraizadas.

Y como preferían el clima cálido crecían a partir de la primavera y, sobre todo, en verano. Pero como la temperatura del agua de la laguna se encontraba por encima de la media, el otoño no las marchitó y al no tener competencia se descontroló por completo, como la maleza exterior.

Algunos insectos se alimentaban de estas plantas que no podían ser controladas con herbicidas, por lo que solo quedaba la opción del corte para evitar que amenazaran a las especies autóctonas y su ecosistema.

“Parece que la violencia invadió el barrio como las algas el agua de la laguna...”, se dijo, resignado, el Doctor Méndez luego de escuchar el detallado informe del miembro del Consejo Directivo de la AVO.

La noticia sobre el operativo de búsqueda del ayudante Sosa en la laguna de Otero viajó rápidamente por toda la región y más veloz de lo que lo había hecho el femicidio de Romina; aunque ahora el misterio del efectivo desaparecido impulsaba la falta de avances en la captura del asesino de la mujer, por lo que ambos casos iban prácticamente de la mano.

El primer día de rastrillajes con los buzos tácticos no arrojó resultados positivos, por lo que, al caer la tarde, ya sin luz natural, todo el personal abocado a este procedimiento se retiró del barrio.

Pero las calles de Otero se mantuvieron vacías solo por un rato porque al anochecer comenzaron a bajar de los micros que llegaban desde la costa decenas de personas, entre familiares, amigos y vecinos del ayudante Sosa, quienes al enterarse de las últimas novedades se dirigieron hasta el frente de la comisaría para reclamar justicia y repudiar el accionar de la Policía local.

Russo los vio llegar de a grupos reducidos a través de la ventana de su oficina, por lo que de inmediato irradió una alerta para que todo el personal de la dependencia, incluso los que ya habían concluido con su turno, se presentasen en la seccional para estar a disposición.

Mientras esto ocurría, los manifestantes cortaron el tránsito sobre la avenida principal, por lo que los colectivos no pudieron llegar más hasta la parada. Entonces se detenían antes de cruzar la arcada de piedra y allí descendían los pasajeros, en su gran mayoría hombres jóvenes que no llevaban banderas ni pancartas, y que se hicieron de palos y otros elementos similares que hallaban en su camino.

Al comisario le llamó la atención que no vio a Marta entre la gente, aunque sí reconoció como uno de los que encabezaban la protesta al hermano que la había acompañado la última vez que estuvieron en Otero.

“¡Yo sabía!, ¡yo sabía!, ¡que a Sosita lo mató la Policía!”, gritaba la primera línea de manifestantes, muchos de los cuales se cubrían parte del rostro con las capuchas de sus camperas que les permitían resistir el aire gélido de la noche.

Ante esta situación, Russo ordenó que cerrasen todos los accesos a la comisaría y que el personal permaneciera adentro de la misma, para evitar caer en las provocaciones.

—¿Y si pedimos refuerzos a Jefatura? —preguntó el oficial principal Pennetta al acercarse a Russo, quien miraba cómo los manifestantes encendían ramas, piñas y pedazos de madera sobre el asfalto.

—Llámalos, aunque dudo que lleguen a tiempo porque estuvieron por acá hasta hace un par de horas...

—Esto pinta mal, jefe.

—Lo sé —Russo se volvió hacia Pennetta—. Nos soltaron la mano y ahora estamos solos. Así que hay que aguantar. No queda otra.

En ese momento, el comisario se sintió tentado de salir a hablar con el tío de Sosa y tratar de calmar los ánimos, pero no alcanzó a salir de su despacho que oyó el primer golpe seco contra los postigos de las ventanas del frente. Entonces, Russo se apresuró a cerrar el de su oficina y apenas lo hizo se produjo un estruendo tras otro dado que los manifestantes comenzaron a arrojar objetos contundentes prendidos fuego contra la seccional.

“¡Hijos de puta!, ¡hijos de puta!”, bramaban los más exaltados que cruzaban la avenida portando elementos envueltos en llamas, arremetían contra la sede policial y los dos móviles estacionados junto a la misma e inmediatamente regresaban a su posición original junto a las fogatas.

En tanto, en la recepción de la comisaría, los efectivos uniformados se parapetaban detrás de los escritorios, a la espera de recibir la orden para intervenir. Pero esa directiva nunca llegó. En cambio, el comisario llamó a los Bomberos Voluntarios de Otero ya que el fuego había alcanzado la pinocha acumulada entre las tejas y las canaletas de zinc del techo del viejo chalet.

La situación se desbordó y los manifestantes no cesaron sus ataques ni ante la presencia de las primeras cámaras de los medios periodísticos que arribaron al lugar alertados de lo que ocurría por algunos vecinos atemorizados que, desde la seguridad de sus casas, difundían las imágenes captadas con sus celulares por las redes sociales.

Enseguida se escucharon las sirenas de los bomberos y acto seguido todo el barrio quedó a oscuras debido a un nuevo corte en el suministro de energía eléctrica, lo que hizo mermar, al menos por unos minutos, el ímpetu de los violentos.

Por su parte, el comisario Russo aprovechó esta situación de *impasse* para ordenar el desalojo de la seccional por una puerta trasera que conducía a una arboleda que quedaba lejos del alcance de los manifestantes, y así los efectivos pudieron salir ilesos del lugar, el cual

quedó iluminado solo por el fuego y las luces de las autobombas de los bomberos, cuyo cuartel estaba ubicado a tan solo tres cuadras.

Estos, a diferencia de la Policía, contaba con una dotación más numerosa (en total eran unos 80 efectivos separados en turnos de a 20), cuatro camiones, una camioneta de ataque forestal rápido, otra para traslados y una ambulancia. Todo eso porque su jurisdicción incluía una gran cantidad de hectáreas cubiertas de bosques, aunque en los primeros años desde su fundación, a fines de los setenta, el equipamiento había sido mucho más modesto, casi precario, hasta que la AVO decidió invertir para modernizarlo.

Y cuando los refuerzos de Infantería y del Grupo Apoyo Departamental (GAD) finalmente arribaron a Otero, la mayoría de los manifestantes ya había abandonado el barrio y los bomberos apagado los focos del incendio; al tiempo que el comisario Russo y su personal observaban como la seccional aún humeaba, con sus postigos y puerta de maderas carbonizadas, y los dos patrulleros se encontraban tumbados, con sus neumáticos pinchados y los cristales destrozados.

Lo único que el jefe policial rescataba era que los manifestantes no habían logrado irrumpir dentro de la dependencia y que no se habían producido heridos en ambas partes. Y al igual que el oficial principal Pennetta y varios de los efectivos a su cargo, se había quedado con las ganas de detener a los responsables de semejantes daños.

Solo cuando volvió la luz justo antes de la medianoche, los policías pudieron tener un panorama más acabado de las consecuencias del furtivo ataque y se encontraron con un escenario realmente devastado, en el cual, los refuerzos, con sus escudos y cascos especiales, montaron guardia en todo el perímetro de la comisaría y sobre la avenida para evitar nuevos incidentes.

IX

Las olas golpeaban con violencia contra la superficie descascarada de la vieja estructura de hormigón de la terminal abandonada del puerto, donde ni la luz de la luna y las estrellas de una noche despejada como aquella podían vencer la oscuridad de la desolación. Hasta allí llegó el comisario Russo, quien buscaba un lugar conocido, pero a la vez alejado de la furia de los últimos acontecimientos de Otero. Un poco de silencio absoluto y privacidad resultaban para el jefe policial dos lujos que por entonces tenían un gran valor. Y tal vez por esa razón es que le había costado tanto encontrarlos.

Lejos del *spray* de la marea revuelta y a medio camino del playón de estacionamiento desierto, el comisario fumaba apoyado contra una de las columnas de hierro, corroída por la salinidad del agua dispersa en el aire, de los restos de una grúa en ruinas, como el esqueleto de un gigante nunca sepultado.

Y cuando estaba a punto de acabar su segundo cigarrillo al hilo vio un destello cercano que rompió con la monotonía negruzca: eran las luces de un automóvil que se acababa de estacionar junto a su camioneta particular.

Del auto descendió una persona sola y a pesar de que las sombras la cubrían por completo, el comisario inmediatamente reconoció la figura de su viejo amigo, quien conocía ese lugar tan bien como él.

—¿Me podés decir qué carajo hacemos acá a mitad de la noche? —Gustavo Bianchi se acercó a Russo sin retirar las manos de los bolsillos de su grueso abrigo de gabardina.

—Necesitaba hablarte lejos del barrio, los testigos, las cámaras y los micrófonos —el comisario tomó su celular, le quitó la carcasa y le retiró la batería—. Solo vos y yo, de una buena vez.

—¿Querés que desarme mi celular también? —Gustavo se detuvo frente al comisario, a un metro y medio de distancia, aproximadamente.

—Es lo mejor para los dos —Russo despegó su espalda de la columna de hierro y permaneció erguido, ahora él con las manos en los bolsillos de su pantalón de jean, mientras su amigo desarmaba su *smartphone*.

—Esto es ridículo —se quejó Gustavo al terminar aquella maniobra de desarme—. Parece que estuviéramos jugando a los espías.

—Si lo decís por las mentiras, es probable que así sea.

—¿De qué hablás? Deja de hacerte el misterioso, por favor.

—Gus, nos conocemos desde la infancia, te acordás que veníamos acá a jugar a la pelota, ¿no?

—Claro.

—Bueno, ahora estamos los dos solos, nadie nos ve ni nos escucha, así que te voy a pedir que me digas la verdad de una vez y por todas.

Gustavo bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Ya me imaginaba por dónde venía la mano... —dijo al cabo de unos segundos—, pero tenía la esperanza de que me dejaras en paz.

—Decime lo que quiero saber y no te molesto más —Russo dio un paso hacia adelante.

—Ya estoy cansado de repetirlo: yo no la maté.

—Dale.

—Beto, ¿por qué motivo la habría matado?

—¡Qué sé yo! Tal vez descubriste que andaba con alguien y te agarró un ataque de celos. No sería el primero ni último caso...

—Pero no fue así, en serio.

—Gus, se acabó: yo sé que fuiste vos —el comisario extrajo de uno de los bolsillos de su pantalón una cadenita dorada con un dije del mismo color.

—¿De dónde sacaste eso? —Gustavo frunció el ceño y procuró ocultar su sorpresa bajo una voz que sonó desinteresada.

—¿De dónde creés?

—No tengo idea.

—¿Vas a seguir haciéndote el boludo? Gus, estaba en el marco de la ventana, justo debajo del barral al que ataron la soga.

—¿Y?

—¿Cómo “y”? —Russo alzó la cadenita para colocarla a la altura del rostro de Gustavo-. ¿No tenés otra cosa para decir?

—Claro que no. Si soy inocente.

—Seguí negándolo, pero a mí no me engañás.

—Vos estás divagando.

—Y vos sos el responsable de que todo el barrio se haya ido a la mismísima mierda.

—¡Dejate de joder! —exclamó Gustavo levantando una mano sobre su cabeza y dando un giro de 180 grados para quedar de espaldas al comisario.

—La gente está aterrada, nadie quiere salir a la calle. Mi hija, mi nieto, tu propia hija... Parece un cementerio.

—Eso no es culpa mía —Gustavo volvió a girar y quedó, otra vez, cara a cara con Russo-. En todo caso es tuya, que sos el responsable de la seguridad de Otero.

—No me vengas con eso, ¿sí?

—Quién se hace el boludo ahora, ¿eh? ¿O me vas a decir que no tuviste nada que ver con la desaparición de Sosa? ¡Por favor!

—Todo es consecuencia de lo que vos iniciaste.

—¿Sabés qué? Tendrías que haber hecho desaparecer esa cadenita chota como lo hiciste con el pobre Sosa. Seguro que debe estar en el fondo de la laguna, ¿no?

—Basta, Gus. Se acabó.

—¿Qué vas a hacer? ¿Entregar esa cadenita a la fiscal? ¿Cómo vas a explicar de dónde la obtuviste? ¿Y qué vas a decir de Sosa?

—No te preocupes por todo eso. Yo me encargo.

—¿Cómo?! Vas a terminar preso.

—Ya no importa. Porque vos también vas a ir en cana, y por mucho más tiempo que yo seguramente.

—La verdad es que no entiendo tu sentido de justicia —Gustavo avanzó hasta quedar a escasos centímetros del comisario, que lo miraba fijamente a los ojos—. Yo en tu lugar pensaría en fríamente lo que vas a hacer —añadió colocándose el dedo índice en la sien.

—¿Cómo vos pensaste fríamente en matar a Romina? —El comisario torció la boca—. Tan bien no te fue, eh.

—Al menos me fue mejor que a vos tratando de inculpar a Sosa.

—¿Tenés alguna prueba de eso? Porque yo sí la tengo —Russo agitó la cadenita en el aire, pero lejos del alcance de Gustavo, quien se esforzaba por ni siquiera mirarla.

—Beto, somos amigos —el exesposo de Romina retrocedió unos pasos bajando el tono de voz.

—Éramos amigos, ahora somos cómplices.

—Vos y tu retorcida manera de querer hacer bien las cosas —Gustavo se mordió el labio inferior—. Siempre igual.

—Vos tampoco cambiaste. Seguís yendo por la vida sin hacerte cargo de las consecuencias de tus acciones.

—Contala como quieras.

—Yo voy a contar toda la historia, completa, y vamos a ver a quién le creen...

—¡Sos un hijo de puta! —exclamó Gustavo al tiempo que comenzó a caminar de regreso a su auto.

—Igual que vos. Pero al menos yo tengo los huevos de reconocerlo —señaló Russo son una sonrisa socarrona-. ¡Cagón! —le gritó justo antes de que Gustavo abordase su vehículo.

Y mientras observaba el auto marcharse, el comisario encendió otro cigarrillo y prestó atención al ruido del mar, el cual era música para sus oídos y, a su vez, una recurrente vía de escape para su aturdida mente, como cuando era un jovencito y se sentaba sobre las rocas a apreciar la profundidad del horizonte azulado, imaginando una vida a bordo de un barco pesquero o al otro lado del inmenso océano, lejos de todo lo que él conocía.

La casa de los padres de Sara estaba ubicada a pocas cuadras de la de ella, en la zona norte de Otero, en inmediaciones del hotel y de la entrada al barrio, sobre una de las escasas calles secundarias con asfalto (tan deteriorado como el que ascendía a la cumbre) y sin una pendiente pronunciada.

En la parte delantera había un cuidado jardín, sin rejas ni ligustrinas; solo demarcado por la entrada para el auto hecha con lajas negras que refractaban la luz solar, dándole aún más brillo a la vegetación. Y en el medio de aquel parque se levantaba una fuente mediana, a la que las aves iban a beber protagonizando un espectáculo digno de observar desde cerca o a través del amplio ventanal del frente de la vivienda, la cual había sido restaurada recientemente por lo que lucía unas impecables paredes pintadas con un moderno revestimiento plástico y texturado.

Si bien el inmueble constaba de una sola planta era sumamente amplio, con tres habitaciones, un living comedor, una cocina, dos baños, un lavadero, un jardín trasero con pileta, un garaje techado y un quincho; por lo que desde que Sara y su hermana habían comenzado sus respectivas vidas adultas fuera del nido, a Russo y su esposa *Silvia* les sobraba el espacio, excepto cuando los visitaban sus nietos.

El dormitorio del matrimonio daba al jardín trasero y apuntaba a Oriente, por lo que durante la mañana recibía la mejor luz natural del día. Y aquella tarde, mientras Sara revisaba la cajonera de su padre, Milo permanecía sentado en el borde de la cama, en tanto que Silvia se daba una ducha luego de haber permanecido desde la madrugada hasta el mediodía en el *Hospital de Agudos de la Costa*, donde su esposo se encontraba internado en la sala de cuidados intensivos a raíz de un infarto, un tipo de cuadro que por su complejidad no se podía tratar en el centro asistencial de Otero, que no admitía casos con riesgo de vida.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Milo a Sara, quien se hallaba agachada al lado de la cama.

—Los últimos estudios que el cardiólogo le mandó a hacer a mi papá —respondió ella—. Él me pidió que se los lleve para mostrárselos al médico del hospital.

—¿Y él guarda sus cosas en un cajón bajo llave?

—Sí, bueno. Él es así —Sara se levantó del suelo y se sentó al lado de Milo.

—Menos mal que estaba consciente y te dio la llave porque, si no, iban a tener que llamar a un cerrajero.

—No seas tan dramático. No es tan grave.

—Ya sé. Solo pensaba en vos alta —Milo sonrió y abrazó a Sara, quien tenía en sus manos varios sobres, uno de ellos tamaño carta y en el que no había ningún papel o documento sino una cadenita dorada con un dije del mismo color.

—Qué raro que mi papá no ande con su cadenita del colegio —señaló la mujer al colocar en la palma de su mano aquella anticuada pieza de joyería.

—Se la habrá sacado por algún motivo y la guardó acá.

—Sí, seguro. Mejor se la llevamos al hospital, así se pone contento —indicó ella y le entregó la cadenita—. Tenela vos para que no se me mezcle con las demás cosas.

Entonces Milo tomó la cadenita y sin prestarle demasiada atención la guardó en uno de los bolsillos de su campera deportiva.

—¿Encontraste los estudios?

—Sí, sí. Acá están —Sara guardó unas hojas en el sobre más grande y lo apoyó sobre el acolchado.

—No sabía que tu papá tenía problemas cardíacos.

—En realidad, no los tenía. Estos estudios eran un chequeo de rutina.

—¿Y qué le pasó ayer, entonces?

—No sabemos. Pero la verdad es que no me sorprende porque últimamente estaba con tantos quilombos de trabajo, tanta presión y, encima, mi mamá me dijo que fumaba como un escuerzo...

—Pésima combinación.

—Tal cual.

—¿Y qué más te dijo tu mamá?

—No mucho. Que anoche él llegó tarde, cuando ella ya estaba acostada, después de haber ido hasta la ciudad por un asunto de trabajo; que apenas probó la cena y se fue a dormir. Pero a mitad de la madrugada le agarró un dolor muy fuerte en el pecho, no podía respirar y llamó a la ambulancia.

—Menos mal que estaba con tu mamá...

—Sí, ella reaccionó enseguida y cuando los médicos de emergencias le dijeron que estaba teniendo un infarto lo llevaron directo a la ciudad, sin pasar por el hospital de acá.

—Claro.

—Y apenas me llamó mi mamá esta mañana me fui para allá y nos quedamos hasta que nos dieron el parte del mediodía.

—¿Qué dicen los médicos?

—Creen que con la medicación se va a destapar sola la arteria, sin necesidad de intervenirlo. Y que fue todo por estrés, seguramente.

—Ah, bien. Dentro de todo...

—Sí, no es tan malo el panorama.

—A eso me refería —Milo vio que Sara tenía lágrimas en los ojos, así que la tomó de las manos y la besó tiernamente en los labios por unos segundos, al cabo de los cuales, ella apoyó su cabeza en el pecho de él—. Va a salir todo bien, quédate tranquila.

—Espero que sea solo un susto.

—Seguro que es solo eso. Vas a ver.

—Ojalá.

—¿Y tu mamá cómo está? —Milo acariciaba la cabellera de Sara que desprendía su habitual perfume frutal.

—Cansada, pero bien. Se quería quedar sola en el hospital y la convencí para que viniera a casa a comer algo y dormir un poco. Total, hasta las seis y media de la tarde no hay visitas ni parte médico.

—Está bien.

—Che, Nico está en lo de tu hermana, ¿no?

Sara apartó su cabeza del pecho de Milo y alzó la vista.

—No, lo dejé solo en mi casa —respondió ella, irónica-. Obvio que sí.

—Ok.

—Con mi hermana va a estar tranquilo y acompañado de sus primos, mientras yo puedo ir y venir del hospital y ayudar a mi mamá sin problemas.

—Entiendo.

—Igual, cuando esta noche vuelva del hospital lo paso a buscar y me lo llevo a dormir conmigo —Sara se quitó unos mechones de pelo del rostro y se refregó sus ojos irritados-.
¿Vos qué vas a hacer?

—A la tarde te acompaño al hospital, así no te hacés cargo de todo vos sola.

—Gracias —la mujer posó su mano en la mejilla de Milo y lo besó en la boca.

Esta vez, el beso fue más prolongado e intenso, y la liberación de endorfinas los rodeó a ambos con una cálida sensación de placer, la cual habían prácticamente olvidado en sus últimos y agitados días que parecían ser más extensos de lo que indicaba el reloj, aunque también se sucedían uno tras otro y con tanto vértigo que resultaba difícil registrar todo lo que había ocurrido durante los mismos.

Así funcionaba el tirano efecto del tiempo, que de un momento a otro podía pasar de ser el mejor aliado al peor enemigo, y viceversa.

La antesala de la terapia intensiva del Hospital Interzonal de la Costa estaba colmada por los familiares de los pacientes ya que solo había media hora de visita y podían ingresar de a uno por vez, a lo que se sumaba que cuando alguno de los enfermos experimentaba una crisis, el ingreso se posponía hasta resolverla.

Afortunadamente para Sara y Silvia, las visitas arrancaron puntualmente y ambas pudieron ver a Russo, quien debido a la medicación estaba entre dormido. Por ello, las dos mujeres permanecieron pocos minutos junto a la cama del comisario y se reunieron afuera con

el médico pare entregarles los estudios y recibir el último parte, el cual no difería demasiado del que le habían dado al mediodía.

“Pasa, pasa y dejale la cadenita”, le indicó Sara a Milo mientras ella y su madre hablaban con el jefe de la terapia.

Milo se sintió un poco desubicado visitando al comisario, pero como éste estaba dormido accedió al pedido de ella. Vestido con el camisolín, las gorras y los cubre zapatos celestes, él se acercó hasta la cama y de la mesita ubicada al lado de la misma tomó la bolsa en la que las enfermeras habían guardado los objetos personales que llevaba el paciente al momento de ingresar al hospital.

Era una bolsa de nailon con un estampado colorido, común y corriente, y cuando la abrió se sorprendió al ver que dentro de la misma había una cadenita exactamente igual a la que él llevaba en el bolsillo de su campera.

Entonces tomó la cadenita de la bolsa y la revisó: no había dudas de que pertenecía al comisario ya que en el revés del dije estaban sus iniciales “A.R.”

Confundido, la dejó nuevamente adentro de la bolsa y extrajo la que llevaba consigo, la cual tenía inscriptas otras iniciales: “G.B.”

“¿De dónde habrá sacado esta cadenita?”, se preguntó Milo en voz baja para no despertar a Russo y las primeras respuestas que se le ocurrieron lo aterraron, al punto que decidió guardar la segunda cadenita otra vez en su campera y no comentarlo con nadie hasta tener un panorama más claro.

Ni siquiera lo hizo con Sara, a quien le dijo tras salir de la sala de cuidados intensivos que había guardado la cadenita de su padre en la bolsa con los demás objetos personales.

—¿Cómo es el apellido de Gustavo, el exesposo de Romina? —preguntó Milo a Sara en momentos en que ambos se encontraban en la camioneta del comisario, regresando del

hospital junto a Silvia, quien iba en el asiento trasero, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra la ventanilla.

—Bianchi, ¿por? —dijo Sara, quien no apartaba la vista de la ruta y sostenía el volante con ambas manos.

—Por nada —Milo giró sobre su hombro izquierdo y se asomó por entre medio de los asientos delanteros-. ¿Se durmió tu mamá?

—Probablemente —la conductora miró por el espejo retrovisor-, aunque ella te diría que solo está descansando la vista.

—Ok.

—¿Qué te pasa? —Sara aprovechó que el tránsito se había detenido ante un semáforo en rojo y lo miró preocupada-. ¿Estás bien? Pronunciaste dos palabras desde que salimos...

—Sí, sí —mintió él y luego encendió el estéreo y sintonizó una radio en la que solo transmitían música de los ochenta y noventa. Sus “clásicos” preferidos.

Sara le acarició el muslo unos segundos hasta que con la misma palma derecha tuvo que accionar la palanca de cambios para reanudar la marcha, mientras que Milo permaneció con ambas manos en los bolsillos de su campera, con los puños cerrados y apretando los dedos.

Su casa estaba vacía, las paredes parecían caérsele encima y su mutismo resultaba ensordecedor. Solo con sus ideas, Milo daba vueltas y vueltas por el interior de su hogar. De la habitación a la cocina, de la cocina al baño, del baño a la sala de estar y otra vez a empezar. Cada tanto sonaba su teléfono celular aunque solo lo encendía de ratos y atendía o contestaba mensajes si lo buscaban sus hijos. El único respiro lo hallaba, a medias, en el hotel, donde sí tenía un contacto personal con otros individuos, aunque el trabajo había mermado tan bruscamente que allí también el tiempo parecía detenerse. Afuera, Otero se veía inmóvil,

como si el frío lo hubiese congelado. Nadie se escuchaba, nadie se movía, nadie se veía; incluso Sara, quien se había pedido un par de días francos para acompañar a su madre, yendo y viniendo del hospital.

Apenas había cierta actividad en la laguna y sus alrededores, donde continuaba, con menos intensidad, la búsqueda del ayudante Sosa, quien permanecía desaparecido y, peor aún, su línea telefónica no se había vuelto a activar nunca más.

Milo atravesó esa tortura durante casi 48 horas hasta que no aguantó más, pero en vez de salir de su cueva a pedir ayuda, decidió ir a buscar una explicación que le diera un poco de aire y lo ayudase a descomprimir aquella situación.

Consciente de que también podría tratarse de un callejón sin salida, abordó el colectivo hacia la ciudad donde caminó hasta el hospital en el que el comisario Russo había sido derivado a una habitación común ya que su estado de salud seguía en franca mejoría.

Era la hora de la siesta y en la habitación solo se cruzó con Silvia, a quien le dijo que estaba de paso ya que iba a visitar a sus hijos, tras lo cual, la convenció para que fuera a dar una vuelta para despejarse mientras él cuidaba de su esposo por un rato, a lo que la mujer accedió y así pudo quedarse a solas con el jefe policial.

—Encontramos esto en su cajonera, bajo llave —Milo le mostró la cadenita, igual a la que en ese momento colgaba del cuello de Russo, quien levantó el respaldo de la cama y se sentó sobre el colchón.

Por su parte, el recién llegado se hallaba sentado en el sillón individual ubicado junto a la ventana que daba a la calle.

—¿Sara lo sabe? —preguntó el comisario tras tomarse varios segundos antes de hablar.

—Ella cree que es la suya, por ahora —Milo cerró el puño para ocultar la cadenita.

—Mejor así.

—¿Cuánto tiempo más piensa seguir con esta mentira?

—Te juro que estaba a punto de decir toda la verdad, pero justo me agarró este infarto y casi me muero —Russo se llevó su mano derecha al costado izquierdo de su pecho.

—¿Y cuál sería toda la verdad?

—No vas a querer saberlo. Haceme caso.

—A ver... -Milo estiró las piernas y se inclinó hacia adelante sobre el almohadón aplastado del sillón, cuyas patas de madera rechinaban contra la cerámica del suelo-. ¿Qué me va a decir? ¿Qué tapó el femicidio de Romina para proteger a su amigo?

Russo entreabrió la boca pero solo resopló.

—No entiendo por qué tanto misterio... Salvo que usted también haya participado del crimen.

—Claro que no. Yo la quería mucho a Romi y no tenía ningún motivo para matarla.

—¿Ah, sí? ¿Tan buenos amigos eran?

—Si te dijera que éramos más que buenos amigos, ¿qué pensarías?

—No sé.

—Y si te dijera que mi intención nunca fue proteger a mi amigo, sino a mi propia familia.

—¿De qué protegía a su familia? -Milo giró hacia la ventana, por la que no se llegaba a ver el mar sino las fachadas de otros edificios, se llevó los dedos a su labio inferior y meditó por unos instantes.

—Vos sos un tipo inteligente. Por eso le gustas tanto a mi hija. Sabés a lo que me refiero... -Russo se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Si usted tenía una relación amorosa con Romina —retomó Milo—, ¿por qué protegió a Gustavo?

—Por primera vez en toda mi carrera me falló el olfato.

—¿A qué se refiere?

—A que mi primera suposición fue que Gustavo había matado a Romina porque se enteró de mi *affaire* con ella y si él era encontrado culpable iba a hacerse público todo el asunto y mi familia quedaría destruida. Pero, al final, él no sabía nada de lo mío con su ex esposa.

—Así que quería evitar que su familia se destruyera —Milo se puso de pie con las manos en la cintura-. ¿Más destruida de lo que puede llegar a quedar ahora?

—Es que nunca imaginé que iba a llegar a tanto...

—Y seguro que Sosa sabía que usted estaba encubriendo a Gustavo y lo hicieron desaparecer, ¿no? —Milo se acercó hasta el borde de la cama, por lo que el comisario tuvo que alzar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Eso no fue mi culpa —Russo negó con el dedo-. Lo único que yo quería era que no fuese a declarar a la fiscalía hasta que pudiera encontrar otra solución, pero al boludo de Pennetta se le fue la mano y ya no hubo vuelta atrás, ¿entendés?

—¡Qué hijos de puta! —Milo se apartó con su rostro lleno de espanto e indignación.

—Vos sos padre y sabés muy bien que un padre hace cualquier cosa por sus hijos — Russo estiró el brazo como si quisiera tocar a Milo, quien retrocedió aún más y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Milo, si tanto te importa mi hija, no la hagas sufrir con todo esto, por favor. Ella ya sufrió demasiado.

Milo se detuvo en el umbral y dio media vuelta para dirigirse al comisario:

—Usted no puede pedirme que esto quede entre nosotros dos.

—Lo único que te pido es que me des tiempo para que yo lo resuelva. Nada más —el comisario juntó las palmas de sus manos como en una plegaria-. Si no fuera esa mi intención no te habría contado nada.

—¿Y cómo hago yo ahora para creerle? -remató Milo justo antes de abandonar la habitación y sin saber qué era lo que iba a hacer a continuación con la verdad que acababa de descubrir y que podía cambiar radicalmente la actualidad no solo de Otero sino de algo mucho más importante para él, que era su relación con Sara.

Y cuando se cerraba la puerta del ascensor que lo depositaría en la planta baja del hospital vio pasar a Silvia, quien no se percató de su partida hasta que encontró a su esposo solo y tirado boca arriba en la cama.

—¿Qué pasó? -preguntó ella, preocupada-. ¿Estás bien? -insistió la mujer, ante la falta de respuesta por parte de él.

Unos pocos días antes...

El joven era oriundo de la costa, donde el verano del año anterior había sido detenido por la Policía de Otero como acusado de cometer una serie de robos a los turistas que visitaban el barrio.

Luego de permanecer varios días preso en la comisaría local, la justicia lo excarceló no por falta de pruebas, sino por ausencia de agravantes y antecedentes; tras lo cual, él decidió mudarse por un tiempo a la Capital Federal, donde se quedó más de lo previsto ya que le fue bastante bien, y no precisamente porque encontró un hogar y un trabajo dignos.

Pasó a sentirse cómodo con sus nuevos “compañeros”, con los que convivía en una casa tomada ubicada en el sur de la ciudad y asaltaba a turistas extranjeros despistados, a los que solía despojar de sus costosos *smartphones* que posteriormente vendía para conseguir dinero y así comprar droga y algo de comida.

Hasta que un día de pleno otoño, el jefe de calle que lo había detenido aquella vez en Otero fue a verlo y le exigió que le hiciera un “favor” a cambio de no armarle una causa más grave que lo llevase de nuevo a los calabozos.

El joven, que llevaba un cuchillo no tanto para amenazar a sus víctimas, sino para su propia protección, no quería volver a quedar detenido bajo ningún motivo, por lo que no se resistió y terminó accediendo a las demandas del policía.

Tal vez, el jefe de calle creía que al joven todavía le quedaban varias neuronas sanas que podían resultarle de utilidad.

Una vez consumado el “favor”, el joven confió en que había superado el peligro, por lo que continuó con su estilo de vida hasta que se enteró que había desaparecido un policía en Otero y entró en pánico porque creía que él podía ser el próximo.

Era un ladrón de poca monta que no tenía la menor idea de lo que había ocurrido con aquel policía, a quien nunca antes lo había oído nombrar. Tampoco conocía el caso de la mujer asesinada con el que vinculaban la mencionada desaparición. Pero sí estaba seguro que, por la manera habitualmente siniestra de operar que tenía el jefe de calle, al efectivo buscado lo habían matado y su cuerpo yacía en el fondo de la laguna.

Y fue entonces cuando decidió recurrir a la justicia, a pesar de que solo contaba con su palabra ya que se había descartado del celular y su chip, incluso antes de haber descubierto lo que realmente había ocurrido.

Buenos Aires, mayo 2020.